

VIVAMOS LA ESPERANZA

Jonathan Gallagher



Vivamos la Esperanza

*

Vivamos la Esperanza

Jonathan Gallagher



Asociación Publicadora Interamericana
Belice-Bogotá-Caracas-Guatemala-Managua
México-Panamá-San José-San Juan
San Salvador-Santo Domingo-Tegucigalpa

Título de la obra original: *Living the Hope*
Vicepresidente editorial: *Félix Cortés A.*
Traducción: *Raúl Lozano Rivera*
Redacción: *Mario A. Collins*
Diagramación: *Santiago Meléndez A.*
Portada: *Ideyo Alomía L.*

Contenido

Copyright © 2002, por
Review and Herald
Publishing Association,
Hagerstown, Maryland, E. U. A.
Asociación Publicadora Interamericana
Derechos reservados

Asociación Publicadora Interamericana
2905 NW 87th Avenue
Miami, Florida 33172
Estados Unidos de Norteamérica

ISBN: 1-57554 -304-4

Impreso y encuadernado para
Asociación Publicadora Interamericana, por
3 Dimension Graphics Inc.
Miami, FL, U.S.A.

Printed in USA

El autor asume toda la responsabilidad por la exactitud de todos los hechos y referencias citados en este libro.

Prólogo	7
1 Por qué tenemos esperanza	9
2 ¡Una esperanza viva!	19
3 La esperanza de Jesús	29
4 La esperanza hace la diferencia	37
5 La esperanza: motivación para cumplir la misión	47
6 Esperanza: ¿demasiado o insuficiente?	57
7 Esperanza práctica	67
8 Esperanza en el interior	75
9 La esperanza y la posición de suspenso	85
10 ¿Demasiado ocupado? Cómo hacer relevante la esperanza	95
11 Ante la tardanza de la esperanza	103
12 Llamados a una esperanza	113
13 ¡La esperanza resplandece con brillantez!	121

Prólogo

El término "esperanza" puede parecer abstracto y hasta incierto si se lo considera a la luz de una desilusión, un fracaso, una amargura o una pérdida irreparable. Pero ésa es la esperanza pasajera: la que sólo se afirma en una mera posibilidad de obtener algo que se desea. La esperanza genuina, sin embargo, se cimenta en Dios. *El Diccionario de la Real Academia Española* también la define como "Virtud teologal por la que esperamos en Dios con firmeza que nos dará los bienes que nos ha prometido". Sin duda esta acepción es animadora.

En este iluminador estudio, *VIVAMOS LA ESPERANZA*, Jonathan Gallagher nos conduce acertadamente al descubrimiento de una vasta gama de aplicaciones del concepto bíblico de la esperanza en un marco eclesialístico. Entusiasma comprobar en esta obra que la esperanza del cristiano llega a ser congruente con "la esperanza de Jesús", la cual no consiste únicamente en "una creencia a la cual asentimos, sino que es una motivación para la vida misma: la motivación que nos impulsa a cumplir la misión".

Cuando el autor nos recuerda que la esperanza del regreso del Señor no viene de nosotros, sino de Dios, nos volvemos más dispuestos a desconfiar de nuestras convicciones personales y a reemplazarlas por las claras y responsables promesas del Altísimo. Entonces el creyente no cede a la tentación de ver una señal de la segunda venida de Cristo en cada acontecimiento que se produce en el mundo, ni de poner fechas posibles de su llegada. De ese modo se ahorra la molestia de las burlas, los chascos y los desánimos que inevitablemente resultan de la aparente tardanza de su advenimiento.

En realidad, *VIVAMOS LA ESPERANZA* no es otra cosa que la afirmación de la gloriosa seguridad que posee el cristiano al transitar confiado por el camino de la esperanza, consciente de que Jesús es a la vez ese Camino y esa Esperanza. Por ello, "tengamos un fortísimo

consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros. La cual tenemos como segura y firme ancla del alma, y que penetra hasta dentro del velo, donde Jesús entró por nosotros como precursor" (Hebreos 6:18-20).

Que la lectura de estas páginas contribuya a que los que esperamos el pronto regreso del Señor cerremos filas dentro de una iglesia animosa y unida en Cristo, cuyos miembros se mantengan alertas y preparados en todo tiempo para vivir la esperanza y gozar de su glorioso cumplimiento, es el profundo deseo de

Los editores.



Capítulo 1

Por qué tenemos esperanza

¿Hay alguna esperanza?

La tarde del 17 de diciembre de 1927 era tan gris como cualquier amanecer invernal. Las aguas del Atlántico en Provincetown, Massachusetts, estaban agitadas y frías mientras el submarino norteamericano S-4 completaba su recorrido de prueba por debajo del agua y comenzaba a emerger. Incliniéndose hacia arriba a través de las heladas olas, el capitán revisó el periscopio. No había nada en la superficie.

Momentos después, el cúter guardacostas Paulding embistió al S-4 por un costado cuando el submarino afloraba a la superficie frente al cúter. La fuerza del impacto causado por el Paulding, navegando a 18 nudos, abrió dos hoyos en el casco del S-4, haciendo que el submarino se hundiera como piedra hacia el lecho marino.

El Paulding lanzó una señal de alarma y esperó que aparecieran supervivientes. Ninguno salía a la superficie. El S-4 yacía a treinta metros en el fondo, apenas a unos 1,700 metros de la playa.

Los equipos de rescate tardaron en llegar a la escena y ubicar el submarino hundido. El primer buzo consiguió hallarlo más o menos 22 horas después del accidente. Abriéndose paso a lo

largo del navío hundido, sus botas cargadas de plomo golpeaban contra el casco de metal. Escuchó unos leves toques provenientes del cuarto de torpedos. ¿Acaso habría sobrevivido este desastre algún miembro de la tripulación?

El buzo dio golpes a la escotilla y recibió un toque de respuesta. Valiéndose del código Morse, descubrió que seis hombres habían sobrevivido y que estaban atrapados en una bolsa de aire.

"¿Hay alguna esperanza? —resonó la pregunta—. ¡Por favor, dése prisa!"

Aprisionados en una concha de metal en el fondo del océano, a los hombres del S-4 sólo les quedaba poco tiempo antes que se les acabara el aire. Se hallaban en total oscuridad, sin alimento ni agua. Su único pensamiento era: "¿Hay alguna esperanza?"

¡Ésa es la pregunta! ¿Hay alguna esperanza? Ante una muerte inevitable, todos buscan algún tipo de esperanza, alguna salida, alguna vía de escape. Sin embargo, como los seis hombres del S-4, no tenemos manera de salvarnos a nosotros mismos. Buscando a tientas en la oscuridad, hambrientos, sedientos, con frío, mojados y cansados, lo único que nos mantiene vivos es la esperanza misma.

Con una tormenta en ciernes, los equipos de rescate intentaron hacer flotar de nuevo el submarino. No obstante, la nave se dañó terriblemente, y la tubería de aire no servía. Los socorristas ataron un oscilador al casco de modo que la tripulación del interior pudiera comunicarse con el barco arriba mediante el código Morse. Los familiares de los atrapados enviaron mensajes de ánimo. Entonces, un buzo descendió bajo el atroz temporal con la intención de llevar un poco de aire a los casi asfixiados marinos. Él mismo quedó atrapado entre los despojos y tuvo que ser rescatado. Los buzos tuvieron que suspender cualquier intento ulterior.

Los mensajes se volvieron cada vez más infrecuentes al irse acabando el aire. Después de 62 horas en su ataúd viviente, los hombres enviaron su mensaje final: "Lo entendemos". Su esperanza se había vuelto desesperanza ante el fracaso del rescate.

Tres meses después, la Marina rescató al S-4 y lo reparó. Llegó a ser el submarino de pruebas de equipos experimentales como el

Pulmón Momsen, diseñado para ayudar a los tripulantes de submarinos a sobrevivir en tales accidentes y escapar a la superficie. La nave se convirtió en el recuerdo de una esperanza que murió.

La tragedia del hundimiento del S-4 y su fallido rescate ilustra en forma gráfica la condición en que nosotros mismos nos encontramos. Se trata de una situación para la que no hay escapatoria. No hay dentro de nosotros ninguna fuente de salvación. En la oscuridad, sintiéndonos mojados, hambrientos, sedientos, y con frío, nos damos cuenta de que nuestro rescate sólo puede provenir de afuera.

La pregunta siempre es: "¿Hay alguna esperanza?"

El fracaso en ayudar a los hombres del S-4 siempre nos muestra lo que puede suceder cuando colocamos nuestra esperanza en la fuerza y la habilidad humanas. No importa que sea bien intencionada, no importa que se sea pronta en asistir, la esperanza humana es débil y falible.

Para una situación como la nuestra, donde preguntamos: "¿Hay alguna esperanza?", la única respuesta que de veras tiene significado real consiste en poner nuestra confianza en el Dios de la esperanza.

Es por eso que la esperanza cristiana define quiénes somos. Sin ella, estamos tan perdidos como la tripulación del S-4. Sin embargo, con esta maravillosa esperanza, tenemos ahora la seguridad de una vida con significado y una eternidad en el más allá. Es por eso que las Escrituras pueden describir nuestro anticipado futuro como "seguro y cierto" y dar razón de por qué la nuestra es verdaderamente una "bienaventurada esperanza". Es así porque se apoya en las certezas de Dios mismo, el único confiable y fiel.

¿Por qué esperar?

Todos necesitamos tener esperanza para funcionar, para vivir. Sin esperanza, la vida se vuelve absurda y sin sentido. No tenemos nada bueno que esperar en el futuro, por lo tanto ignoramos el futuro. Sin esperanza en el corazón, la vida es sencillamente una agobiante desesperación: el "monótono bullir de una huma-

nidad tensa y en apuros" (Thomas Hardy).

Cuando cesa la esperanza, la vida se transforma nada más que en simple existencia. Y "si el mero retraso de la esperanza diferida enferma el corazón, ¿qué le hará la muerte de la esperanza –su frustración final y total–: la desesperanza?" (W. Nevins).

Verdaderamente, "en todas las cosas es mejor esperar que desesperar" (Goethe).

He ahí la razón por la que la esperanza es tan vital; y para vivir de verdad necesitamos una esperanza dinámica. El futuro tiene siempre que formar parte de nuestra perspectiva, dirigiéndonos desde donde nos encontramos hasta donde queremos estar:

"La esperanza, cual reluciente luz de vela,
Adorna y alienta el camino;
Y con todo, mientras más oscura la noche,
Emite más fúlgido brillo" (Oliver Goldsmith).

Somos criaturas de esperanza. La necesidad de esperanza es parte esencial de lo que somos. Al mirar hacia adelante, esperamos, anticipamos. El futuro que esperamos determina la forma en que pensamos y actuamos en el presente. Cuando muere la esperanza, nosotros –para todo fin significativo– también morimos. Sin esperanza, estamos aprisionados en una existencia de desesperación, una vida carente de propósito y meta. La esperanza es lo que nos hace libres: libres para anticipar un futuro que es más que la continuación del lúgubre presente.

La capacidad de percibir que la vida tiene significado y propósito, de que podemos escoger hacer una diferencia, de que somos libres para esperar, tal visión nos hace libres. Como cristianos, eso significa el liberador poder de Dios, de manera que cualesquiera sean nuestras circunstancias, sabemos que tanto nuestro presente como nuestro futuro están seguros en él.

La esperanza cristiana es la emoción de conocer las intenciones de Dios, de confiar en sus promesas. Eso es expectativa de la mejor clase. Eso es anticipación. Y ésta es la libertad que trae la bienaventurada esperanza: buscar un presente y un futuro garantizados por Dios mismo.

¿Por qué esperar? La respuesta es que abandonar la esperanza

no es una opción, no es una posibilidad. La esperanza en cierto sentido nos define, declara quiénes somos. La esperanza cristiana es la mayor de todas las esperanzas, y sin ella somos inmensurablemente pobres. Es el futuro del Señor y nuestra participación en tal futuro.

La esperanza es la ventana

"La eternidad es la tesorería divina, y la esperanza es la ventana por medio de la cual se permite a los mortales ver, como por oscuro cristal, las cosas que Dios está preparando" (William Mountford).

La esperanza es nuestra ventana en la vida. La forma en que vemos lo que nos rodea define el presente y lo que esperamos. Muchas personas a lo largo de las edades han intentado describir el significado y la base de la esperanza. Algunos intentos han sido sabios, otros divertidos, y aún otros abiertamente insensatos. Sin embargo, tales pensamientos nos dan una idea del contraste entre las esperanzas de la humanidad y la de Dios:

"Tenemos que aceptar el chasco finito, pero nunca perder la esperanza infinita" (Martin Luther King, Jr.).

"Juzgamos la sabiduría de un hombre por su esperanza" (Ralph Waldo Emerson).

"Las grandes esperanzas hacen a los grandes hombres" (Thomas Fuller).

"Aquel que vive de la esperanza morirá ayunando" (Benjamín Franklin).

"La esperanza es soñar despierto" (Aristóteles).

"Los miserables no tienen otra medicina más que la esperanza" (William Shakespeare).

"Señor, líbranos de... una planta de esperanza que ha perdido la facultad de echar botones" (Mark Twain).

"La esperanza es fe que extiende su mano en la oscuridad" (George Iles).

"Si uno de veras ha perdido la esperanza, uno no estaría a mano para decirlo" (Eric Bentley).

"Quita la esperanza del corazón de un hombre y lo harás una bestia de ataque" (Ouida).

"La esperanza nunca te abandona, eres tú quien la abandonas" (George Weinberg).

"La esperanza es paciencia con una lámpara encendida" (Tertuliano).

"La esperanza es el pan del hombre pobre" (Gary Herbert).

"La esperanza es la palabra que Dios ha escrito en la frente de todo hombre" (Víctor Hugo).

"Todo lo que se hace en el mundo se hace gracias a la esperanza" (Martín Lutero).

"La verdadera esperanza responde al mundo real, a la vida real, es un esfuerzo activo" (Walter Anderson).

"La esperanza es en sí misma una especie de felicidad y, tal vez, la mayor felicidad que el mundo pueda tener" (Samuel Johnson).

"La esperanza es el pilar del mundo" (Proverbio africano).

Sin embargo, ¿qué vemos realmente al mirar a través de la ventana de la esperanza? ¿Se trata sólo de un sueño o una vana expectación? ¿Es, acaso, la esperanza un engañador universal (R. G. Ingersoll)? ¿Qué esperar de la esperanza?

¿Cualquier esperanza? La respuesta de la única esperanza

La base de la esperanza cristiana no es vaga o insustancial. Jesús, el Hijo de Dios, es el Prometedor y el Cumplidor de las promesas:

"No se turbe vuestro corazón; creéis en Dios, creed también en mí. En la casa de mi Padre muchas moradas hay; si así no fuera, yo os lo hubiera dicho; voy, pues, a preparar lugar para vosotros. Y si me fuere y os preparare lugar, vendré otra vez, y os tomaré a mí mismo, para que donde yo estoy, vosotros también estéis" (Juan 14:1-3).

¡Estas conmovedoras palabras verdaderamente llenan de emoción el corazón! Y "fiel es el que prometió" (Heb. 10:23). Aquí tenemos el verdadero fundamento de la esperanza, la seguridad de Aquel Dios que no sólo conoce el futuro sino que nos invita a estar con él allí. Es por eso que "esperamos en el Dios viviente, que es el Salvador de todos los hombres" (1 Tim. 4:10).

A veces los días parecen sombríos y lúgubres. Es bien fácil

que, víctimas de la depresión y la desesperación, preguntemos: "¿Hay alguna esperanza?" Es allí, cuando buscamos sentido y propósito, que Dios se acerca de nuevo y nos recuerda las implicaciones de nuestra esperanza. La esperanza es toda para nosotros: la fuente de nuestro ser, nuestro destino, nuestras mismas vidas. Vivir sin esperanza es no vivir en absoluto. De hecho, esto niega nuestro mismo sistema de creencias, porque "cuando no hay esperanza, no hay fe" (William Gouge).

Es Dios quien siempre interviene para darnos esperanza. Para que podamos siquiera existir, tenemos que creer en un futuro, no importa lo que pensemos que tal futuro pueda traernos. Tiene que estar allí como parte de nuestra vida interior. Y es el Dios de la esperanza el que nos da esperanza. Hemos puesto nuestra esperanza "en el Dios viviente, que es el Salvador de todos los hombres" (1 Tim. 4:10).

Nuestra esperanza está basada en Dios, y en él solamente. Esa esperanza no pone su confianza en alguna otra cosa u otra persona. Y es una esperanza divina, basada en la seguridad de Dios mismo. En las palabras de Adoniram Judson: "Mi futuro es tan brillante como las promesas de Dios".

Ésta es la única esperanza que verdaderamente tiene algún significado. Podemos esperar en muchas cosas, extender nuestra confianza hacia muchas direcciones, y tener muchas esperanzas vanas. Pero la única verdadera esperanza es Dios mismo, porque no hay futuro sin él. Es por eso que necesitamos seguir "aguardando la esperanza bienaventurada y la manifestación gloriosa de nuestro gran Dios y Salvador Jesucristo" (Tito 2:13). Es allí donde necesitamos enfocar los ojos de la esperanza, por cuanto es en él "en quien esperamos" (2 Cor. 1:10). Finalmente, "así estaremos siempre con el Señor. Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras" (1 Tes. 4:17, 18).

¿Qué es lo que esperamos? Estar con Jesús. Estar en casa con Dios. Comenzar la vida eterna en presencia de nuestro amante Señor.

¿Es eso verdaderamente lo que esperamos? La verdadera meta de nuestra esperanza no se halla en sentimientos, ni siquiera en el Segundo Advenimiento como evento en sí mismo. El significado

del Segundo Advenimiento es que Dios viene por sus amigos a llevarlos a estar con él por toda la eternidad. Y si no estamos anticipando ese momento, entonces nuestra reacción a la esperanza del Advenimiento podría ser menos que positiva. Mucho depende de nuestro entendimiento de quién es Dios, ¿queremos pasar toda la eternidad en presencia de Alguien a quien no amamos, confiamos ni admiramos? ¿Cuál es, de veras, nuestra propia esperanza personal? ¿En quién estamos esperando?

Salvados por la esperanza

"Porque en esperanza fuimos salvos; pero la esperanza que se ve, no es esperanza; porque lo que alguno ve, ¿a qué esperarlo? Pero si esperamos lo que no vemos, con paciencia lo aguardamos" (Rom. 8:24, 25).

¡Salvados por la esperanza! En lugar de mencionar una definición legal de salvación, Pablo en Romanos afirma que la salvación de Dios descansa en la esperanza que él mismo provee. En vez de muchas otras esperanzas seculares, aquí percibimos un destello de la vastedad de la esperanza cuando Dios es su propio suscriptor. Nuestra reacción sólo puede ser: "Y ahora, Señor, ¿qué esperaré? Mi esperanza está en ti" (Sal. 39:7).

En ocasiones cuando la esperanza parece oscura, necesitamos tener presente este hecho. Nuestra salvación está en última instancia ligada a esta esperanza divina, tan segura como las promesas de Dios mismo:

"Mantengamos firme, sin fluctuar, la profesión de nuestra esperanza, porque fiel es el que prometió" (Heb. 10:23).

Podemos resumir nuestra respuesta con las palabras del Salmo 130:1-7:

"De lo profundo, oh Jehová, a ti clamo. Señor, oye mi voz; estén atentos tus oídos a la voz de mi súplica. JAH, si mirares a los pecados, ¿quién, oh Señor, podrá mantenerse? Pero en ti hay perdón, para que seas reverenciado. Esperé yo a Jehová, esperó mi alma, en su palabra he esperado. Mi alma espera a Jehová más que los centinelas a la mañana, más que los vigilantes a la mañana. Espere Israel a Jehová, porque en Jehová hay misericordia, y abundante redención con él".

El Dios de la esperanza nos conduce a su futuro

Uno de mis recuerdos más tempranos es el de un cuadro que colgaba en la recámara de mis padres. Se trataba de una sencilla escena campirana que mostraba un claro en el bosque cubierto con plantas de campanillas. Recuerdo haber estado mirando ese cuadro por horas cuando estuve enfermo de varicela. Me encantaban los dobleces de las ramas, el verde brillante de las hojas nuevas, los rayos de sol, como columnas, inclinándose rutilantes contra los oscuros troncos. En el primer plano, las campanillas reflejaban un intenso resplandor; parecían una alfombra viviente es-parcida a lo largo del claro.

Pero lo que más me intrigaba, sin embargo, era el sendero que conducía mis ojos a la distancia.

Allí, en el centro de la escena, el sendero desaparecía en la fascinante niebla, un brumoso manchón de posibilidades. Para mí, esa hermosa mezcla de bruma y luz se volvió en la sustancia de la esperanza futura. Una trémula niebla sobre los bordes de la realidad, símbolo de la llegada del tiempo en el presente. Aún puedo sentir ese pasmoso, emocionante y excitante sentido de maravilla.

Me esforzaba por discernir algo en aquella brumosa luz. Pero el futuro allí simbolizado permanecía distante e insustancial. Yo quería arrojarme al interior del cuadro y correr por el sendero para descubrir lo que esa nubosidad escondía.

La visión permanece: la sustancia de las cosas que se esperan, la evidencia de lo que no se ve. El futuro de la esperanza divina hace una realidad de este presente. El futuro prometido por Dios es más real, más significativo, que "esta teoría insustancial".

El futuro nos va guiando en esperanza: hacia Dios.



Capítulo 2

¡Una esperanza viva!

La esperanza de la resurrección

Esa vez que la visité, Ana se mostraba una niña infeliz. Sus ojos sumidos, circundados por un aro oscuro, ardían en agonizantes llamas. Su boca tenía la curvatura invertida; sus mejillas lucían huecas y estaban pálidas; su cabello, áspero y desgarrado.

Ana era anoréxica. Una amiga preocupada por ella —por la supervivencia de la niña— me la había presentado en su cuarto del hospital, en el sur de Inglaterra. Ahora pesaba si acaso un poco más de treinta kilos; y con todo, cada vez que se miraba en el espejo, se veía a sí misma como toscamente obesa.

Sus enjutos brazos descansaban flácidamente sobre la sobrecama cuando fatigadamente se volvió hacia mí.

—Sí. ¿Qué desea?

—Vine para ver cómo estás. Alguien me contó acerca de ti. ¿Quisieras que conversemos? —Le expliqué que yo era pastor y que una amiga mutua me había sugerido que la visitara.

—Si usted quiere.

—Cuéntame de ti.

—No tengo mucho que decir. No como. Supongo que voy a morir. No me importa. —La desesperanza de su situación pendía

pesadamente sobre el aire—. Ahora estoy perdiendo mis dientes. Me dicen que no estoy recibiendo suficiente nutrición. Pero es que como mucho. Cómo quisiera no estar tan gorda.

Yo quería responderle tajantemente y decirle que se estaba engañando a sí misma. Pero los doctores me habían dado suficientes explicaciones como para conservarme en calma. Siendo que la niña vivía en franca negación, no estaba dispuesta a creer lo que algún extraño tuviera que decirle.

Le pregunté en qué creía.

—No sé. En nada, a decir verdad. Una vez muerto, estás muerto. Por lo menos eso es lo que parece. ¿Quién sabe? En todo caso, lo sabré muy pronto. Si acaso es diferente, volveré y se lo haré saber. —Se rió: una risa hueca, triste.

Comencé a explicarle en lo que yo creía. Le hablé de la esperanza de la vida eterna; que la muerte no es el fin, que Dios ha prometido un increíble futuro para los que lo escogen, que cuando Jesús venga nos transformará y nos sanará de todos nuestros dolores y problemas, para siempre.

Ana se quedó callada largo rato. Entonces sacudió la cabeza, y una lágrima goteó por su rostro.

—No, no puede ser cierto. No puede ser tan bueno como lo cuenta. Es una esperanza vana.

Yo no dije nada.

—¿Y cómo sabe que eso es cierto? ¡Nadie lo sabe! Es sólo una fábula, un cuento de hadas. —Sus ojos ardían de ira—. No me venga con esas tonterías. Es un montón de disparates. ¡Salga de aquí!

Con un saludo con la cabeza, salí del cuarto.

A la semana siguiente, ella volvió la cara hacia otro lado cuando entré.

—Hola, Ana. ¿Cómo te encuentras hoy?

Al principio no dijo nada. Luego, en un murmullo apenas audible, dijo:

—Me están poniendo más tubos. —Una unidad transfusora intravenosa estaba al lado de la cama—. Me dicen que es la única forma de darme nutrición. Sólo quieren que yo engorde.

—Ana, los doctores sólo quieren ayudarte a que sigas viviendo.

—¿Por qué? ¿Cuál es el propósito? No tengo nada en que esperar. ¿Por qué seguir viviendo?

En ese frío cuarto de hospital resonaron algunas de las palabras más tristes que he escuchado alguna vez.

Levantando mi Biblia, comencé a leer. Salmo 23. Juan 3. Juan 14. 1 Tesalonicenses 4. Apocalipsis 22.

Leí por lo que me pareció un largo rato. Ella no decía nada. La ira había cedido. Al final, dejó escapar un suspiro.

—Usted no se inventó eso, ¿verdad? Lo que usted leyó, es cierto, ¿no es así?

Sonriendo, asentí:

—Es la Biblia.

—Me gustaría leerla por mí misma. ¿Podría?

Dándole la Biblia, sugerí algunos pasajes para leer. Ella la estrechó contra su pecho.

—Te veré la próxima semana —dije saliendo.

La próxima semana, Ana tenía muchas preguntas. La primera me sorprendió:

—¿Y quién escribió la Biblia? Es decir, aquí dice que fue impresa en 1988. Así que es bastante reciente.

De todas las personas que he conocido, Ana era la que menos sabía acerca de la Biblia. Esta joven incluso pensaba que una persona la había escrito. Hizo falta mucha explicación para ayudarle a entender qué era la Biblia y qué es lo que enseña. Después de muchas semanas, ella empezó a echar mano de la verdad.

Pero no sin contrariedades. Un día llegué y me enteré que la muchacha había intentado escaparse y que había tomado un autobús antes de desplomarse. Lentamente, no obstante, hacía progreso.

Y al volver la esperanza, también recobró su apetito y su autoimagen. Empezó a reconocer exactamente lo que se había estado haciendo a sí misma.

¿Qué hizo la diferencia? No yo, seguramente. Fue Dios mismo quien intervino: el Dios de la esperanza. Porque eso es lo que ella más necesitaba: un sentido de significado y propósito en un futuro en compañía del Dios de amor. Lentamente, Ana recobró la salud y recuperó su esperanza y la seguridad de que Dios era su

mejor amigo y que andaría con ella por el camino.

Con el tiempo, Ana adquirió fuerzas suficientes para salir del hospital. Fue a su casa, llevando consigo la Biblia que le di. Antes que me mudara a otro nuevo distrito pastoral, supe que estaba haciendo bien, firme en su esperanza. En nuestra última reunión, ella me contó cómo se sintió respecto a lo que había sucedido.

—Fue como experimentar la resurrección —me sonrió tímida— me sonrió tímida—. Fue como si yo hubiera estado muerta. Y entonces Dios vino y me trajo de nuevo a la vida, tal como hizo con Lázaro. Sé que pronto me habría ido; los médicos me lo dijeron. Pero Dios no me iba a dejar ir, ¿no es así?

Asentí con la cabeza.

—Él deseaba que tú vivieras otra vez, que encontraras tu esperanza eterna en él; no sólo ahora, sino por la eternidad.

—Sí —me dijo, mirándome justo a los ojos—, y es esperanza lo que todos necesitamos con mayor urgencia. Esperanza de que tenemos un futuro, esperanza de que Dios nos recreará y nos sanará, esperanza de que el Señor nos traerá de vuelta a la vida. Es por eso que la esperanza es verdaderamente bienaventurada. Porque soy salva por la esperanza: la esperanza de Dios.

Una esperanza viva, individualmente

De esta manera es como la esperanza brota en nuestras vidas individuales. Según vamos entendiendo cómo Dios, en su increíble gracia, confirma en nosotros una esperanza superior a la existencia inútil que vivimos sin él, entonces la confianza de un futuro con Dios se transforma en una realidad en nuestra experiencia. Cada uno de nosotros llega al punto en el que puede decir con Miqueas: "Mas yo a Jehová miraré, esperaré al Dios de mi salvación" (Miq. 7:7).

Nuestro mundo actual a menudo tuerce y malinterpreta la idea de la esperanza. Como palabra, con bastante frecuencia abusamos de ella y subestimamos su significado, al grado de concederle muchos significados sin ningún valor.

"Así lo espero", con mucha frecuencia significa "no lo espero en realidad". Es un deseo vago y débil de que "esperamos" que algo suceda, pero no lo aguardamos de verdad. Estaría bien si ocu-

riera, pero quién podría verdaderamente creer en tal esperanza.

La verdad es que la esperanza divina no es ninguna promesa insustancial con la cual engañarnos para hacernos proseguir hacia un futuro incierto. Es la sólida respuesta a nuestra desesperanza, esa desesperanza que pende sobre nosotros como gris nublañón y que congela cualquier expectativa confiada de un maravilloso futuro. La esperanza es lo que le da significado al presente y hace que los problemas y pruebas sean de utilidad al buscar el cumplimiento de la promesa.

Muchas personas centran su confianza en cosas que no pueden proveer seguridad. Esperan en el dinero, o en posesiones de cualquier tipo; esperan en un remedio; esperan en seres humanos falibles: ninguno de ellos digno de confiarle el tesoro de la esperanza. "La esperanza no puede vivir sin un objeto" (Samuel Taylor Coleridge), y el objeto de nuestra esperanza tiene que hallarse en la naturaleza y el carácter de Dios mismo.

La esperanza es esencial, y sin ella no podemos sobrevivir. La esperanza está bien cerca de la esencia fundamental de la existencia: de la motivación, el significado, el propósito. Es una parte vital de nuestra creatividad que afirma que la vida es más que lo que ahora vemos.

Por lo tanto, la esperanza es el antídoto para el temor que invade nuestro mundo y asalta a cada mortal. Nuestra sociedad consumista nos proporciona lo que pensamos que queremos, y luego descubrimos que las cosas materiales no nos ayudan en nada. Como resultado, quedamos frustrados e insatisfechos. Toda nuestra ambición tras las elusivas respuestas de este mundo sólo nos llevan a la desesperación. Sin embargo, la esperanza de Dios, en contraste con nuestras supuestas "respuestas", les da dirección a nuestras vidas y las llena de significado y propósito.

La vida de esperanza

No sólo como un aspecto de la confianza sino como el destino y meta de la vida, la esperanza cristiana nos señala a Dios en el presente y nos da seguridad de él al fin de nuestro recorrido. Es por eso que vivir la esperanza hace una gran diferencia, especialmente al enfrentar las grandes preguntas que confrontamos en

nuestra existencia. Es cuando las crisis se presentan que la esperanza de verdad puede hacer la diferencia absoluta.

Cuando otros a nuestro alrededor notan en nosotros una actitud diferente, una negación a caer en el camino que el mundo aprueba, entonces de veras estamos representando a nuestro Señor. Jesús llamó a sus discípulos a ser distintos. Al expresar esperanza en todo momento, bien sea en la tragedia o en el éxito, verdaderamente evidenciamos que somos cristianos que esperan ansiosamente el retorno de nuestro Señor:

"Pero deseamos que cada uno de vosotros muestre la misma solicitud hasta el fin, para plena certeza de la esperanza... Para que por dos cosas inmutables, en las cuales es imposible que Dios mienta, tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros. La cual tenemos como segura y firme ancla del alma" (Heb. 6:11-19).

"La esperanza brilla más cuando emerge de los temores", observó Sir Walter Scott. Y, ciertamente, cuando la noche está más oscura, la esperanza brilla más intensamente. En los momentos más difíciles es cuando las promesas de Dios resultan más preciosas y más significativas. Cuando las crisis y las tragedias pueden tentarnos a renunciar a Dios, es cuando más lo necesitamos.

El mensaje divino de esperanza es más necesario hoy que nunca. La tensión de la vida moderna, los crecientes problemas y desafíos, la ola ascendente de maldad, todo nos indica la vital importancia de aferrarnos al Dios de la esperanza. Vivir la esperanza significa no sólo que creemos en el pronto regreso de Jesús, sino que la creencia se vuelve una realidad en nuestras vidas cotidianas.

Haciendo la esperanza una realidad

Sarajevo, 27 de mayo de 1992, 4:00 p.m. Una granada aterriza sobre una fila de personas que esperan comprar pan en el mercado. Veintidós hombres, mujeres y niños mueren. Al observar este acto de violenta destrucción, Vedran Smailovic, el violonchelista principal de la Orquesta de la Ópera de Sarajevo, decide responder al ataque. No con bombas o balas o granadas,

sino con su chelo.

Todas las noches, en ropa de gala, Vedran va a la plaza del mercado en ruinas y toca su instrumento. Ejecutando una reprensión hacia los que matan indiscriminadamente, él presenta música de esperanza en un tiempo de abandono. Toca para el futuro, en medio del caos y los escombros del presente.

Lo que Smailovic hace simboliza la clase de esperanza práctica que todos necesitamos compartir. La esperanza tiene que volverse real e individual para todos nosotros. Debe ser parte de lo que somos: la motivación y la inspiración de nuestras vidas.

Podemos afirmar que tenemos esperanza, que creemos en el regreso de Jesús como una de las creencias fundamentales. Pero, ¿de veras anticipamos apasionadamente ese día, deseando ansiosamente que venga? ¿Podemos decir que anhelamos que Jesús vuelva por nosotros? ¿Que elevamos la mirada al cielo con expectación, esperando el día cuando podamos decir: "Éste es nuestro Dios; y nos salvará"?

Tenemos que vivir la esperanza.

El Pastor H. tiene más de 70 años y vive en un país del Lejano Oriente, donde ha dedicado su vida entera a ayudar a los que lo rodean sin importar su religión u origen étnico. Ha sido testigo de muchos cambios en su patria: desde caciques extranjeros a ideólogos ateos, de tiranos militares a crueles explotadores secularistas.

Con todo, ha sobrevivido. En una pequeña población con una comunidad cristiana en la lejana campiña, el Pastor H. continuó compartiendo su fe y ayudando a las necesidades prácticas de otros: alimentos, ropa y abrigo. Se casó, tuvo hijos. Río abajo, con mucho trabajo construyó una casa de madera que sería el hogar familiar, a un costado de la iglesia.

En el otoño de sus días, el Pastor H. continuó su ministerio, trabajando para el bien de los demás. Luego vinieron más problemas, como si no hubiera visto ya suficiente violencia y muerte. No obstante, todo este mal no provino de los gobernantes, como en el pasado, sino de la comunidad. Aunque constituían diferentes confesiones, los lugareños habían vivido juntos

en armonía sin importar la situación. Pero ahora era diferente.

"No lo entiendo —dijo—. No quiero entenderlo. Hemos vivido juntos por tantos años, lado a lado. Pero entonces vinieron los líderes religiosos y les aseguraron a los de su fe, en el poblado, que nosotros éramos el enemigo. Hombres armados vinieron al pueblo y nos sacaron. Prendieron fuego a la iglesia, y luego fueron a nuestras casas y las quemaron también. Vi la casa que yo mismo construí destruirse delante de mis ojos. Fue bien duro".

Después de poco tiempo, el Pastor H. y su familia regresaron a su hogar. Los líderes religiosos locales dijeron que querían la paz. "Nos prometieron que sería como antes", dice el Pastor H. "Eso es lo que queríamos. Vivir en paz. Así que regresamos. Y utilicé todos mis ahorros para comprar madera y hacer otra iglesia y otra casa".

Después de reconstruir la iglesia, el Pastor H. levantó lentamente una nueva casa para sí y para su familia. Pero unos cuantos meses después, el líder del pueblo anunció que no se permitiría que ningún cristiano permaneciera. "Éste tiene que ser un poblado puro —les dijo—. Todos los cristianos tienen que irse".

Y así, el pastor y su familia recogieron las pertenencias que pudieron y salieron para formar parte de otra trágica multitud de refugiados, siguiendo la senda que los sacaría del país.

Ahora viven en el exilio, como extranjeros en una tierra lejana al hogar. Hacia el final de su vida, el Pastor H. está triste de que su comunidad lo forzó a salir. "Es increíble lo que ha sucedido —dice—. Ser echado de tu casa por personas de otra religión que pretenden ser amantes de la paz es amargamente frustrante. A más de todo lo que hemos sufrido juntos, ser echados ahora, y todo por causa de la religión; eso es duro de soportar. A menudo pienso en los que dejamos atrás y me pregunto qué les habrá pasado, y quién permaneció para anunciarles las buenas nuevas de Dios".

Una historia trágica de rechazo y pérdida. Pero, ¿qué de sus convicciones personales?

"Oh, mi confianza en Dios está tan fuerte como siempre. A pesar de todo lo que ha pasado, y de que tuvimos que dejar todo

lo que llamábamos hogar, seguimos esperando en el poder de Dios. Sabemos que Dios sostiene este mundo como una piedrecita en la mano, y que nuestro futuro está seguro con él. Algún día —y bien pronto— le veremos volver por su pueblo, y estaremos juntos para siempre con él. Anhele ese día más que nunca, y es por eso que, con toda certeza, se la llama la bienaventurada esperanza".

"Y oí una gran voz del cielo que decía: He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos; y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos; y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor, porque las primeras cosas pasaron" (Apoc. 21:3, 4).



Capítulo 3

La esperanza de Jesús

El firme fundamento de la esperanza

A penas un mes antes de fallecer, el destacado escritor humanista y ateo Jean Paul Sartre habló de lo que estaba anticipando. "El mundo parece horrible, malo y sin esperanza. Vaya, he ahí el grito desesperado de un anciano que morirá en la desesperación. Pero eso es exactamente a lo que me resisto, y sé que moriré en esperanza. Sin embargo, esa esperanza necesita un fundamento" (Citado en Stephen H. Travis, *Creo en la Segunda Venida de Jesús* [Londres: Hodder y Stoughton, 1982], pág. 227).

La tragedia de Sartre, como él mismo lo reconoció, fue que él no tuvo fundamento firme para ningún tipo de esperanza, mucho menos para poder morir con esperanza. Sólo podemos encontrar esa esperanza en Dios, a quien Sartre rechazó. Cuando Dios no es parte de nuestra esperanza, entonces cualquier clase de esperanza es fútil. Dado que somos mortales, todas nuestras esperanzas y sueños se vuelven polvo, a menos que las pongamos en las manos de nuestro amante Dios.

La verdad es que, para nosotros, la esperanza se define como Jesús. Está fundamentada sobre la promesa de Jesús mismo, y se centra en la expectativa segura y cierta de su retorno. Nuestra esperanza está garantizada por las palabras de Jesús, y confirmada

por su resurrección de los muertos. El único fundamento para una esperanza realista está en Jesús, a quien, en términos del Evangelio de Juan, se le llama la Palabra eterna. La Palabra, quien es Dios, se hizo carne y habitó entre nosotros, viviendo y muriendo a fin de que pudiéramos vivir para siempre con él. Es este mismo Jesús el que volverá, el Jesús que conocemos en nuestra experiencia cotidiana aquí y ahora: "Este mismo Jesús, que ha sido tomado de vosotros al cielo, así vendrá como le habéis visto ir al cielo" (Hech. 1:11).

Al proclamar la esperanza adventista, siempre tenemos que recordar que su centro es Jesús. No predicamos un mensaje de tristeza y condenación, tampoco un escenario de desastre como los que pintan en Hollywood, sino las grandiosas nuevas del regreso de Jesús. Nuestro mensaje es claro: ¡Es la esperanza de Jesús!

Necesitamos enfocarnos en la promesa personal de Jesús, en cuánta seguridad trae a nuestras vidas. Nuestra esperanza es creíble, segura y cierta; no es una esperanza extraviada. Podemos esperar con confianza por cuanto esperamos en el Jesús que conocemos.

La esperanza bienaventurada es la del retorno de nuestro amante Señor en cumplimiento de su promesa de llevarnos a estar con él. La esperanza

- se basa en las promesas de Jesús,
- se hace posible por la victoria de Jesús,
- se cumple por la voluntad de Jesús,
- se logra por el poder de Jesús,
- se completa al estar en Jesús.

Porque es Dios mismo quien nos acerca a su propio futuro. La esperanza que él comparte con nosotros significa que no necesitamos considerar el presente como tiempo o esfuerzo perdidos cuando no podemos cumplir todo lo que deseamos. Dios nos dice que tenemos un futuro asegurado con él, a fin de que, aún si no vemos resultados en lo que hacemos, no por eso nuestro trabajo sea en vano. Siendo que Dios es la fuente de la esperanza, lo esperamos a él. "He aquí, éste es nuestro Dios, le hemos esperado, y nos salvará; éste es Jehová a quien hemos

esperado, nos gozaremos y nos alegraremos en su salvación" (Isa. 25:9).

La esperanza de Jesús: cómo será

Muchos cristianos tienen ideas extrañas respecto al cumplimiento de la esperanza de Jesús. Algunos hablan de un raptó, de apariciones secretas y advenimientos espirituales. Pero Jesús no pudo haberlo dicho más claramente: "Porque como el relámpago que sale del oriente y se muestra hasta el occidente, así será también la venida del Hijo del Hombre" (Mat. 24:27).

"Entonces aparecerá la señal del Hijo del Hombre en el cielo; y entonces lamentarán todas las tribus de la tierra, y verán al Hijo del Hombre viniendo sobre las nubes del cielo, con poder y gran gloria" (vers. 30).

"He aquí que viene con las nubes, y todo ojo le verá" (Apoc. 1:7).

"Porque el Señor mismo con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, descenderá del cielo" (1 Tes. 4:16).

El advenimiento es como un relámpago. Todos lo verán, y asimismo todos verán a Jesús. El Señor vendrá con voz de mando, voz de arcángel y trompeta de Dios. ¡Será dramáticamente visible y audible! Ninguno se perderá este evento. Cristo no regresará en algún raptó secreto ni aparición invisible o espiritualizada, reconocida solamente por unos pocos.

Cuando Jesús dio su promesa, estaba absolutamente seguro de que su venida sería un retorno literal. Así como partió, así vendrá otra vez, pero con gloria y majestad infinitamente mayores.

Cualquiera que dice que la venida de Jesús será invisible, secreta u oculta contradice completamente las claras descripciones de Jesús y de la Biblia.

¡Anclados!

"Para que... tengamos un fortísimo consuelo los que hemos acudido para asirnos de la esperanza puesta delante de nosotros. La cual tenemos como segura y firme ancla del alma" (Heb. 6:18, 19).

Así como un barco se halla seguro cuando está firmemente

anclado, así estaremos nosotros cuando confiemos en la esperanza de Jesús. Aún cuando los vientos de las falsas doctrinas arrecien o las tormentas de la persecución arremetan contra nosotros, podemos descansar en esta esperanza anclada. Cuando colocamos nuestra esperanza en Jesús, podemos retener "firme hasta el fin la confianza" (Heb. 3:6; véase también Heb. 6:11).

Los seres humanos necesitamos convicción. Convicción de que la existencia tiene significado, de que la vida tiene importancia y de que existe un futuro. La esperanza que Dios nos confiere nos garantiza todo lo anterior, ¡y más! Tan indiscutible como Dios mismo, la esperanza de Jesús es aún más sólida que el piso debajo de nuestros pies.

Muchas religiones y filosofías intentan responder a las preguntas de la humanidad respecto a la existencia y proveer alguna clase de esperanza. Sin rayar en la arrogancia, la esperanza cristiana presentada en la Biblia las sobrepasa a todas. Tenemos "una mejor esperanza" según Hebreos 7:19.

¿Por qué? Porque nos asegura un futuro junto con Dios. Con la capacidad de conceder motivación y propósito para la vida presente, tal convicción es mucho más significativa que las esperanzas materialistas de la era actual. Y Jesús lo garantizó por medio de su propia resurrección.

"El ser humano sólo debe ser definido en términos de su adónde, no de su desde dónde", escribió el teólogo Helmut Thielicke (el énfasis es nuestro). En otras palabras, es hacia dónde vamos lo que importa, no de dónde venimos. Lo que Dios observa como potencial en nosotros es lo que él quiere hacer realidad en su reino futuro, lo cual constituye la razón por la que espera que respondamos a su gloriosa oferta de salvación.

Como consecuencia, "la esperanza no avergüenza, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado" (Rom. 5:5).

Sólo Jesús

El simple lema de los que procuran el futuro de Dios es el "Señor Jesucristo nuestra esperanza" (1 Tim. 1:1). Si la tentación viene a volvernos ansiosos y a desesperar, esta sencilla frase resume la respuesta cristiana. Cristo es nuestra esperanza, que nos da

seguridad en el presente y nos capacita para mirar hacia el frente a una experiencia más plena en el futuro que Dios ha preparado.

La oración para todos nosotros es ésta: "Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo" (Rom. 15:13).

A veces nos preocupamos por lo que nos sucede en el presente. Miramos a nuestro alrededor y, como David, preguntamos: "¿Por qué prosperan los impíos?" Todo nos parece tan injusto con frecuencia, y quedamos perturbados acerca de Dios y su participación en nuestras vidas. Seguramente, de alguna manera debe de ser diferente.

Pero el Señor nos recuerda que somos parte de ese continuo gran conflicto sobre su naturaleza y carácter. El presente es el "tiempo en el medio", la era de demostración que vindicará plenamente la verdad y la justicia y comprobará como falsos todos los cargos de Satanás. Así que, debido a esto, la Escritura nos apremia: "No te entrometas con los malignos, ni tengas envidia de los impíos. Porque para el malo no habrá buen fin" (Prov. 24:19, 20).

No tienen esperanza futura; es por eso que muchos se enfocan en el presente inmediato, en el placer instantáneo y la satisfacción. Todo se debe a que no tienen un futuro que esperar, ningún Jesús en quien poner su esperanza.

Siendo honestos, no tenemos esperanza aparte de Dios. Podemos tratar de engañarnos a nosotros mismos pero, en el fin, cualquier esperanza probará no ser nada más que una ilusión. Algunos, por ejemplo, tienen la esperanza de que la ciencia encuentre remedio para todas las enfermedades, incluso hasta el punto de tener sus cuerpos criogénicamente congelados con la pálida posibilidad de que algún día la ciencia médica podrá devolverles la vida cuando haya conquistado esa enfermedad particular. No obstante, tales esperanzas serán vanas, y dichas personas se hallan "sin esperanza y sin Dios en el mundo" (Efe. 2:12). Si bien muchos no lo admiten, no tienen esperanza verdadera y, como resultado, miran a las cosas de este mundo con el fin de satisfacerse: dinero, poder, drogas... la lista es infinita.

Pero cuando llegue el fin, no tendrán nada. Se lamentarán "como los otros que no tienen esperanza" (1 Tes. 4:13). En agónica desesperación, los que no tienen esperanza tratan de erradicar

su dolor por todos los medios posibles. Han descubierto con tristeza que todas las otras esperanzas fueron fútiles y sin valor.

Una parábola de esperanzas mal orientadas y creativa pérdida

Era raro que hubiera meses de nieve y hielo cubriendo el suelo alrededor de mi hogar de la infancia en el sur de Inglaterra. Pero no deseando que una oportunidad tal se escurriera, ese invierno comencé mi mayor programa de construcción que alguna vez hice.

Un chico de 9 años sí se preocupa por problemas tales como temperaturas por debajo del punto de congelación, el desabrigo y las heladas. Con todo, el tiempo no es factor cuando se trata de hacer realidad los sueños, de convertir las esperanzas personales en una realidad dura.

Muy dura realidad, a decir verdad. Hielo duro como el hierro, el agua vuelta piedra.

El campo en la parte posterior de nuestra casa se inclinaba colina arriba. Justo al lado de la casa, sobre el lado norte, se hallaba un pequeño terraplén más abrupto, separado de la pared de la casa por una estrecha zanja. Fue allí donde el sueño se volvió realidad. Hora tras congelante hora, yo me paraba en la zanja, construyendo una aldea de hielo sobre el costado de ese terraplén. ¡Tenía muy altas expectativas para mi creación!

Después de mi primera semana, mi madre desistió de llamarme a entrar en la casa y dejar un frío tan agudo. Un hombre con una misión no se preocupa por bagatelas tales como un chocolate caliente o bizcochos tostados. Lentamente, mi aldea en miniatura se fue levantando en su congelado sitio de construcción.

Primero, un camino de un solo carril se abrió paso a lo largo del terraplén, esquivando sinuosamente los cúmulos de nieve y las fisuras producidas por el escurrimiento en el glaciar. Eso sí que fue duro, machacando y machacando hielo tan sólido como la roca para conseguir algo como una superficie plana donde los cochecitos de juguete pudieran correr. Después de muchas horas de trabajo agotador, descubrí que el agua caliente podía hacer la tarea mucho más fácil y producir ciertas formas interesantes cuando yo suavizaba la carretera mientras se recongelaba. Perfeccionando mi tecnología, hice rápidos progresos usando la seca-

dora de pelo de mi madre conectada a un cable de extensión, hasta que ella objetó (un tanto irrazonablemente, pensé yo) este uso algo inortodoxo de su secadora.

Una vez que el camino estuvo listo (completo con una aterradoramente sección más bien parecida a una pista de trineos), me dirigí a la arquitectura. Construir con nieve no es una tarea fácil. Por ejemplo, trate de hacer ladrillos cuadrados con mitones. También está el problema del desmoronamiento. Los ladrillos de nieve tienen la irritante tendencia a derrumbarse justo en la etapa crítica de la construcción.

Las primeras pocas casas eran apenas reconocibles. Más bien parecían pequeños montones de bolas de nieve. Pero al ir desarrollando mi técnica, algo que se parecía más a habitaciones humanas fue tomando forma. Luego los bloques de oficinas. El intento de rascacielos acabó en ignominioso fracaso y requirió un trabajo pesado de reparación al área residencial que aplastó cuando se derrumbó. (Empecé a ver el impacto de los errores humanos. Mucha gente de hielo habría muerto en esa terrible tragedia.)

Hasta me aventuré a hacer una iglesia y, con el recién descubierto proceso de rociar la construcción con agua del atomizador para flores de mamá, ésta incluso se mantuvo junta, aunque el capitel estaba decididamente sesgado.

Al final, después de lo que debieron haber sido cientos de horas de trabajo en el espantoso frío, la aldea cubrió toda la extensión del terraplén, con oficina de correos, banco, supermercado, gasolinera, y todo lo demás. (La idea de la pista de patinaje admisiblemente no funcionó muy bien. Derramar galones de agua caliente en la nieve sólo derritió un pronunciado hoyo, y el resultado final parecía más bien un volcán.)

Posteriormente, comencé a hacer planes de extender mi aldea por encima de la pendiente sobre el terraplén. Pronto crearía una gran metrópoli, ¡tal vez un planeta entero de hielo! ¡Grandes esperanzas!

Pero justo esa mañana, mis grandes proyectos se volvieron polvo. O para ser más exacto, se hicieron barro. La temperatura se elevó, y yo observaba en angustioso horror cómo todo mi trabajo se derretía ante mis ojos. El bloque de oficinas hizo que

se deslizará el banco y barrió con la estación de bomberos. La iglesia se desplomó (con qué efecto sobre los adoradores de hielo, ¿quién sabe?). La pista de patinaje de hielo se convirtió en un lago. Poco después, todo se había escurrido a la zanja y se había ido por el desagüe. Todo se había perdido; ido para siempre.

Apenas capaz de hablar, arrastré a mi madre hacia afuera y sólo señalé. Donde alguna vez hubo una orgullosa ciudad de hielo ahora sólo estaba el viejo y familiar banco de pasto.

Si hubiera sabido las palabras, habría citado a Salomón cuando dijo que todo es vanidad y que no hay provecho de ningún trabajo debajo del sol (que para el momento ya había salido y estaba derritiendo toda la nieve). Todo se había ido. Y ni siquiera una fotografía para los registros. Sólo lo que quedaba en nuestras memorias.

Fue una lección muy difícil sobre la falta de permanencia en esta vida, sobre construir sin un fundamento seguro. Todo ese trabajo, ¿para qué? En ese momento de pérdida, yo veía con visión cristalina que en esta vida todo es temporal. Tal como ocurrió con mi aldea de hielo, todo se derrite, se desvanece, muere. Buscamos permanencia en un mundo que no conoce ese concepto. Nuestros sueños y esperanzas parecen tan insustanciales.

Pero un día, nuestro Dios en quien hemos puesto nuestra esperanza y confianza abrirá mucho más que un terraplén de hielo para nuestra creatividad. Tendremos mundo tras mundo para explorar, ideas más allá de la imaginación. En ese día, tendremos inmensamente más que percederas aldeas de hielo que se derriten con el sol matutino.

Una mañana brillante, Dios aparecerá y su pueblo estará con él en su eterna ciudad. Yo quiero estar allí, experimentar la permanencia creativa y total de Dios. ¿Y qué contigo?



Capítulo 4

La esperanza hace la diferencia

De acuerdo con una encuesta publicada el 15 de enero de 1995 en el *Post* de Houston, una de cada cinco personas en los Estados Unidos cree que la vida no tiene ningún significado.

Según notó Charles Sawyer: "De todas las fuerzas que hacen que este mundo sea mejor, ninguna es tan indispensable, ninguna es tan poderosa como la esperanza. Sin esperanza, los seres humanos sólo están medio vivos".

Medio vivos, o ni siquiera vivos en absoluto. Sin esperanza en el futuro, el presente no tiene significado.

El 24 de marzo de 1950, el pueblo de Flagstaff, Maine, quedó hundido. Un vasto proyecto hidroeléctrico detuvo el flujo de las aguas del acertadamente llamado Río Muerto, y éste creció hasta el punto de engullir al pueblo. Pero el pueblo de por sí ya estaba muerto. Durante los meses anteriores al inevitable fin, los pobladores abandonaron su comunidad puesto que carecía de futuro alguno.

No había esperanza

Si es cierto que donde hay vida hay esperanza, entonces lo opuesto también es cierto. Donde no hay esperanza no hay vida.

Los edificios se deterioraron. Nadie se molestaba en repintar

su hogar. Las calles quedaron sin ser reparadas. ¿Qué caso tiene hacer algo? Pronto, el pueblo cesaría de existir, su nombre sería borrado de los mapas. En su lugar, un vasto lago se extendía por el valle.

El pueblo decayó mucho antes que el agua se elevara, porque la esperanza había muerto. Como dijera alguien en ese momento, reconociendo el inminente abandono del pueblo y su falta de futuro, "donde no hay esperanza para el futuro, no hay poder para el presente".

Si no hay esperanza futura, no hay poder presente. Todos nos damos cuenta de eso. En nuestra propia experiencia vital, cuando la esperanza fenece, el poder presente se desvanece, por cuanto es el futuro el que da poder para el presente. ¡La esperanza realmente hace la diferencia!

Una clase de pueblo que espera

De modo que si lo anterior es cierto, ¿cuál es el resultado en aquellos que tienen esperanza? Pedro hace la misma pregunta: cuando llegamos a conocer esta esperanza cristiana, ¿qué clase de pueblo debemos ser? He aquí su respuesta: "¡Cómo no debéis vosotros andar en santa y piadosa manera de vivir, esperando y apresurándoos para la venida del día de Dios!" (2 Ped. 3:11, 12).

Aunque debemos tomarlo muy en serio, este no es un mensaje de condenación y desastre para el cristiano con esperanza. Tampoco es un proceso mediante el cual nos autoflagelamos para alcanzar la sumisión y volvernos justos, sino una invitación a aceptar los resultados de la esperanza, y a vivir el poder transformador de la gracia de Dios en el presente. Recuerde que debemos regocijarnos en esta esperanza. La santidad y la piedad no son incompatibles con el gozo y la felicidad: ambos son aspectos de un todo. Lo que Dios busca en su pueblo es que viva justamente para él, representando la verdad de que él vino a un tremendo costo a compartir la vida eterna con nosotros. Cuando vivimos en esperanza, consecuentemente nos volvemos cristianos claramente identificables.

Porque como Pablo nos recuerda, "hemos llegado a ser espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres" (1 Cor. 4:9).

Cada uno de nosotros se convierte en una demostración, un despliegue de esperanza. No se trata de un acto sino de toda una vida de esperanza, a fin de que otros puedan ver, entender y anhelar esa misma esperanza motivacional en sus propias vidas.

Siendo que tenemos que ser espectáculo para un mundo que nos observa, necesitamos preguntarnos: "¿Qué ven ellos en relación con nuestra esperanza? ¿Nos ven como amigos y seguidores de Cristo, siempre esperando, siempre buscando la conclusión de la salvación, al par que vivimos vidas honestas, veraces y gozosas?"

Dios espera que su pueblo realmente lo siga, que crea en la verdad divina según se opone a las mentiras del diablo; que a pesar de toda suerte de ataques, permanezca leal a su Señor. Tal generación del fin del tiempo rehúsa permitir que cualquier asalto a su fe los zarandee, y viven sus vidas verdaderamente en armonía con Dios. Tampoco debieran sorprenderse o ser tomados inconscientes por el cumplimiento de su esperanza.

"Mas vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón. Porque todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas. Por tanto, no durmamos como los demás, sino velemos y seamos sobrios" (1 Tes. 5:4-6).

Apresurando la esperanza sin volverse fanático

Pedro habla acerca de apurar la esperanza o apresurar el día (véase 2 Pedro 3:12). ¿Cómo es esto posible? ¿Acaso no sabe ya el Señor el tiempo de su venida? Entonces, ¿cómo podemos "apresurarlo"?

Sí, Dios conoce el tiempo. Y sí, él vendrá cuando lo decida. Pero viene por aquellos que lo esperan. Esto nos da una clave para entender nuestra parte en el regreso del Señor. Podemos "apresurarlo" al hacernos parte del proceso.

Dios viene en el "cumplimiento del tiempo". Ese "cumplimiento" se refiere a las condiciones existentes sobre la tierra. Nuestra parte consiste en testificar y extendernos a los demás mediante el servicio, en vivir nuestras vidas para Dios. Entonces, cuando el cumplimiento del tiempo haya madurado, Jesús

regresará. Hasta ese momento, sin embargo, tenemos que compartir nuestra esperanza, representar adecuadamente a Dios, predicar el evangelio, ponernos de parte de lo que es justo, vivir la verdad en nuestras vidas, y apresurar la esperanza.

Los que pretendan vivir la esperanza tienen que despertar y darse cuenta de las implicaciones de esta expectativa que cambia vidas y altera el mundo:

"Y esto, conociendo el tiempo, que es ya hora de levantarnos del sueño, porque ahora está más cerca de nosotros nuestra salvación que cuando creímos. La noche está avanzada, y se acerca el día. Desechemos, pues, las obras de las tinieblas, y vistámonos las armas de la luz" (Rom. 13:11, 12).

¡Despertad! ¡Nuestro papel es estar alertas, listos para compartir las buenas nuevas de esperanza al par que esperamos su cumplimiento! No presas de sobreexcitación, sino en plena certeza de nuestra confianza en aquel que ha prometido regresar. Jesús mismo recordó a sus seguidores que el tiempo reposa en las manos del Señor, y que no debemos sobreenfatizar su inminencia.

"Oyendo ellos estas cosas, prosiguió Jesús y dijo una parábola, por cuanto estaba cerca de Jerusalén, y ellos pensaban que el reino de Dios se manifestaría inmediatamente. Dijo, pues, un hombre noble se fue a un país lejano, para recibir un reino..." (Luc. 19:11, 12).

El problema que Jesús abordó aquí es un énfasis desmedido en la prontitud de la venida. Así, Jesús contó la parábola acerca del hombre noble que fue de viaje a un país lejano. La implicación aquí es que el viaje del noble tomaría algún tiempo. La gente no debía esperar que volviera inmediatamente.

Aunque Jesús ansiaba vehementemente regresar al instante —y él mismo afirma en Apocalipsis que vuelve pronto— las Escrituras reconocen la necesidad de dar tiempo a las personas para que puedan responder. Dios es paciente, "no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento" (2 Ped. 3:9).

Su pueblo puede volverse fanático en varias formas. Algunos van mucho más allá de la Escritura en sus expectativas. Pueden

distorsionar aún lo bueno en malo. Pero la Biblia nos apremia a "examinadlo todo; retened lo bueno. Absteneos de toda especie de mal. Y el mismo Dios de paz os santifique por completo; y todo vuestro ser, espíritu, alma y cuerpo, sea guardado irreprochable para la venida de nuestro Señor Jesucristo" (1 Tes. 5:21-23).

Nuestro papel como partidores de la esperanza

Nuestro papel no consiste en entregarnos a la especulación respecto a cuándo esperamos que nuestro Señor regrese. Más bien, debemos estar "preparados para presentar defensa con mansedumbre y reverencia ante todo el que os demande razón de la esperanza que hay en vosotros" (1 Ped. 3:15). Cuando les hablemos a los demás acerca de la esperanza que hay en nosotros, debemos decir lo que Jesús significa para nosotros, y la expectativa que tenemos de encontrarnos con él en su venida y estar con él por toda la eternidad. La esperanza cristiana necesita ser personal y real. Tenemos que reflexionar muy bien, y luego explicar nuestras razones para abrigar tal esperanza.

Es un privilegio ser parte del plan divino para compartir su esperanza a un mundo que, como Flagstaff, Maine, se está ahogando en la desesperanza.

¿Por qué nos invita Dios a colaborar con él? ¿No es acaso porque podemos dar el mejor testimonio de lo que significa encontrar esperanza después de estar desahuciados, de hallarla cuando pensábamos que toda esperanza se había perdido? Como hijos de Dios, él nos invita a ser parte de su maravilloso plan de salvación para la humanidad y demostrar la verdad respecto a Dios a todo el universo. La esperanza es parte esencial de ese plan, y no sólo el "recubrimiento del pastel", como alguien alguna vez llamó a la esperanza cristiana. La esperanza es mucho más sustancial que eso; de hecho, ¡es el plato principal! Nuestra perspectiva es la siguiente: "Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado" (1 Ped. 1:13).

Jesús nos pide hacer tesoros en el cielo, porque es ahí donde se cumplirá nuestra esperanza (Col. 1:5). Nuestro foco no estará en nosotros mismos, sino en los demás y en los verdaderos

valores que Dios respalda.

Tampoco descartaremos nada ni nadie como fuera de toda esperanza. Como dijera Charles L. Allen: "Cuando alguien dice que una situación o persona no tiene esperanza, está azotando la puerta en la cara de Dios". Hemos de reconocer en todos los que nos rodean el mismo potencial que Dios observa para con los hijos redimidos y restaurados del reino de la esperanza.

Nuestra esperanza en ver muy pronto a Jesús de veras produce una diferencia. Tiene efecto en todas las áreas de la vida, el trabajo, nuestras relaciones y conducta. Matizando nuestra actitud hacia las cosas de este mundo, la esperanza identifica los verdaderos valores y afecta nuestro enfoque hacia la vida misma. Aún cuando la perspectiva pueda parecer oscura en términos humanos, la esperanza divina da significado y propósito a aquellos que creen "en esperanza contra esperanza" (Rom. 4:18). Tal esperanza da forma a las relaciones familiares, al uso del dinero y el deseo de adquirir posesiones; a nuestras ambiciones y perspectivas de una carrera profesional, así como a nuestros planes para el futuro. Si la esperanza no tiene tal impacto, entonces no tiene poder alguno en nuestras vidas. Todos necesitamos poder decir: "Bueno es Jehová a los que en él esperan, al alma que le busca" (Lam. 3:25).

Aunque en la ansiedad de dar curso a nuestras vidas podemos volvernos impacientes —por lo que anhelemos, incluyendo la misma Segunda Venida— necesitamos tener presente que tenemos que esperar a que el Señor marque el tiempo, y no confiar en nuestros propios planes, a fin de que "por la paciencia... tengamos esperanza" (Rom. 15: 4). Consecuentemente, ¡necesitamos des-
pertar a nuestra responsabilidad y actuar "como hombres y mujeres que creen" en esta esperanza!

Parábola: Esperanza en la playa de este mundo

En la grisácea frialdad de un día de invierno, un hombre se hallaba parado en la playa. Un dilatado banco de guijarros se extendía hacia la inmensidad cubierta por la niebla; el enorme océano encalado de plata espumeaba contra la playa por debajo de un cielo de metal oscurecido, rasgado por escasas nubes. El

forastero estaba de pie, con la mirada fija en el punto donde la tierra, el mar y el cielo se encontraban. Era un hombre solitario, bajo un cielo solitario, en una playa solitaria.

No se trata de una playa llena de algarabía veraniega, atestada de gente nadando, deslizándose en las olas, navegando con veleros, esquiendo, remando, merendando, tomando el sol y construyendo castillos de arena. Tampoco es una playa henchida de paseantes bronceándose bajo el sol del verano. En vez de un sueño idílico, el mundo que este hombre observa es la realidad en toda su crudeza: el cruento frío, el amenazante oleaje, la absoluta soledad. Envolviéndose más ajustadamente con su abrigo, camina y camina por la playa.

Parecía otro tiempo, otro lugar, otro planeta. La vacía desolación reflejaba el humor de este individuo, símbolo y representante de toda la raza humana. Varado sobre el borde de un océano inmenso e insurcable, el hombre caminó por la orilla de la playa con la esperanza de encontrar algo; no obstante, sólo escuchaba el crujir de los guijarros bajo sus pies. Se inclinó, se agachó trabajosamente hasta abajo, luego tomó una piedra y se levantó. Con un grito, un grito de desesperación, arrojó la piedra con todas sus fuerzas a la fracturada superficie del inquieto mar. Hubo un chapoteo, unas cuantas ondas, y luego acabó todo. El mismo grito pasó desapercibido sobre el ruidoso choque de las olas de la eternidad. Solo e inadvertido, el hombre seguía luchando allá en la playa.

Después de encontrar un reducido tramo de arena, el hombre se acuclilló y comenzó a escribir con su dedo, grabando todas sus quejas, sus esperanzas y temores, su necesidad de conocer el porqué de su existencia. El caballero presentó, valiéndose de todas sus palabras sin significado, su historia en apasionada efusión de sus pensamientos más íntimos. Al calce, firmó su nombre, y se echó hacia atrás para admirar su bella creación, satisfecho de que por lo menos había registrado su protesta. Entonces, en una vuelta arrolladora, el agua sólo dejó arena descubierta, sin ninguna anotación. Todo estaba como si nunca hubiera sido. Con los zapatos anegados de agua de mar, el hombre se sentó y sollozó, en tanto sus suspiros se arremolinaban

en el espumante oleaje que bañaba la playa.

Con bravura, siguió luchando hasta que descubrió los restos sobre la arena, reliquias de otros que habían pasado con anterioridad: latas y botellas, vasos de plástico y envolturas de cigarrillos. Con mucho cuidado, depuró este tesoro con la vana esperanza de encontrar respuestas a sus preguntas, algo de valor entre toda esa basura. Estuvo buscando por horas enteras, juntando todos los desechos esparcidos sobre la playa. Pero al final no tenía nada, no había ningún gozo en tal posesión, ninguna respuesta en todas esas latas oxidadas y papeles apelmazados, ninguna esperanza en toda esa colección de basura que, apilada a su lado, se levantaba como un memorial sobre la playa.

En su desesperanza, se echó al suelo, como si fuera uno más de los restos arrojados por la corriente: una oscura figura abandonada en medio de toda esa vacuidad. Perdido, solitario, desahuciado, desesperado, esperaba mientras la luz se apagaba. Era el atardecer del mundo, y entre tanto el frío calaba más hondo, el hombre se preguntaba si ése sería su fin. Hambriento, atemorizado, temblando, e inmensamente solo, el hombre esperó. Se quedó mirando hacia el encarnizado mar de separación y sintió su propia vaciedad. Incapaz de hacer algo más, incapaz de ayudarse a sí mismo, incapaz de salir de allí, se quedó varado en la playa.

Pero al mirar hacia el lejano horizonte, sobre el mar, otro Hombre caminó hacia él. Desde el otro lado, imposiblemente extendidos hacia la playa, unos brazos se alargaban mientras las olas morían y el viento fenecía en un silbo apacible. Vino a abrazar, a envolver la desesperanza en eterna esperanza. Este Hombre ahora llegó para salvar, para rescatar, para transformar: para rehacer una esperanza de la desesperanza humana en favor de aquel hombre en la playa.

El Hijo apareció en fulgurante esplendor, una brillante demostración de absoluta majestad vestida en el amor más humilde. De repente, toda la escena cambió. El mar brillaba como lava derretida, el cielo brillaba con colores surrealistas de verde, azul y rojo: como esmeraldas, zafiros y rubíes rodando sobre el piso del cielo. La transformación fue obra de un momento, un

abrir y cerrar de ojos. Saltando sobre sus pies, el hombre se incorporó, gritó y cantó. Arrobado en toda esa gloria, él mismo fue cambiado desde adentro hacia afuera. El hombre observó, y al hacerlo, entendió. Al arrepentirse y reclamar la promesa, fue redimido. La esperanza hizo la diferencia, cuando reconoció la verdad de la salvación. Entonces, cuando la visión desaparecía, se quedó en silencio con un sobrepujante sentido de reverencia. La oscuridad se acercaba pero, en el crepúsculo, aquel hombre sonreía; su corazón latía lleno de esperanza eterna, anticipando el momento cuando estaría para siempre con aquel Hombre, sobre la playa de aquel mar de cristal.



Capítulo 5

La esperanza:

motivación para cumplir la misión

La escritora de novelas de crimen, Agatha Christie, tituló una de sus obras *La clave es el temor*. Hay quienes ven en este título un símbolo de la vida, pero para el cristiano, la verdad es seguramente lo opuesto: La clave es la esperanza.

Y es que la esperanza de Jesús no sólo es una creencia a la que asentimos, sino una motivación para la vida misma, un energético que nos dirige a la acción. A decir verdad, es la motivación que nos impulsa a cumplir la misión. La esperanza que encontramos entrelazada en el evangelio nos hace querer compartir con otros estas gloriosas buenas nuevas. Porque "no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor" (2 Cor. 4:5). Nuestra misión es iluminar a todo el mundo con la salvadora esperanza de Jesús.

Podemos resumir la vida de nuestro mensaje y misión en esta bienaventurada esperanza. Sin una esperanza tal, el evangelio no tiene significado: es sólo una promesa vacía, una filosofía baladí. Porque si no hay futuro en compañía con Dios, entonces el presente pierde su valor y, como comentó Pablo, sin la esperanza de la resurrección, todo es en vano.

Pero siendo que tenemos esta transformadora, increíble esperanza de ser parte del glorioso futuro de Dios, entonces tenemos

toda la razón del mundo para querer compartir esta misma esperanza con los que nos encontremos. La esperanza es, verdaderamente, la motivación para la misión, puesto que es la clave para una relación salvadora con Dios, ahora y por la eternidad.

Esperanza para un viaje atemorizador

—¿Se supone que tiene que hacer eso?

Se trataba de una voz urgente: la primera señal de que estaba sentado junto a un pasajero con miedo de volar. Un conjunto de blancos nudillos sobre el apoyabrazos acompañaba la ansiosa pregunta.

—¿Hacer qué? —pregunté. Una introducción *bastante extraña para una conversación*, pensé.

—Ese ruido. ¿Es eso normal?

Todo lo que podía escuchar era el ruido de los motores a toda marcha.

—Sí, desde luego. Es el momento del despegue —respondí.

—Oh. —Un "oh" un tanto débil y lastimero.

Durante el resto del vuelo me involucré llenando los vacíos de conversación cuando mi compañera de asiento se obsesionaba de nuevo con los ruidos del avión.

La dama (y bien podría tratarse de un caballero, puesto que volar aún me atemoriza un poco) admitió que volaba sólo porque quería alcanzar a ver a su abuelita, que se hallaba agonizante. Pero cada salto y vuelta la dejaban sin aliento, y cada pequeña turbulencia le producía pánico.

Así que platicamos. De todas y cada una de las cosas. Hablamos de lo que ella hacía (estudiante y niñera) y lo que yo hacía (escritor de noticias y pastor). Hablamos respecto a su familia y la mía, acerca de la vida y la muerte y del significado y el propósito...

Y de la esperanza.

En ese momento, la esperanza para ella significaba más que cualquier otra cosa. La esperanza de que vería a su abuela antes que muriera. La esperanza de que el avión no caería del cielo. La esperanza de que llegaría con seguridad.

Más que semejantes esperanzas inmediatas, la mujer buscaba una esperanza más allá: un anhelo que inevitablemente denota la necesidad de la esperanza que da Dios.

Ella sí creía en Dios, según lo admitió. Recientemente, de hecho, había empezado a orar de nuevo. En ese momento, esta dama estaba orando con mucho fervor, me dijo con una sonrisa nerviosa.

La enfermedad terminal de su abuelita la estaba afectado de veras. Como hija única, mi interlocutora había crecido con su madre y su abuela, y esta última significaba mucho para ella. Pero ahora, a los 90 años, la vida de la ancianita estaba menguando rápidamente. Mi acompañante se deshacía por recibir un poco de esperanza.

Sólo la bienaventurada esperanza de Dios satisface tales necesidades. Sólo la promesa de Dios, quien nunca miente, puede aliviar el dolor de nuestra fugaz mortalidad. Y sólo el poder divino puede volver dichas esperanzas en realidad.

Así que hablamos de cómo es este Dios de esperanza; de cómo Jesús nos muestra a este Padre que salva y sana; de cómo nos da la vida ahora y por la eternidad, al escoger sus caminos.

Cuando dábamos tumbos hacia la pista de aterrizaje, ella trabó de mi brazo. Una vez salva en la pista, me expresó su feliz alivio. La esperanza que tenía del viaje se transformó en la realidad de un suelo seguro.

Se alejó —creo— con más que una simple esperanza de sobrevivir a un atemorizante viaje aéreo. Dios nos da una maravillosa, gloriosa, sorprendente esperanza que transforma un viaje espantoso a través de la vida en una nueva existencia de significado y propósito, gozo y confianza.

Tenemos esta esperanza, y la compartimos: una esperanza que vuela más allá de la muerte y llega hasta la eternidad, con el Dios de la esperanza bienaventurada.

La esperanza nos hace francos

"Así que, teniendo tal esperanza, usamos de mucha franqueza" (2 Cor. 3:12).

Una santa franqueza brota de la esperanza que tenemos en Je-

sús. Es una esperanza que nos da convicción y certeza para cualquier desafío que tengamos que enfrentar. Más aún, nos alienta a compartir la promesa de un futuro eterno con aquel Dios que amamos y adoramos.

Con frecuencia vemos la testificación como una carga, o como una actividad que necesitamos realizar como parte de nuestro deber cristiano. Puede ser que, incluso, temamos el tener que salir y "evangelizar". Pero una actitud tal pasa por alto completamente el punto en cuestión. Nuestro papel no es realizar determinado deber o cumplir con cierto requisito. Más bien, nuestro gozo es permitir que otros conozcan la maravillosa esperanza y la delicia de la salvación de Dios. No nos estamos predicando a nosotros mismos, sino a Jesús como Señor. Predicamos la maravilla de conocer a Dios como nuestro amigo más cercano, aquel que nos salva ahora y que regresará a llevarnos consigo por la eternidad.

"Nuestra alma espera a Jehová; nuestra ayuda y nuestro escudo es él. Por tanto, en él se alegrará nuestro corazón, porque en su santo nombre hemos confiado. Sea tu misericordia, oh Jehová, sobre nosotros, según esperamos en ti" (Sal. 33:20-22).

Nuestra responsabilidad es permitir que esta esperanza pléfrica de gozo brille a través de nosotros, a fin de que los que están a nuestro alrededor reconozcan el increíble valor de lo que tenemos. "Porque no nos predicamos a nosotros mismos, sino a Jesucristo como Señor, y a nosotros mismos como vuestros siervos por amor de Jesús. Porque Dios, que mandó que de las tinieblas resplandeciese la luz, es el que resplandeció en nuestros corazones, para iluminación del conocimiento de la gloria de Dios en la faz de Jesucristo" (2 Cor. 4:5, 6).

Como resultado de este maravilloso y divino tesoro que poseemos, la salvadora luz de la esperanza del Señor ilumina el mundo. Nuestra misión, motivada por la esperanza, ha de ayudar a que cada ser humano en nuestro agonizante mundo vea cuánto necesita de Jesús. "Y será predicado este evangelio del reino en todo el mundo, para testimonio a todas las naciones; y entonces vendrá el fin" (Mat. 24:14).

La convicción que compartimos en la esperanza de ver pronto

a Jesús en su venida es lo que le da impulso y poder a nuestras actividades de alcance misionero. El lema "el mensaje del evangelio a todo el mundo en esta generación" es sencillamente un sumario de los resultados de compartir el evangelio de la esperanza. El componente de esperanza que el mensaje adventista de la Segunda Venida contiene le confiere urgencia y poder, y nos asegura un futuro eterno en el hogar con nuestro amante Dios.

La iglesia de hoy opera impulsada por una variedad de motivaciones, todas ellas relevantes. Deseamos aliviar el hambre y la miseria, así como mejorar la educación y las posibilidades de vida de las personas. Cada uno de nosotros está comprometido a ayudar a otros a tener un estilo de vida saludable. Sin embargo, la parte realmente adventista de nuestras creencias es lo que nos hace la iglesia de la esperanza, los que esperan el pronto regreso de Jesús.

Una comunidad de esperanza

De todos los pueblos, somos los que deseamos reclamar el futuro en el presente. La esperanza futura hace que seamos una comunidad en el presente. ¿Por qué? Porque "el futuro pertenece a aquellos que pertenecen a Dios. Eso es esperanza" (W. T. Purkiser).

En palabras de Zacarías 9:12, somos "prisioneros de esperanza". Sin embargo, ¿significa eso prisioneros que esperan o que estamos aprisionados por la esperanza?

Ambos significados son apropiados. Somos extranjeros y peregrinos (Heb. 11:13) sobre esta tierra, que esperamos una tierra mejor. Mas también estamos "prisioneros" por la esperanza. Puesto que la esperanza nos llena como pueblo, estamos encerrados por la esperanza y, al mismo tiempo, somos una comunidad de esperanza.

En el pasado, vivíamos nuestras vidas en rebelión. Pero ahora, salvados por la esperanza, hemos venido a ser herederos de la promesa: la promesa de Dios y la esperanza de la vida eterna. "Porque nosotros también éramos en otro tiempo insensatos, rebeldes, extraviados, esclavos de concupiscencias y deleites diversos, viviendo en malicia y envidia, aborrecibles, y aborre-

ciéndonos unos a otros. Pero cuando se manifestó la bondad de Dios nuestro Salvador, y su amor para con los hombres, nos salvó, no por obras de justicia que nosotros hubiéramos hecho, sino por su misericordia, por el lavamiento de la regeneración y por la renovación en el Espíritu Santo, el cual derramó en nosotros abundantemente por Jesucristo nuestro Salvador, para que justificados por su gracia, viniésemos a ser herederos conforme a la esperanza de la vida eterna" (Tito 3:3-7).

Consecuentemente, el mensaje que tenemos que compartir es muy sencillo. Es el mismo mensaje que nos ha dado esperanza, la cual asimismo compartimos: "La esperanza de la vida eterna, la cual Dios, que no miente, prometió desde antes del principio de los siglos, y a su debido tiempo manifestó en palabra por medio de la predicación que me fue encomendada por mandato de Dios nuestro Salvador" (Tito 1:2, 3).

"Fe y conocimiento que descansan en la esperanza de la vida eterna". La iglesia de la esperanza no podría tener mejor lema. Bien vale la pena detenernos y contemplar la frase, porque resume nuestro mensaje, nuestra teología y nuestra motivación. Captura el fundamento, la base para todo lo que hacemos, pensamos y decimos. Nuestra fe, y el conocimiento que obtenemos, descansan sólidamente en la esperanza de la vida eterna dada por Dios.

Al obedecer el mandato del Señor de hacer discípulos, nos amoldamos según su ejemplo y dirigimos a las personas tanto hacia una vida mejor aquí y ahora, como a las maravillas de la esperanza de la vida eterna con Jesús cuando regrese.

La esperanza renueva las fuerzas

Esperar en Dios no sólo nos concede fuerzas para vivir sino también para compartir sus gloriosas buenas nuevas. Confiar en Dios como nuestra fuente de esperanza proporciona certeza y convicción. Y predicar anclados en Dios nos capacita para transmitir a otros esa misma esperanza de vivir un presente lleno de Dios y de heredar el futuro que Dios nos promete. Como resultado, "los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán y no se cansarán; cami-

narán, y no se fatigarán" (Isa. 40:31).

Es por eso que es bien importante esperar en el Señor. Es nuestra única fuente de energía espiritual, por cuanto no tenemos ninguna de nosotros mismos. El fundamento de nuestra esperanza descansa en Dios y en su eterna majestad y poder, expresados en la humildad y el amor de Jesucristo.

Si su esperanza se oscurece, vuelva a la Biblia y reestudie las "promesas de esperanza". Luego, ore por el fortalecedor poder de la esperanza divina. La esperanza recobrada restaura la motivación y nos impulsa a compartir esa esperanza con los que nos rodean. Al celebrar tal esperanza, "retenemos firme hasta el fin la confianza y el gloriarnos en la esperanza" (Heb. 3:6).

Si bien podemos expresarnos en diferentes maneras, el corazón del mensaje de esperanza permanece igual. Nuestra audacia y valor yacen en nuestra convicción de su realidad. Nos gloriamos no en nosotros mismos, sino en el Dios que predicamos y enseñamos, el Dios de ese emocionante futuro junto a él, que hace una marcada diferencia en la forma de experimentar nuestro presente.

Como pueblo, necesitamos esa fuerza revitalizadora de esperanza al proclamar la salvación de Dios. Pero cuando la compartimos con otros, al mismo tiempo se fortalece en nosotros mismos. Como escribiera el traductor bíblico J. B. Phillips: "El evangelio no es más que un valor congelado si no se lo comunica". ¡Necesitamos reconocer esa verdad y ocuparnos en comunicar la esperanza!

Heraldo de esperanza

Patricio, aquel misionero a Irlanda del siglo quinto, nos dejó uno de los mejores ejemplos de lo que es un "heraldo de esperanza", al llevar la bondad del Dios de esperanza a una sociedad pagana, perdida en las tinieblas de la maldad. Casi sin ayuda, este hombre de Dios transformó totalmente la sociedad irlandesa en una sola generación. Nació en una familia cristiana en la costa británica occidental. Durante su juventud, los piratas lo capturaron, llevándolo a Irlanda donde se convirtió en un pastor-esclavo a la edad de 16 años. Con escasa ración de comida

y vestido, experimentó un trato verdaderamente áspero y hasta brutal. Seis años después, se escapó y regresó a casa. Pero el recuerdo de sus captores y años viviendo sin esperanza de cristianismo lo llevó de regreso, muy en contra de la voluntad de su familia.

Su padre era diácono, su abuelo, sacerdote. No obstante, después de su experiencia como esclavo, Patricio había aprendido los aspectos verdaderamente vitales del evangelio, y ahora vivía la esperanza. Diariamente esperaba la muerte debido a su predicación; pero decidió continuar sin importarle las amenazas y los peligros, con tal de que los irlandeses pudieran llegar a conocer al Señor como un Padre compasivo y amante.

En su "Confesión", Patricio registra su experiencia de haber conocido el amor de Dios por él como el de un padre por su hijo; de descubrir el significado y propósito de la vida, y de sentirse emocionado por la esperanza de la resurrección. Él sólo citaba la Biblia y fundamentaba su vida en los principios de las Escrituras. La suya era una fe sencilla y sin complicaciones, que impartía esperanza a los desesperanzados.

Su testimonio produjo una Irlanda transformada de una tierra sumida en negra desesperación y sacrificios humanos, en una nación que glorificaba a Jesús como Salvador y Señor, como esperanza viviente y Rey que viene.

En su oración, conocida como "La Coraza de Patricio", este hombre afirma su esperanza: "Me elevo hoy... en la esperanza de la resurrección para encontrarme con la recompensa" (Traducido al inglés por Kuno Meyer, <http://elvis.rowan.edu/~kilroy/JEK/03/17.html>). Y en su "Confesión", anticipa el cumplimiento de su esperanza en el Segundo Advenimiento de Jesús:

"Él [Jesús] se hizo hombre, y habiendo derrotado la muerte, fue recibido en el cielo por el Padre; y él le ha dado todo el poder sobre todo lo que se nombra en el cielo, en la tierra, y debajo de la tierra, y toda lengua confesará que Jesucristo es Señor y Dios, en quien creemos y cuyo advenimiento esperamos que pronto sea, juez de los vivos y de los muertos..." (Traducido al inglés por Ludwig Bieler, <http://ccl.org/p/patrick/confession/confession.html>).

La consecuencia de una vida tan dinámica y llena de esperanza fue una nación vuelta a Dios; toda una sociedad transformada, y una nueva comunidad cristiana viviendo a la luz de la Biblia y anticipando en esperanza el retorno de su recién descubierto Salvador. Se trata de una ilustración poderosa de la motivación de la esperanza actuando en un cristiano dedicado, induciéndolo a compartir las buenas nuevas de la salvación de Dios y del futuro eterno.



Capítulo 6

Esperanza:

¿demasiada o insuficiente?

Esperanzas infundadas

En nuestro primer viaje a los Estados Unidos, allá por 1980, decidí que necesitábamos comprar un auto para poder desplazarnos. Le hicimos una visita al subastador local de automóviles y licitamos exitosamente una vagoneta Chevy. ¡El subastador hizo parecer el auto como la mejor compra desde que los Estados Unidos habían adquirido Alaska! (Oh, y no me pregunten por el modelo, en lo que a mí respecta, ¡se trataba sólo de un automóvil, y punto!) No conociendo mucho de automóviles norteamericanos, miré debajo del capó y revisé que el motor estuviera presente. Luego me aseguré que tuviera una llanta de repuesto en la cajuela.

Sea como fuera, dejamos el lugar más que satisfechos por nuestra compra. Salí con elevadas esperanzas de este maravilloso producto de ingeniería norteamericana. De verdad se veía bien, y a simple vista no advertí ningún problema. Estaba más que dispuesto a confiar en las pretensiones del subastador.

Usted, igual que yo, tiene que tener esperanzas, ¿no es así? Usted quiere esperar, creer, tener fe. Yo estaba seguro de que habíamos encontrado el auto que siempre habíamos esperado.

Sin embargo, durante los días siguientes descubrimos algunas

de sus peculiaridades. El aire acondicionado ocasionalmente se encendía sin ninguna razón aparente y comenzaba a aullar como un fantasma. La primera vez que ocurrió casi me salgo de la carretera. Pero después de un rato, se convirtió casi en un ejemplo aceptable de excentricidad automotriz. Además, era divertido ver cómo reaccionaban otros pasajeros desapercibidos.

También parecía correr un tanto violentamente en algunas ocasiones, y yo no estaba seguro de que normalmente tuvieran que salir llamas del extremo final del escape. Con todo, el auto corría. Traía llantas bien lisas, al punto que yo sospechaba que eran adaptaciones especiales norteamericanas de ruedas tipo Fórmula 1 para ayudar a manejar más velozmente. Después de haber surcado por encima de un banco de nieve, sin embargo, descubrí que estaban gastadas al punto de la calvicie.

Pero el aspecto verdaderamente escalofriante de mis mal ubicadas esperanzas y ciega confianza me sorprendió incluso a mí cuando regresábamos de recoger a alguien del aeropuerto en Chicago. Recorrimos los 145 kilómetros de regreso a casa, navegando por la autopista hasta que salimos. Al bajar la velocidad mientras salía por la rampa, escuché un extraño golpeteo. Después de detenernos, me fijé por debajo del carro. Nada. Abrí las ventanas y manejé unos cuantos metros. Era como si alguien estuviera haciendo sonar piedras en una lata. El ruido me hizo recordar una antigua broma de las bodas británicas que consiste en poner grava en el interior las tapas de las llantas del automóvil de los recién casados.

Saqué la tapa de la llanta. En vez de grava, encontré tres tuercas con los tornillos que mantenían fija la llanta al eje totalmente tronchados. ¡Sólo uno seguía sosteniendo la llanta en su lugar! Temblando, revisé la otra llanta delantera. El mismo problema, sólo con dos tornillos aún en su lugar.

Manejamos los pocos kilómetros que nos restaban a diez kilómetros por hora. Gracias a Dios, llegamos bien. Entonces, hice una revisión con la ayuda de un vecino que conocía de mecánica. Sacudiendo la cabeza de asombro, me dijo que yo había estado manejando el carro todo el tiempo con llantas de una medida equivocada en el frente. Alguien había quitado las

llantas correctas y las había reemplazado con otras equivocadas, tal vez poco antes de llevarlo a la subasta.

Cuán importante es conocer su vehículo. La esperanza sin fundamento seguro es fútil. Yo había esperado demasiado, y ubiqué mal mi esperanza en las evidencias de quienes obviamente no podían proporcionarme tal fundamento. Confiar en las palabras de un subastador —“¡Excelente auto! ¡Recién arreglado! ¡Como nuevo!”— es una tontería. Usted tiene que saber inequívocamente que está viajando con seguridad. La única forma en que un individuo puede estar verdaderamente seguro es revisar todo por sí mismo y tener una idea definida de lo que está buscando.

Lo mismo se aplica al mundo espiritual. Usted tiene que examinar toda la evidencia y no confiar sólo en meras pretensiones. Creer sólo en lo que otro le diga es ser tan insensato como fui yo al manejar esa trampa mortal llamada automóvil. Aprendí muy pronto.

En el mundo material usted debe leer el manual del propietario. Revisar el consejo del fabricante. ¿Y acaso no tiene, por el bien de usted mismo y de su destino eterno, la misma responsabilidad en el reino espiritual? Asegúrese de que sus esperanzas están firmemente arraigadas en las seguras y ciertísimas promesas del Dios que no miente.

¿Demasiada esperanza?

¿Es posible tener demasiada esperanza? Algunos dicen que no. Pero, como dice el proverbio, “mucha esperanza, engaña”. Bien puede ser que encontremos peligros en la sobre anticipación. Por ejemplo, es posible dar demasiada importancia al tiempo de la esperanza, diciendo que su cumplimiento es absolutamente inminente. Esto puede provocar que los creyentes caigan en el chasco y la desesperación.

Pablo se dirige a este problema específico de “sobreesperar”. Algunos cristianos de entonces hacían la expectativa tan intensa que estaban diciendo que Jesús ya había regresado. “Pero con respecto a la venida de nuestro Señor Jesucristo, y nuestra reunión con él, os rogamos, hermanos, que no os dejéis mover fácil-

mente de vuestro modo de pensar, ni os conturbéis, ni por espíritu, ni por palabra, ni por carta como si fuera nuestra, en el sentido de que el día del Señor está cerca" (2 Tes. 2:1, 2).

El apóstol dice que tenemos que rechazar esa clase de sobreexpectación, especialmente cualquier profecía de tiempo que afirme que la esperanza adventista se vaya a cumplir la semana siguiente, o el mes siguiente, o el año siguiente, o cuando fuere.

El problema es que el chasco y la duda a menudo salen a la superficie una vez que fenece la viveza de una esperanza desproporcionada. Después de haber predicado una posición extrema, enfrentamos el peligro de abandonar la esperanza por completo, o de hacerla tan de lado que ya no haga ningún impacto en nuestras vidas. A decir verdad, para la mayoría de los cristianos de hoy, el mayor problema no es el de sobreesperar, sino el de no esperar lo suficiente.

¿Esperanza insuficiente?

La instrucción bíblica es a tener una esperanza perdurable, no una que arda por un momento, sólo para apagarse después y morir del todo. La esperanza dada por Dios no es temporal, como todas las cosas humanas. Es absolutamente cierta y segura, y durará hasta su cumplimiento. El Señor nos llama a esperar "por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado" (1 Ped. 1:13).

¡Esperar hasta el final! Si bien puede no ser la parte más sencilla de la vida cristiana, no obstante, es esencial. Aunque la emoción de nuestro primer amor por el Señor puede desarrollarse en una certeza a medida que continuamos viviendo con él, esto no debiera significar la disminución de nuestra más grande esperanza. Todo lo contrario: mientras dure el tiempo y nosotros maduremos en la esperanza, debería brillar con mayor fulgor.

Con toda seguridad, éste no es el momento de renunciar a la esperanza. Con tristeza, muchos cristianos parecieran sentirse defraudados respecto de la bienaventurada esperanza, como si lo que ellos esperaban con tanto fervor no se hubiera cumplido como lo anticipaban. Debemos recordar que tenemos que esperar

al Señor según su tiempo, no el nuestro.

La Biblia nos recuerda que debemos poner nuestros ojos en Jesús, el autor y consumidor de nuestra fe (Heb. 12:2). La esperanza no depende de nosotros ni de lo que podamos hacer: está anclada en la certeza, tan sólida como la roca, de Dios mismo. Es por eso que esta esperanza puede proporcionarnos tal gozo en el presente.

Una esperanza dañada

Por muchas razones, la esperanza se puede dañar. A veces equiparamos la esperanza con nuestros sentimientos y, cuando no nos sentimos contentos, asumimos que estamos perdiendo la esperanza. Pero la esperanza que debemos tener es confianza, no en cómo nos podamos sentir, sino en la seguridad de Dios mismo. La próxima vez que usted se sienta menos que esperanzado, recuerde estas palabras de los Salmos: "¿Por qué te abates, oh alma mía, y por qué te turbas dentro de mí? Espera en Dios; porque aún he de alabarle, salvación mía y Dios mío" (Sal. 43:5).

¡Ponga su esperanza en Dios! Recuerde siempre que la esperanza no viene de nosotros, sino de él.

Los discípulos en el camino a Emaús (véase Luc. 24:13-35) expresaron varias de las más tristes palabras de esperanza chasqueada y destruida. Le dijeron a Jesús, a quien no reconocieron, "nosotros esperábamos". Aunque en realidad estaban caminando con Cristo, viajando en la misma presencia de la esperanza divina, no podían ver ninguna razón para seguir esperando. De hecho, ellos hablaban de esperanza en tiempo pasado: "nosotros esperábamos que él era el que había de redimir a Israel" (vers. 21).

Pero cuando Jesús, la fuente misma de la esperanza, procedió a explicarles todas las Escrituras concernientes a él, se les abrieron los ojos: ¡ahora finalmente veían! La esperanza refulgió con intensidad otra vez. "Y aconteció que estando sentado con ellos a la mesa, tomó el pan y lo bendijo, lo partió, y les dio. Entonces les fueron abiertos los ojos, y le reconocieron, mas él se desapareció de su vista. Y se decían el uno al otro: ¿No ardía nuestro corazón en nosotros, mientras nos hablaba en el camino, y cuando nos abría las Escrituras?" (vers. 30-32).

Una esperanza no sorprendida

De todas las personas, ¡nosotros tenemos que estar constantemente conscientes de lo que esperamos! "Pero vosotros, hermanos, no estáis en tinieblas, para que aquel día os sorprenda como ladrón. Porque todos vosotros sois hijos de luz e hijos del día; no somos de la noche ni de las tinieblas. Por tanto, no durmamos como los demás, sino vigilemos y seamos sobrios" (1 Tes. 5:4-6).

Como comunidad de esperanza que aguarda el regreso de nuestro amante Señor, somos "hijos de luz e hijos del día". Tenemos que ser personas que reconozcamos la luz que Dios nos ha dado, y luego vivamos en esa luz, por cuanto hemos salido "de las tinieblas a su luz admirable" (1 Ped. 2:9).

Consecuentemente, nada debería tomarnos por desapercibidos cuando el Señor regrese y lleve a cabo su promesa, dando cumplimiento a la bienaventurada esperanza. No debiéramos adormecernos, viviendo inconscientes de lo que Dios ha prometido. Conviene que "vigilemos y seamos sobrios". Nuestras acciones deberían reflejar que somos una comunidad de fe que tiene esperanza, y que individualmente estamos despiertos a la operación de la esperanza en nuestras vidas.

Esperanzas desesperadas

Con frecuencia, la razón para abrigar alguna esperanza es la desesperación. Las personas se sienten obligadas a esperar, pues si no lo hacen, temen llegar a verse abrumadas con pensamientos de condenación y juicio. Si usted decide tener esperanza por causa de los terrores generados por las alternativas, eso también le puede llevar a una crisis de esperanza.

El mito de un héroe nacional resucitado es común en muchas culturas. Bien sea que se trate del Rey Arturo que regresa a la corte de Camelot para responder al citatorio de liberar a Inglaterra, o de Juana de Arco peleando una vez más por la libertad de Francia, o del Rey Vaclav cabalgando de nuevo a la vanguardia de los Caballeros de Blanik para salvar a Bohemia, las leyendas apuntan a una esperanza nacional puesta en glorias pasadas.

De estas leyendas, la última se vio engrandecida durante los oscuros días de la Segunda Guerra Mundial. El escritor Frantisek Langer cuenta una historia de cómo algunos checos volvieron a encontrar la espada de su héroe Vaclav o Wenceslao –símbolo de orgullo nacional y esperanza– durante la ocupación nazi de la ciudad de Praga en 1939. La leyenda relataba cómo el Rey Wenceslao (aquel del famoso villancico navideño) había poseído una espada mágica, y ésta había sido escondida entre las piedras del Puente Carlos que cruza el río Vltava, en el centro de Praga.

Supuestamente, un grupo de niños redescubrió la espada a la mitad del puente, mientras caminaban a su casa en la nevada víspera de Navidad. Allí, delante de ellos, refulgía y fulguraba la espada, y uno de los chicos la levantó y la escondió bajo su abrigo. Preguntándose qué hacer, los niños intentaron desvainar la espada, pero no lo lograron. Por fin, decidieron conservar escondida su espada de esperanza, lista para cuando Wenceslao regresara.

Y aún están esperando. La historia ha seguido su curso, la ocupación nazi acabó. Pero ningún Wenceslao vino al rescate, entonces ni durante el tiempo de la opresión comunista, ni siquiera después. Era una historia de esperanza para un tiempo de tribulación. Pero al final, era una esperanza mal orientada que el pueblo esperara que un héroe mítico resucitara y viniera a prestar ayuda a su antigua tierra.

Y también es una historia triste, porque ¿cuál es el punto de esperar que Arturo, Juana de Arco o Wenceslao vuelvan de los muertos, cuando el Salvador del mundo ya ha resucitado?

En palabras del Rubaiyat, de Omar Khayyam:

"La esperanza mundanal en la que los hombres confían se vuelve cenizas –o bien llega a prosperar, y enseguida cual nieve sobre el empolvado rostro del desierto, ilumina una efímera hora o dos –y luego se va".

–Edward Fitzgerald.

La esperanza divina no es pasajera ni inconsecuente. Tampoco es una esperanza que se desvanece como la nieve en el sol, ni tan inútil como una espada escondida o tan insustancial como el mítico Camelot. Dios nos ofrece una esperanza verdadera y

segura; no la de héroes legendarios resucitados, sino de la Resurrección: la de Jesús, la suya y la mía. Es una esperanza basada en uno que ya resucitó y ha regresado: el Señor del universo, levantado con sanidad en sus alas y próximo a reclamar su reino por toda la eternidad.

Por ejemplo, si su razón para abrazar la bienaventurada esperanza es nada más que el temor al castigo, entonces bien puede ocurrir que usted esté esperando "demasiado". Cuando la vida comienza a ser mejor, entonces usted puede acabar con una esperanza "insuficiente".

Esperanza balanceada

Todos necesitamos preguntarnos por qué esperamos. Nuestra respuesta no debiera ser primordialmente para huir de los horrores del juicio, o de los desastrosos escenarios del tiempo del fin. No, la razón para la esperanza no es una razón negativa sino, en último término, la razón positiva de querer estar con Jesús. Todas esas esperanzas de pavor deben reemplazarse con la esperanza que sólo Dios da, puesto que el "perfecto amor echa fuera el temor, porque el temor lleva en sí castigo. De donde el que teme, no ha sido perfeccionado en el amor" (1 Juan. 4:18).

Dios nos atrae, nunca nos fuerza. Con un corazón amante, compasivo, él nos extiende la esperanza y no nos obliga a esperar como si dijera: "Lo haces o te atienes a las consecuencias". El perfecto amor de Dios expulsa el temor y lo reemplaza con el anhelo de esperar, un deseo basado no en amenazas sino en nuestras ansias de estar con el Señor, que nos ama.

La nuestra debe ser una esperanza balanceada, que evite cualquier extremismo y haga descansar su confianza en Dios, la fuente de nuestra seguridad. Puede ser que todavía tengamos preguntas, pero podemos quedar tranquilos en la confiabilidad de nuestro Señor, que ya se ha demostrado completamente fiable.

Nuestro mensaje evangelístico no es de arrepentimiento basado en amenazas de condenación y desastre, sino que es una invitación a venir a amar a Dios antes que perdamos ese privilegio. Tal esperanza no es un "seguro contra incendios" para evitar los horrores del infierno y la destrucción final, pues tal cosa

sería mera autopreservación y egocentrismo. Más bien, nuestra esperanza es un anhelo de estar con aquel que salva, sana y ama: Dios mismo.

Nosotros somos "los que aman su venida" (2 Tim. 4:8). Ese anhelo revela nuestro intenso deseo de estar con Dios, no un intento de usar la esperanza como una escapatoria del castigo. La esperanza no se sirve a sí misma sino que es una reacción natural de todo renacido hijo de Dios. Deseamos ansiosamente que llegue el tiempo cuando se diga: "He aquí el tabernáculo de Dios con los hombres, y él morará con ellos, y ellos serán su pueblo, y Dios mismo estará con ellos como su Dios. Enjugará Dios toda lágrima de los ojos de ellos, y ya no habrá muerte, ni habrá más llanto, ni clamor, ni dolor; porque las primeras cosas pasaron" (Apoc. 21:3, 4).



Capítulo 7

Esperanza práctica

Del acopio de leña

*H*oy apilamos leña. Todos nosotros, la familia completa. Ya cansados, pero satisfechos, nos relajamos dentro de la casa. Allí, nuestra hija Rebeca se acurruca cerca de nosotros. "Ahora podremos estar bien calentitos y cómodos por todo el invierno". La niña se siente tranquila con dicho pensamiento.

El sol de aquella tarde ya avanzada encendía los arcos mientras trabajábamos, convirtiendo las hojas rojizas en llameantes puestas de sol en miniatura calle abajo. Mientras amontonábamos la leña, el aire se congelaba y nuestra respiración quedaba blanca en la quietud del ambiente. Estaba anocheciendo, era tiempo de terminar.

Con todo, llevábamos a cabo una actividad de esperanza, de expectación, porque teníamos la confianza de ver superado el invierno.

Ana levantó las astillas y los fragmentos. "Buena yesca para iniciar un fuego", se dijo a sí misma. Mi hijo Pablo llevaba un leño a la vez. "Él jamás morirá de etrés", comentó Ana. Rebeca saltaba y brincaba, nunca contenta con llevar la madera simplemente caminando. Yo la apilaba metódicamente, construyendo el futuro.

A medida que la pila de madera crecía, así crecía mi felicidad. Preparación. Prevención para el futuro. Confort y seguridad. Pero más que todo, esperanza.

Esperanza de calor en la muerte del año, cuando todo en el exterior se desvanece y acaba. Esperanza para el futuro: un poco de permanencia en un mundo lleno de cambios. Esperanza en la oportunidad de ver otra primavera, de ser testigos de un nuevo nacimiento.

Apilando leña. Es justamente lo que hacemos ahora en el presente. Es que el invierno viene, y el fin, y la muerte.

Pero en el hacinamiento de la leña, expresamos nuestra esperanza de vivir otra vez, pero ya no restringidos y confinados por las nieves del invierno, sino libres en las tibias praderas de la eternidad. Nuestra esperanza se enfoca, no en la pila de madera física, sino en la preparación para una eternidad con Aquel que viene a poner fin a nuestro invierno.

Es tiempo de empezar a apilar.

La esperanza vive

George Iles define la esperanza cristiana como "la fe extendiendo sus manos en la oscuridad". Más que nada, la esperanza tiene que ser práctica y funcional. Tiene que ser operable. De la misma manera que usted extiende sus manos en la oscuridad cuando no puede ver, la esperanza hace justamente eso, avanza activamente y espera, no sólo se sienta en quietud.

¡La esperanza es algo vivo, tanto en el sentido de que es la forma en que vivimos, como que en sí misma está viva! Como nos recuerda Pedro: "Bendito el Dios y Padre de nuestro Señor Jesucristo, que según su grande misericordia nos hizo renacer para una esperanza viva, por la resurrección de Jesucristo de los muertos" (1 Ped. 1:3).

Esto no es un sueño ilusorio. Tenemos que entender que lo que esperamos afecta nuestra forma de actuar y de relacionarnos, no sólo en el futuro sino también durante el presente. En el dolor o en el gozo, en las buenas y en las malas, la esperanza juega un papel muy importante. Más aún, es inmensamente práctica.

Nuestra esperanza no es un anhelo oscuro y vago de algo

mejor, sino un profundo deseo de conocer a Dios y su salvación ahora, y de tener un lugar garantizado en su reino eternal.

Ésa es la esperanza a la que hemos nacido. Note la palabra. No una esperanza que escogimos casualmente o que elaboramos por nosotros mismos. Entramos a la esperanza viva porque Jesús nos hace nacer de nuevo en ella. En un sentido, todo el proceso del nuevo nacimiento se basa en la esperanza: la esperanza de que Dios puede cumplir lo que ha prometido, que su salvación es segura, y que un día todo este mundo con su maldad, tristeza y muerte será sorbido por la victoria final de Dios.

Es aquí donde la esperanza de veras hace una diferencia práctica. Si nuestra esperanza se halla en una herencia inmortal con Dios, ¿qué importancia tienen las cosas de este mundo? Como dijera Jesús a sus oyentes, no debemos hacernos tesoros aquí, donde la corruptora herrumbre del mal y la agresiva polilla del estrago nos arrebatarán todo. No, nuestro tesoro está seguro con Dios, y contiene todo lo que es bueno, justo, puro y provechoso. Olvídense de la apetencia por las posesiones materiales que sólo satisfacen lo físico. ¡Procure las inversiones espirituales!

Esperanza. No importa qué suceda

Los problemas y tribulaciones de la vida pueden parecer sobrecogedores. Temores respecto a la seguridad laboral, preocupaciones financieras, crisis familiares, demandas legales, relaciones humanas dañadas, preocupaciones de salud, o la pérdida de algún ser querido: todo esto puede llevarnos a experimentar muchas clases de dolor. Pero es entonces cuando debemos vivir la esperanza, no importa lo que nos esté sucediendo (véase 1 Ped. 1:6, 7).

Note usted que debemos pensar que los problemas son pruebas deliberadas enviadas por un Dios indagador. Las dificultades afligen a cualquiera; es nuestra respuesta a ellas lo que importa. En la historia de Job, las pruebas procedieron del maligno y el Señor las permitió como una forma de revelar la profundidad del compromiso del patriarca con Dios. Necesitamos permanecer firmes en la esperanza en que nos hemos comprometido. Nuevamente, ésta es la razón por la que nuestra esperanza es verdade-

ramente viviente: la vivimos en la realidad de nuestras vidas, ya sea en las buenas o en las malas.

Observe usted cómo Job se aferró a su Redentor: "Yo sé que mi Redentor vive, y al fin se levantará sobre el polvo; y después de desecha esta mi piel, en mi carne he de ver a Dios; al cual veré por mí mismo, y mis ojos lo verán, y no otro. Aunque mi corazón desfallece dentro de mí" (Job 19:27-29).

Aunque tales palabras de esperanza pueden resultar fáciles de leer y decir durante los tiempos de paz, es mucho más difícil depender de ellas cuando nos encontramos en crisis. En los momentos de tribulación, las personas pueden desfogar sentimientos muy ásperos. Incluso, algunos querrían seguir el consejo de la esposa de Job: "Maldice a Dios, y muérete". Es fácil entender las profundidades del dolor que generan tales ataques hacia Dios y su sabiduría.

También recordemos que algunos intentos de mostrar simpatía pueden parecer trillados e irreflexivos. Decirle a alguien que está sufriendo que la culpa es solamente suya, como hicieron los amigos de Job, difícilmente será de utilidad. Tampoco es particularmente sabio expresar comentarios piadosos acerca de Dios cuando usted mismo se niega a ofrecer ayuda práctica. La esperanza que tenemos significa que somos mensajeros de esperanza y que haremos lo que esté en nuestro poder para demostrar que nuestra esperanza es práctica.

Más aún, nuestra vivencia de la esperanza trae el gozo y la salvación de Dios: "A quien amáis sin haberle visto, en quien creyendo, aunque ahora no lo veáis, os alegráis con gozo inefable y glorioso; obteniendo el fin de vuestra fe, que es la salvación de vuestras almas" (1 Ped. 1: 8, 9).

¿Por qué podemos regocijarnos? ¡Es debido a la salvación! El gozo que experimentamos proviene de reconocer que Dios nos está salvando, que ahora mismo él está cumpliendo sus promesas, y que la bienaventurada esperanza será esa gloriosa realidad.

No se trata de ninguna excitación pasajera o ingenuo sentido del humor. Más bien, es el hondamente arraigado gozo que está totalmente seguro del objetivo de la esperanza. El gozo del cristiano está envuelto en los definidos propósitos de Dios, quien

hará suceder todo lo que ha prometido. Desde esta perspectiva, la esperanza es más que anhelos humanos, es convicción absoluta. Por cuanto conocemos al Señor, y él nos ha dicho lo que va a hacer, nos hallamos nosotros mismos llenos de "gozo inefable y glorioso" (1 Ped. 1:8).

Desde luego, no somos seres que siempre podamos estar contentos en un sentido visible. Sin embargo, el gozo que Dios da es similar a la "paz que sobrepasa todo entendimiento" y la actitud de orar "sin cesar". Es una actitud interior, una convicción segura sobre la cual podemos hacer descansar confiadamente nuestras vidas. Nadie puede robarnos esa clase de gozo.

La esperanza significa establecer la mente en Dios

"Por tanto, ceñid los lomos de vuestro entendimiento, sed sobrios, y esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado" (1 Ped. 1:13).

Grandes palabras. Pero, ¿qué significan? Significan que tenemos que volver al evangelio y que cada parte de nuestras vidas exprese la gracia de Dios. Eso quiere decir que debemos desaprobar nuestra justicia propia, negarnos a nosotros mismos, dominar nuestra ira, restringir nuestros apetitos pecaminosos, llenar nuestros días con oración y alabanza al Dios de gracia.

Es por medio de la gracia de Dios —los dones gratuitos que él nos concede— que siquiera podemos existir, que recibimos su salvación, y que tenemos una vida eterna que anticipar. Cuando Jesús regrese en su segunda venida, entonces la gracia se consumará, pues nos transformará de mortales a inmortales, de corruptibles a incorruptibles (véase 1 Cor. 15).

En caso de que estemos centrándonos en nuestras propias obras —esto es, si tenemos la intención de hacernos justos a nosotros mismos— la Escritura nos recuerda que todo depende de la gracia, el favor inmerecido, que Dios nos otorga. Nuestra esperanza misma es gracia tanto como cualquier otro elemento del plan divino de la salvación.

Pero también nosotros tenemos que actuar en congruencia con la esperanza. De hecho, como dice San Pedro en el mismo versículo: "Ceñid los lomos de vuestro entendimiento" (1 Ped. 1:13).

En otras palabras, Pedro dice: "¡Listos para la acción!" Ése es el mandato dado aquí. Hemos de preparar nuestras mentes para la actividad. Un cristiano no puede ser inactivo. Dios nos llama a vivir una vida ocupada en la esperanza, compartiendo la verdad que él nos ha confiado. Más que eso, tenemos que ser "ecuanímes", es decir, no apresurados o celosos en extremo, ni siquiera torpes. Y si pensamos que estamos cometiendo cualquiera de estas faltas, el resto del versículo deja bien claro dónde debería estar nuestro foco.

Puesto que nuestra esperanza no es de este mundo, debemos ser "hijos obedientes, no os conforméis a los deseos que antes teníais estando en vuestra ignorancia; sino, como aquel que os llamó es santo, sed también vosotros santos en toda vuestra manera de vivir" (vers. 14, 15).

La esperanza denota rechazar los principios que muchos otros parecen aceptar tan fácilmente. Sin ser "pretenciosamente piadosos", el pueblo de Dios está llamado a ser santo. La santidad es permitir que el carácter de Dios se refleje en nuestros caracteres. Reconocemos que sus caminos y sus principios son justos y rectos. Nuestra esperanza apunta hacia el mismo objetivo: "Así será a tu alma el conocimiento de la sabiduría; si la hallares tendrás recompensa, y al fin tu esperanza no será cortada" (Prov. 24:24).

La esperanza de los sabios es la esperanza de Dios, ¡porque los tales esperan en Dios! Conocer a Dios como él verdaderamente es, nos confiere una confianza mucho mayor, no por lo que nos ha prometido, sino por la persona que ha hecho la promesa. Tan ciertamente como la salvación tiene que proceder desde fuera de nosotros, así tiene que ser con la esperanza. Esta es la única esperanza digna de confianza. Cualquier otra cosa solamente nos lleva al chasco y al fracaso. "Cuando muere el hombre impío, perece su esperanza, y la expectación de los malos perecerá" (Prov. 11:7).

Dios desea que demos nuestra esperanza del modo más práctico que nos sea posible, revelando que hemos establecido nuestra mente en el Dios de la esperanza y que vivimos nuestras vidas por medio de él.

Johnny Barnes: El rostro práctico de la esperanza

Cada día de la semana, en las mañanas, Johnny Barnes se para a la orilla del camino en Hamilton, Bermuda, agita las manos y saluda al tránsito vehicular que pasa por allí. Una actividad aparentemente sin ningún sentido. No obstante, debido a su sonriente ministerio, Johnny se ha vuelto una institución nacional en Bermuda. Inclusive cuenta con una estatua para probarlo.

Johnny comenzó su peculiar testimonio hace más de treinta años. Ahora es el Saludador Oficial de las Bermudas, recibiendo la atención de los medios masivos de información del mundo entero. Tuve el privilegio de saludarlo recientemente.

"Recibo llamadas telefónicas de todo el mundo —dice, sonriendo—. La semana pasada me habló una dama de la BBC de Inglaterra, y me dijo que la mía es una de las pocas fotografías que han ido alrededor del mundo. Muchas personas llaman y escriben, y me alegra saber de todos ellos".

—¿Por qué lo haces? Le pregunté a Johnny.

—Porque cuando usted acepta a Jesucristo como su Salvador, tiene que dejar que su luz alumbre en la forma que pueda —responde Johnny—. Además, mi madre solía decirme: "No permitas que yo escuche que viste alguna persona y no le dijiste hola". Me gusta que la gente sepa que alguien se preocupa por ellos, que alguien los ama, —por eso se los digo.

Johnny Barnes es el rostro de la esperanza para más de tres cuartas partes de los trabajadores de Bermuda, siendo que todos ellos tienen que pasar por el lugar donde se pone cada mañana en su viaje de ida y vuelta. Pero, ¿será eso todo lo que hay?, me pregunto. ¿Sólo una sonrisa y un saludo en el camino al trabajo?

—Algunas veces me es posible sostener conversaciones más largas —agrega—. Una persona me dijo la semana pasada que yo estaba haciendo una cosa maravillosa. Algo que le ofrece a la gente una inyección de ánimo por las mañanas. Cierta caballero no pudo dormir, y a las 4:30 a.m., me estaba esperando. Hablé con él por espacio de una hora, y oré por él. Se sintió mucho mejor y pudo regresar a su hogar. Otro caballero vino y oré por él. Después me enteré que el hombre estaba pensando en el suicidio, y por cuanto me preocupé por él, le dije que lo amaba y

que Dios también lo amaba, no lo hizo.

Johnny dice que lo que hace es una de las formas que Dios tiene para compartir esperanza y amor. "Dios se está valiendo de esto en una forma poderosa. Yo sólo soy un pequeño instrumento en las manos del Señor para que me use según su voluntad. No estoy aquí buscando fama, honor ni gloria. Estoy aquí para ser usado en cualquier forma que el Señor considere apropiada. Al pie de la cruz, nada me pertenece".

Barnes tiene que acostarse temprano a fin de poderse levantar a las 2:30 de la madrugada. Tiene que desayunar antes de salir. "Disfruto de lo que estoy haciendo —comenta—. Cuando me levanto, le agradezco al Señor por el nuevo día. Cuando las personas no están felices, les digo que se necesitan más músculos para fruncir el ceño que para sonreír. Así que, ¿por qué no usar los músculos de la sonrisa todo el tiempo? Yo siempre estoy sonriendo".

—Johnny, ¿por cuánto tiempo más pretende ser el rostro de la esperanza de las Bermudas?

—Este año tendré 78. Y voy a seguir con esto mientras el buen Dios me dé fuerzas. Cuando me preguntaron quién me relevaría en este ministerio, dije que el buen Dios se encargaría de eso. No es asunto mío.

—¿Y qué de la estatua?

—Me prometieron una estatua cuando muriera —sonríe de nuevo, más irónicamente esta vez—. Yo les dije: "¿Por qué esperar hasta que muera? ¡La voy a disfrutar más mientras esté vivo!"

Johnny ofrece saludos a brazos abiertos. La gente suena sus bocinas, se detienen a platicar. Pareciera que conoce a todo el mundo. "Se ponen felices por un poco de elevación espiritual —comenta Johnny—. Todos necesitamos esperanza y amor en nuestras vidas. A menudo las personas dicen: "Te amo" por razones egoístas. Yo le pido a Dios que me ayude para que, cuando yo lo diga, sea un amor piadoso".

Y sigue sonriendo al retirarme. El rostro de la esperanza: la esperanza de Dios sonriendo a través de un rostro humano.



Capítulo 8

Esperanza en el interior

Un canto de esperanza en el frío invernal

La nieve había llegado, sin ser buscada ni deseada. A pesar de la blanca belleza en todo el entorno, yo tenía mucho que hacer, y he aquí otro retraso no bienvenido para mi día. Salí del seguro calor del hogar y caminé pesadamente hacia el auto mientras la ventisca se arremolinaba en derredor mío. La nieve se hizo gruesa, y bien rápida, envolviéndome en su fiera frialdad como en un manto de hielo.

"¡No, hoy no. No en un día como éste. ¿Por qué ahora? Sencillamente no necesito esto. Tengo tanto que hacer que no me resulta divertido. Estoy muy ocupado. Esto es el colmo!"

Diligencias que realizar. Personas que ver. Reuniones para asistir. Trabajo que hacer. Vida para vivir.

Y justo cuando llegué a la puerta del auto para abrirla, y mi frustración y molestia se volvían peores al darme cuenta que tenía que limpiar los vidrios antes de partir, algo detuvo mis nevados pasos:

El canto puro y alegre de un ave, cual tintinar de cristales, descendía con los copos de nieve.

Apenas si podía ver algo en la ventisca. ¿Cómo era posible que una avecilla estuviera cantando precisamente ahora, en semejante

día? Si yo fuera un pájaro, estaría escondido en lo más tupido de un cálido pino, sacudiendo y extendiendo mis plumas contra el frío congelante. Pero no, este valiente pajarillo estaba cantando en la tormenta de nieve, desafiando los elementos con su melodía.

Atisbando a través de los agresivos misiles de hielo, intenté captar alguna vislumbre de aquel cantante invernal en la punta del cerezo, aferrado a una rama desnuda contra el vertiginoso vendaval que amenazaba volarlo de su posición. Un jilguero, vaciando su corazón en cantos, silbaba contra el viento. Era un canto fuera de temporada, pero que me desafiaba tanto como los mismos elementos naturales.

¿Por qué debería estar cantando esta criatura? No podía pensar en alguna razón, puesto que ningún ave anida durante las nevadas de enero. No tenía ningún territorio que defender, ningún rival que enfrentar, ninguna pareja que cortejar. Al contrario, sólo tenía una delicia hecha canto: un canto invernal para recordarme que la vida es más que todas mis preocupaciones y cargas cotidianas.

Como el "Zorzal Oscuro" de Thomas Hardy, que cantó para él en el invierno, "cuando la escarcha era de un gris espectral":

"En un cántico apasionado
De gozo ilimitado,
Un vetusto zorzal, endeble, flaco e insuficiente,
A pluma reventada de frenesí,
Había escogido arrojar su alma así
Sobre la oscuridad creciente".

Era sólo un ave cantando. Sólo notas sobre una escala. Sólo música en el viento. ¿Y para qué?

Mi mano se extendió hacia la manija de la puerta, me detuve, congelado, pero no por el frío sino por el encanto y la comprensión. El entendimiento de una realidad más allá de todo este descontento y combate, todo este correr de aquí para allá, todo este conseguir y gastar y desechar nuestras facultades. El mundo es demasiado para nosotros.

Ahí estaba detenido y escuchando, la única audiencia en esta sala de conciertos invernal, los únicos oídos para escuchar esta pieza maestra singular. Y pensé en lo que significaba todo esto, en un día tan amargo como el mío.

Como Hardy otra vez:

"Tan exiguo motivo para tal villancico
De tan extáticos sonidos
En las cosas terrestres fue escrito
Cerca y lejos al alrededor mío".

Nada en este desolado invierno daba alguna indicación de feliz expectación, ninguna razón para una música tan deliciosa y alegre como ésa. Y entonces, me puse a pensar en la forma en que Hardy acaba su poema de alabanza a su cantante:

"Y pensar que aquel canto se estremecía
A lo largo del fausto aire nocturnal
Alguna bienaventurada esperanza, de la cual sólo él sabía
Pero yo ignoraba esperanza tal".

Sacudí mi cabeza. ¡No! Yo no la ignoraba. Porque sí sabía de la bienaventurada esperanza, la razón para tales cantos de gozo. Esta bendita esperanza "se estremece a lo largo" de toda nuestra existencia aquí, un recordatorio de que este mundo no lo es todo, y que nada en esta vida se podría comparar con el futuro que estamos anticipando, la segura esperanza que es tan cierta como las promesas de Dios mismo.

Concluido el canto, al levantar el vuelo y desaparecer el ave en aquel aire pleno de nieve, el silencio invernal descendió tan pesadamente como la blanca frazada que me rodeaba. Era como si aquel canto nunca hubiera existido.

Pero en mi corazón llevaba la memoria de esa melodía: un recordatorio de gozo en la bienaventurada esperanza que hace que toda la monotonía y tribulación de nuestra vida terrenal sea como nada en comparación con nuestro futuro lleno de Dios. Los días pueden estar repletos de actividad, pero nuestra eternidad

está asegurada.

Esperanza en el interior

La esperanza sólo puede existir en el interior. Intensamente personal e interna, así es "Cristo en vosotros, la esperanza de gloria" (Col. 1:27).

La apelación de Cristo para usted y para mí es tomar la esperanza que él prometió y hacerla algo personal. En su mente, véase usted ansiosamente esperando mientras Jesús viene. Mire hacia su propia vida eterna en compañía de Jesús. Y por causa de esa bienaventurada esperanza, usted puede andar con Jesús día tras día, viviendo la vida que él otorga hasta que regrese a cumplir su maravillosa promesa (véase Mal. 4:2).

¡Haga la esperanza algo real para usted, en el interior!

Dios ha prometido que "la esperanza que os está guardada en los cielos, de la cual ya habéis oído por la palabra verdadera del evangelio" (Col. 1:5), verdaderamente se cumplirá.

¡La fe y el amor brotan de la esperanza! Por lo tanto, ambos son dones de nuestro generoso Dios de esperanza, tanto como cualquier otro aspecto de la salvación. Y esa esperanza es la esperanza segura guardada por el Señor en el cielo para todos aquellos que confían en él. ¿Y a qué se asemejará el cielo? "Cosas que ojo no vio, ni oído oyó, ni han subido en corazón de hombre, son las que Dios ha preparado para los que le aman" (1 Cor. 2:9).

¿Quisiera usted saber respecto a la esperanza en el interior? Reflexione en Dios y en sus promesas, y cómo eso lo puede mantener seguro y confiado a pesar de cualquier cosa que la vida le pueda traer. Éste es el mensaje del evangelio; no un mensaje que nos haga orgullosos o arrogantes, sino que produce lealtad y convicción. La promesa procede de Dios, quien "es imposible que... mienta" (véase Heb. 6:18).

Nuestra garantía es que tenemos esta esperanza "como segura y firme ancla del alma" (vers. 19). ¡Anclada! Ésa es la actitud de la esperanza, tan sólida como la roca; una perspectiva que mira más allá de las cosas de este mundo, a las vitales realidades del reino de Dios.

En las palabras de un proverbio inglés: "Si la fortuna me atormenta, la esperanza me contenta". Tal esperanza no es un deseo insípido e insustancial que puede o no puede llegar a suceder, sino un futuro cierto y definido. Cada uno de nosotros necesita creer en lo que Dios ha dicho, y entonces tomarle la palabra. Aunque tenemos que evitar espaciarnos obsesivamente en las bendiciones futuras, con todo tenemos que reconocer la realidad de esa esperanza que Dios ha guardado para todo aquel que ha aceptado a Jesús.

Dios nos dice a cada uno, personal e individualmente: "Porque ciertamente hay fin, y tu esperanza no será cortada" (Prov. 23:18). "Porque yo sé los pensamientos que tengo acerca de vosotros, dice Jehová, pensamientos de paz, y no de mal, para daros el fin que esperáis" (Jer. 29:11).

Como resultado, "nosotros por el Espíritu aguardamos por fe la esperanza de la justicia" (Gál. 5:5).

La bicicleta roja

Yo tenía cinco años de edad y quería una bicicleta de verdad. Había tenido bicicletas de juguete, y un triciclo que resultó divertido por algún tiempo. Además, el triciclo había sido suficientemente estable para guardarme de caer demasiado. Pero ahora deseaba una como la que tenían los chicos mayores. Aparte de mencionárselo constantemente a mis padres, pensaba en la bicicleta casi a cada momento y siempre andaba soñando con ella. Mi esperanza era fuerte y perdurable: algún día tendría una bicicleta de mi propiedad. Pronto.

Desde luego, soñaba con la apariencia que tendría mi nueva bicicleta. Pero la especificación exacta no era lo más importante. Yo quería que funcionara. Me veía a mí mismo volando sobre la calle, el viento apresurándose sobre mi rostro, y mi corazón palpitando con la emoción de la velocidad.

Pero a mis padres les di un paquete ligeramente diferente de razones. Sería algo bueno aprender a andar en bicicleta, les aseguraba yo; todo mundo tiene que saber una habilidad tan importante de la vida. Podría llevarla a la escuela. Y hacer mandados. Y así sucesivamente.

No debemos concluir que nunca tenemos que tomar la responsabilidad personal de asegurarnos que nuestra esperanza sea real y activa. Cada uno de nosotros aún necesita ejercitar su facultad de elección. Mas somos fortalecidos al saber que cuando estamos en unión con Jesús, tal hecho da pie para que el Señor día tras día cambie y rehaga en nosotros su imagen. Ésta es nuestra esperanza, una esperanza que va creciendo a lo largo de nuestras vidas y que se proyecta hasta su cumplimiento final en gloria. Nuestra esperanza de gloria se logra sólo a través de Cristo en nosotros, no es algo de nosotros mismos. ¡La gloria viene de Dios, la mismísima fuente de nuestra esperanza!

Esperanza dentro de usted

Jeremías hace una descripción de esta esperanza interior en Lamentaciones: una porción de la Escritura a menudo considerada un tanto deprimente. Todo lo contrario, aquí se ofrece el testimonio de Jeremías de su esperanza interior:

"Esto recapacitaré en mi corazón, por lo tanto esperaré. Por la misericordia de Jehová no hemos sido consumidos, porque nunca decayeron sus misericordias. Nuevas son cada mañana; grande es tu fidelidad. Mi porción es Jehová, dijo mi alma; por tanto, en él esperaré. Bueno es Jehová a los que en él esperan, al alma que le busca. Bueno es esperar en silencio la salvación de Jehová. Bueno le es al hombre llevar el yugo desde su juventud. Que se siente solo y calle, porque es Dios quien se lo impuso; ponga su boca en el polvo, por si aún hay esperanza" (Lam. 3:21-29).

¿Qué implicaciones hay aquí? Memoria, reconocimiento del amor y fidelidad de Dios, acción en la búsqueda de Dios. Y si bien puede no ser lo más sencillo del mundo, la esperanza demanda mucha espera. Sin embargo, el aspecto más importante de tal "confesión de esperanza" es que es real y personal. Nótese cómo el pasaje que precede expresa la cercana relación entre el "yo" y el Señor. La esperanza sin tal aspecto personal y práctico es fútil.

De la misma manera, cuando fue traído a juicio ante Félix, Pablo pudo dar testimonio personal de su esperanza: "Teniendo esperanza en Dios... de que ha de haber resurrección de los

muerτος, así de justos como de injustos" (Hech. 24:15).

La esperanza toma en cuenta tales realidades esenciales. La esperanza de Dios está basada en la salvación, la justicia, el juicio, la vindicación y la consumación. Una esperanza tal nos mantiene en marcha, con nuestros rostros mirando hacia arriba, listos para recibir al que esperamos y entrar al reino eterno de Dios.

La esperanza personal

Regresemos al canto del jilguero en medio de aquella tormenta de nieve. Para mí, al menos, el canto de victoria que cantaremos cuando nuestra esperanza se lleve a cabo, cuando se materialice la promesa, cuando nuestro gozo se cumpla, tendrá los mismos elementos de melodía que hicieron cantar mi corazón esa mañana invernal.

Como aquella ave, vivimos en un tiempo de desolación invernal, anhelando el verano. Tal como el pajarillo que cantaba en la nieve, nosotros compartimos el gozo de nuestra esperanza aún cuando la situación parece desesperada. Por cuanto sabemos que nuestra esperanza se va a cumplir, siempre podremos ser capaces de cantar.

Como escribiera Emily Dickinson:

La esperanza es esa cosa con alas

Que se posa en el alma

Y canta su melodía sin palabras

Y nunca se calla, nunca se calla.

O en las palabras de Shakespeare: "La verdadera esperanza es rápida, y vuela con alas de golondrina".

Que sea verdaderamente muy pronto, Señor nuestro, y que nuestra esperanza personal en ti se cumpla rápidamente.



Capítulo 9

La esperanza y la posición de suspenso

La esperanza y la espera

*A*l escribir estas líneas, me encuentro cerca de Génova, Suiza. Mi sobrino Emmanuel hizo planes para llegar de Francfort, Alemania. Hemos proyectado este encuentro. Sabiendo que él está por venir y confiando en sus promesas, tengo la definida esperanza de verlo pronto.

Pero no sé exactamente cuándo.

Él sabe dónde voy a estar y espera encontrarme allí. Así que espero, tratando de ser paciente. Pero ésta no es la más fácil de las situaciones. ¿Qué sucedería si quiero ir a otra parte, aun por un momento? Bien podría venir mi sobrino mientras estoy fuera y no encontrarme. Yo no quisiera que eso sucediera. Por lo tanto, mantengo un ojo pendiente de la ventana para ver si se aproxima. Al mismo tiempo, sigo trabajando (¡en este libro!) y anticipo verlo llegar.

No obstante, es una "posición de suspenso". Cualquier otra actividad fuera de "negociar mientras él viene" (véase Luc. 19:13) no es factible o recomendable, pues de otra manera puedo perder a Emmanuel. Mi mente piensa en lo que será cuando él aparezca. Espero que sea pronto, porque será muy bueno verlo de nuevo después de tanto tiempo. Esperar, me parece, no es una actividad

de mi predilección. Pero es una espera activa, a la vez que continuo con lo que tiene que hacerse, pero siempre listo para abandonar cualquier cosa que esté haciendo y salir a recibir a mi sobrino con toda felicidad cuando llegue aquí.

Ésta es una pequeña e imperfecta ilustración del tiempo en que vivimos ahora. Mientras también nosotros aguardamos que nuestra esperanza se realice, esperamos la venida de nuestro Señor y Amigo.

La esperanza significa mantenerse alerta y preparado en todo momento. "Velad, pues, porque no sabéis el día ni la hora" (Mat. 25 :13).

¿Una venida muy retardada?

Un bruñido cohete espacial descansa sobre su plataforma de despegue. Después de años de preparación, los científicos tienen listos todos los mecanismos. ¡Todos los sistemas están preparados! En el cuarto de controles, las computadoras llevan a cabo constantes pruebas y revisiones, los encargados de los controles esperan ansiosamente, y el reloj sobre la pared muestra el tiempo restante. Con precisión rítmica, una voz cuenta los últimos segundos de tiempo.

"T menos 30 y contando. Listos para el despegue. Secuencia automática de encendido activada. T menos 20. Todo parece estar bien. T menos 10... 9... 8... 7. Motor principal encendido... 4... 3... 2... 1... Cero. Despegue. ¡Hemos despegado!"

Y la radiante flecha plateada se lanza hacia el cielo en una nube de humo y fuego.

Pronto nosotros también estaremos viajando hacia el cielo. Pronto Jesús regresará y nos llevará a casa con él. Y pronto el fin llegará.

Pero, ¿cuándo exactamente?, viene la insistente pregunta.

Ésa es la "pregunta de los \$64,000 pesos". ¡Siempre hemos querido saber cuánto tiempo nos queda! Es parte de la naturaleza humana que deseemos planificar por anticipado. Como resultado, demandamos una fecha definida, ¡por cuanto no podemos soportar que tengamos que esperar sin saber exactamente cuándo! Así que, si Jesús va a regresar a nuestro planeta, ¿cuándo

es que tomará lugar este dramático evento?

A lo largo de la historia, los seres humanos han tratado de precisar la fecha del regreso de Jesús. Y todos han fracasado. ¿Por qué? Jesús mismo lo dijo: "Pero del día y la hora nadie sabe, ni aun los ángeles de los cielos, sino sólo mi Padre" (Mat. 24:36).

Ninguno será capaz de descifrarlo mediante matemáticas o computadoras. Es algo que no podemos saber. De hecho, Jesús siguió diciendo: "No sabéis a qué hora ha de venir vuestro Señor" (Mat. 24:42) y "el Hijo del Hombre vendrá a la hora que no pensáis" (vers. 44).

El problema, sin embargo, es que siempre queremos saber cuándo. Queremos determinar el tiempo, no tanto para que podamos estar listos, ¡sino a fin de poder concentrarnos en el cumplimiento de nuestra esperanza cuando y sólo cuando realmente lo necesitamos!

Dios conoce nuestra falible humanidad bastante bien, por lo cual no nos da una fecha específica. En palabras de Agustín: "El día final está escondido a fin de que podamos considerar cada día".

Pero en nuestro esperar, puede parecer que la realización de nuestra esperanza es un evento de plazo largo. Vivir en suspenso no es fácil cuando constantemente nos preguntamos: ¿Cuándo? Por esa razón Jesús contó una historia para ilustrar la respuesta que debemos ofrecer. "Y tardándose el esposo, cabecearon todas y se durmieron" (Mat. 25:5).

Al estudiar la parábola del Maestro, debemos recordar que ésta es la inmediata continuación de la respuesta de Jesús a la pregunta de los discípulos respecto a las señales del fin. Así que, cuando leamos Mateo 25, necesitamos entender lo que las ilustraciones de Jesús están describiendo. El Señor está hablando de la esperanza de la segunda venida, de nuestra relación con este dramático y conclusivo evento. Apenas acababa de explicarles todo acerca de su venida. Pero como la mayoría de nosotros, los discípulos necesitaban cierta ayuda para entender lo que Jesús quería decir. Por lo tanto, Jesús ilustró su explicación con una parábola.

Debemos examinar cuidadosamente esta analogía de la se-

gunda venida. Al hacerlo, tenemos que intentar imaginarnos que estamos en la misma situación. Piense en lo que significa para nosotros. Formulemos en nuestra mente lo que Jesús está intentando decir.

Aquí encontramos a diez doncellas categorizadas en dos clasificaciones: "Cinco de ellas eran prudentes y cinco insensatas" (vers. 2). El énfasis aquí implica separación y preparación. Todas estaban esperando —de hecho, todas se durmieron— pero tenían diferentes actitudes y niveles de preparación. Todas pasaron por el tiempo de espera, llegando a cansarse y agotarse. Sin embargo, las prudentes estuvieron finalmente listas: se aferraron a su esperanza, simbolizada por su resguardada provisión de aceite en la mano.

Las prudentes estaban listas para actuar sobre el cumplimiento de su esperanza. Cuando llegó el esposo, estaban preparadas a pesar de que había pasado el tiempo.

El clamor de medianoche

Finalmente el anuncio de la llegada del novio resuena. La esperanza se cumple: "¡Aquí viene el esposo; salid a recibirle!" (Mat. 25:6).

Ya no hay más tiempo de preparación. No más tiempo de abrigar esperanza, ¡porque el objeto de la esperanza está aquí!

El clamor de medianoche es el anuncio del cumplimiento de la esperanza. Todo lo que estas jóvenes habían anticipado ahora se completa con la llegada del esposo. Las ansiedades sostenidas a lo largo del camino, los problemas de la vida, todas las preocupaciones, ahora son barridas con la gloriosa llegada del Rey de reyes y Señor de señores. El tiempo de espera ha terminado, la posición de suspenso se acabó.

Nuestro tiempo de preparación es ahora. Es por eso que el tiempo prosigue: de manera que aquellos que lo escojan puedan estar listos, ¡ahora! Entonces, "con voz de mando, con voz de arcángel, y con trompeta de Dios, [el Señor] descenderá del cielo" (1 Tes. 4:16).

Todas las vírgenes despertaron. Pero la diferencia entre ellas ahora era evidente. Si bien todas aguardaron en esperanza, cinco

habían hecho algo respecto a su esperanza: se habían preparado. Las cinco vírgenes insensatas habían estado esperando, pero no habían hecho nada respecto a su esperanza. "Entonces todas aquellas vírgenes se levantaron, y arreglaron sus lámparas. Y las insensatas dijeron a las prudentes: Dadnos de vuestro aceite, porque nuestras lámparas se apagan. Mas las prudentes respondieron diciendo: Para que no nos falte a nosotras y a vosotras, id más bien a los que venden, y comprad para vosotras mismas. Pero mientras ellas iban a comprar, vino el esposo, y las que estaban preparadas entraron con él a las bodas, y se cerró la puerta" (Mat. 25:7-10).

El resultado de estar listo es obvio para todos: "Las que estaban preparadas entraron con él a las bodas" (vers. 10).

Ésa es la recompensa: ¡sólo estar allí! Estar con Jesús es el premio, no las calles de oro o las puertas de perlas. Comenzar una eternidad en la presencia de nuestro benevolente Dios, ése es el glorioso objetivo de nuestra bienaventurada esperanza.

Una vez que el esposo aparece, la esperanza se cumple y la puerta de la oportunidad se cierra. "Y se cerró la puerta. Después vinieron también las otras vírgenes, diciendo: ¡Señor, señor, ábrenos! Mas él, respondiendo, dijo: De cierto os digo, que no os conozco" (vers. 10-12).

De alguna manera, la declaración del esposo suena hosca. Pero convendría que leyéramos la respuesta del esposo como una voz que tiene un dejo de tristeza y lamento. A claras luces las vírgenes insensatas no habían hecho preparación alguna, y verdaderamente no conocían a la persona que estaban esperando. La respuesta del novio es un comentario factual: no había relación.

Una vez cerrada la puerta de la esperanza, la esperanza muere. Ser excluido de la eternidad por falta de preparación con nuestro Señor es una tragedia. En respuesta, debemos observar más seriamente cómo usamos nuestro tiempo y nuestros talentos. La preparación escatológica no consiste en asegurarse que obedezcamos legalistamente los requerimientos, sino en desarrollar una relación salvadora con el Dios de la esperanza.

Velad, pues

Al fin de su ilustración sobre cómo vivir durante el tiempo intermedio, en la posición de suspenso, Jesús nos apremia: "Velad, pues, porque no sabéis el día, ni la hora en que el Hijo del Hombre ha de venir" (vers. 13).

¡Velad! Ésa es la clave. Vez tras vez en los discursos de Jesús sobre la esperanza y la preparación, él enfatiza la necesidad de velar.

De modo que, al pensar en nosotros mismos y en nuestra relación con Jesús y su cercano regreso, ¿cuál va a ser nuestra actitud? ¿Cuál es la motivación básica de nuestras vidas? ¿Estamos preocupados por nosotros mismos, asegurándonos de hacer cantidad de cosas buenas a fin de obtener una benigna recompensa? ¿O simplemente estamos viviendo tan cerca de Dios como nos es posible para que él pueda transformarnos y luego, cuando venga, seamos sorprendidos con el elogio que todos recibiremos?

En su parábola, Jesús no estaba preocupado por establecer la doctrina del Segundo Advenimiento, sino en responder a la importante pregunta: ¿Cómo me relaciono con tal esperanza?

"Velad, pues, porque no sabéis cuándo vendrá el señor de la casa; si al anochecer, o a la medianoche, o al canto del gallo, o a la mañana; para que cuando venga de repente, no os halle durmiendo. Y lo que a vosotros digo, a todos lo digo: Velad" (Mar. 13:35-37).

Cuando era adolescente, regresaba de un largo viaje lejos de mi casa. Un alma generosa se ofreció a recogerme y me llevó en su vehículo, por lo que me sentí obligado a sentarme adelante y conversar. Pero estaba tan agotado que no podía mantener mis ojos abiertos. Sea lo que fuere, no pude velar. Mis párpados se seguían cerrando. Aunque me mordía los labios y me pinchaba las piernas, no pude mantenerme despierto.

Justo entonces reconocí la situación de los discípulos en el Getsemaní. Jesús pidió a sus más cercanos amigos que hicieran algo por él: que permanecieran despiertos, que velaran. Y le quedaron mal en su hora de mayor necesidad.

Por lo que más queramos, necesitamos permanecer despiertos ante lo que está sucediendo a nuestro alrededor, aferrarnos a

nuestra esperanza viviente, seguir velando.

El Señor dice a cada uno:

"Escogeos hoy a quién sirváis" (Jos. 24:15).

"Si oyeres hoy su voz, no endurezcáis vuestros corazones" (Heb. 3:15).

"Pero Dios... ahora manda a todos los hombres en todo lugar, que se arrepientan" (Hech. 17:30).

"He aquí ahora el tiempo aceptable; he aquí ahora el día de salvación" (2 Cor. 6:2).

Esta es la razón por la que Jesús quiere hablarnos de su pronta venida a fin de que podamos estar preparados. No en algún momento futuro, sino ahora, que es todo el tiempo que de verdad tenemos.

La pregunta vital no es "¿cuándo?" Lo que de veras importa es qué estamos haciendo con la promesa de Jesús ahora. Porque cuando suene la trompeta, y el rayo alumbre y la voz de Dios resuene, nadie se preocupará por el tiempo. Todo lo que será de importancia es si hemos seguido el consejo de Jesús: ¡Prepárate! ¡Vela y ora! ¡Ponte en guardia! Medimos nuestras vidas no en segundos o minutos, horas o días, meses o años, sino en palpitaciones del corazón.

De manera que, al velar en esperanza, asegurémonos de que la esperanza llena nuestro corazón, y que la esperanza nos está preparando para el encuentro con nuestro amante Señor. Como dijera Shakespeare: "Los viajes terminan en una reunión de enamorados".

Que todos podamos estar allí con Aquel que más amamos, al final de nuestro viaje de esperanza.

¿Velando en esperanza o siguiendo esperanzas fatales?

Necesitamos contar con la verdadera esperanza y no seguir esperanzas falsas o tontas. Más que nada, tenemos que velar en esperanza.

El 22 de octubre de 1707, cierto Almirante de la flota inglesa con el improbable nombre de Sir Cloudesley Shovell, tenía una decisión que tomar.

El militar volvía de una exitosa campaña contra los franceses,

y su buque insignia, el *Association*, junto con otras de sus 21 naves, navegaba hinchado con los tesoros capturados. No obstante, el mal tiempo hizo difícil el viaje hacia el norte. No habiendo visto el sol por varios días, navegaban a puro cálculo. Shovell y los otros capitanes creían que estaban en las afueras de la costa de Ushant, en la boca del Canal Inglés. La ruta a casa estaría hacia el nordeste, pensaban ellos.

O al menos eso esperaban.

La única voz disidente era la de un hombre, identificado en algunos registros como un piloto de las Islas Scilly. El hombre dijo al almirante y a sus consejeros que estaban equivocados, y que el curso planificado acabaría por hundirlos en sus propias islas.

Pero los comandantes lo ignoraron, y la flota continuó en la dirección que esperaban fuera la correcta. Era una esperanza vana. Y poco después, una esperanza fatal.

Es que el piloto estaba en lo correcto. Los cálculos ciegos de sus superiores estaban equivocados. Los mapas en los que pusieron su confianza también estaban mal, pues indicaban las islas en el lugar equivocado. Hacer a un lado al hombre que sabía dónde estaban fue el último paso erróneo en su camino al desastre.

Sir Cloudesley envió tres barcos por delante. Bien pronto se dieron cuenta de que estaban muy lejos de su esperado curso y en gran peligro entre las rocas de las Islas Scilly. Dos lograron atravesar, pero una roca perforó al *Phoenix* y su tripulación tuvo que vararlo.

Avanzando en su esperanza —su fe ciega en lo que les parecía correcto— durante el vendaval, más barcos navegaron a toda velocidad hacia los traidores Arrecifes Occidentales de las Scilly, con una pérdida total de cinco embarcaciones, incluyendo el *Association* mismo. Sir Cloudesley también pagó el precio de su esperanza equivocada, pues él también pereció en el naufragio. Casi 2,000 hombres murieron con él. Los barcos *Eagle*, *Romney* y *Firebrand* siguieron fielmente al *Association* a pesar de los cañonazos de advertencia. Rocas puntiagudas los hicieron pedazos.

Fue una lección trágica en cuanto a cómo la esperanza mal orientada puede volverse mortal. También nos muestra cómo los eventos pueden dejar al descubierto un falso fundamento para la esperanza, haciéndola vana. Con toda claridad, era muy peligroso para la flota avanzar con tan poca visibilidad y durante la noche. Pero más que todo, nos preguntamos por qué no habrán escuchado al hombre que sabía, al que aconsejó un curso diferente.

La flota inglesa siguió en pos de una esperanza inútil, lo que es similar a la clase de decisiones que nosotros también podemos tomar. Podemos llegar a creer que estamos en el lugar correcto, que podemos sortear los obstáculos hacia donde nos dirigimos, y que sabemos lo que nos espera más adelante. Pero cuán a menudo estamos equivocados. Si pensamos que podemos confiar en esperanzas basadas en nuestros propios cálculos, surcaremos hacia el frente, tal como el *HMS Association*, justo contra las filudas rocas de los Arrecifes Occidentales de las Islas Scilly, y haremos un naufragio de nuestra fe, nuestras esperanzas y nuestras vidas.

¡Velad en esperanza!



Capítulo 10

¿Demasiado ocupado?:

Cómo hacer relevante la esperanza

El mundo es mucho para nosotros

El mundo es mucho para nosotros —escribió William Wordsworth—. Tarde o temprano, recibiendo y gastando, derrochamos nuestras facultades..."

El mundo verdaderamente invade nuestras vidas y mentes al punto de preocuparnos por estar ocupados: tan ocupados viviendo nuestras vidas que no tenemos tiempo para nada más. Tan ocupados que olvidamos cuál es el sentido de todo; qué significa la vida, y por qué la esperanza es tan vital y relevante.

Cierta vez, al entrar a la tienda de una pequeña población en Inglaterra, encontré al tendero conversando con un amigo de la localidad. Mientras esperaba, inmediatamente quedé sacudido por la conversación. Fue algo más o menos así:

—Y, ¿cómo está el trabajo, entonces, Juan?

—Bien aburrido y monótono. ¿Cuál es el punto de todo esto, al fin de cuentas? Setenta años y se acabó. Te indispones, ¿no es así, Andy?

—Bueno, por lo menos no estás trabajando por allá en la granja de pollos, Juan. Lo que te quiero decir es que la tienes fácil. ¿Y qué si todos nos esfumamos? En algún momento a todos nos llega la hora. Sólo disfruta de la vida, haz lo que puedas y pásala bien, ése es mi lema.

—No sé, Andy. Debe haber algo más que eso...

Bien en lo interior, la gente se da cuenta que les falta algo. Muy a menudo, la vida es sólo vanidad, "correr tras el viento". Así que, ¿qué pueden hacer al respecto?

Si yo tuviera que caracterizar la forma en que las personas viven, diría que están tratando de encontrar la felicidad. Todo mundo quiere ser feliz y permanecer feliz. "Vamos, sé feliz", dice la canción. Por supuesto, los individuos tratan de encontrar la felicidad de diversas maneras, pero en realidad todo lo que hacemos está orientado a hacernos felices. Con todo, ¿qué es lo que sí funciona? Todos tienen ideas; sin embargo, muchas son falsas. ¿Dónde encontramos la verdadera felicidad? Cuando los placeres terrenales se disipan, ¿qué nos queda?

Tuve un amigo que durante un tiempo fue cristiano. También, creo, fue muy feliz. En ese entonces, tenía un empleo muy sencillo y conseguía lo suficiente para vivir. Luego entró en los negocios, haciendo primero una cosa y luego otra, hasta que con el tiempo se volvió un millonario con una gran cantidad de lucrativas empresas operando bajo su control. Se dio el lujo de gratificarse a sí mismo y a su familia comprando autos caros; más tarde, incluso un helicóptero. Cuando hubo comprado un lugar aún más grande para vivir, lejos de la ciudad, en el campo, se entregó a una vida de placeres lujosos. Pero ya no era más cristiano. Y de lo que me había dicho anteriormente, me pregunto cuán feliz era en realidad.

Toda la riqueza de este mundo no se puede comparar con el gozo de saber que estamos bien con Dios. El dinero, las posesiones y las ambiciones tienen su lugar. Pero cuando nos desvían de Dios, entonces pueden convertirse en terribles maldiciones. El matrimonio de mi antiguo amigo fracasó y él perdió toda su fortuna en negocios mal habidos. Hoy día vive solo, y sin esperanza.

Tuve otro amigo muy astuto con quien trabajé en la industria aeroespacial. Siendo hijo de un clérigo, entró a la tecnología del espacio y, gracias a su pericia, rápidamente ascendió la escalera del éxito. Pronto llegó a ser gerente de proyectos, gerente de producción, y luego gerente general. A decir de las apariencias, este caballero tenía una carrera exitosa, no obstante era un hombre infeliz. Bebía progresivamente. Cierta día, alguien me pidió hablar con él. Al final de nuestra larga conversación sobre asuntos muy profundos: el significado de la vida, la razón de ser, la esperanza, la salvación y todo lo demás, me dijo: "Cómo quisiera tener esperanza. Yo sé que tú tienes esperanza; y cómo me gustaría tener esperanza también".

Sólo ocupados...

El Señor identifica claramente el carácter de aquellos que se preocupan por ocuparse: "Porque tú dices: Yo soy rico, y me he enriquecido,

y de ninguna cosa tengo necesidad; y no sabes que tú eres un desventurado, miserable, pobre, ciego y desnudo" (Apoc. 3:17).

Esta clara reprensión debiera hacernos reconsiderar cuidadosamente qué es lo que deberíamos estar haciendo, cuáles son los valores verdaderamente vitales y cuál es nuestra auténtica motivación. Aquí la esperanza adventista puede ayudarnos si le permitimos reordenar nuestras prioridades, retirar nuestra mirada de todas las ajetreadas cosas de esta vida y traerla de vuelta a las verdades eternas.

Si bien Jesús en su parábola hablaba de estar ocupados, se refería a estar ocupados "entre tanto que venga" (Luc. 19:13). A veces pareciera que estamos ocupados sin ningún propósito verdadero, por lo tanto, perdemos de vista nuestro objetivo. En todo lo que hagamos —en todo lo que la iglesia haga— no deberíamos estar satisfechos con trabajar hacia la permanencia en este lugar. Nuestro futuro está con Dios, nuestro hogar está con él, y nuestros valores tienen que ser los suyos. En vez de buscar un lugar en este mundo, recordemos que nuestra meta es una ciudad cuyo arquitecto y constructor es Dios, y que nuestra ciudadanía está en los cielos (véase Filipenses 3:20).

Es muy importante analizar lo que estamos haciendo y observar quiénes somos en realidad. Necesitamos preguntarnos a nosotros mismos: "¿Cuál es nuestra motivación primaria, cuáles son nuestras prioridades?" Dios nos recuerda: "Yo conozco tus obras, que ni eres frío ni caliente. ¡Ojalá fueses frío o caliente!" (Apoc. 3:15).

Ni frío ni caliente. ¿Qué quiere decir el Señor? Al mirar el tipo de personas que somos, nuestro mayor desafío es hacer algo. La maldición de este siglo no es, primeramente, perspectivas teológicas equivocadas de un extremo o de otro, tampoco programas, interpretaciones o posiciones desorientadas. Más bien, consiste en que muy pocos parecen estar seriamente preocupados. La apatía es el gas nervioso espiritual que paraliza a la iglesia, evitándole alcanzar las metas divinas. Es por eso que Dios se ofende en extremo, ¡y preferiría cualquier otra temperatura que la tibieza!

La doble tragedia es que muchos fracasan en ver su situación. Necesitamos incluirnos nosotros mismos aquí, y no usar este pasaje para apuntar el dedo acusador hacia otros. La condición general de la iglesia, declara el Señor, es una de propagada apatía, de fracaso en reconocer nuestra condición espiritual. "Pero por cuanto eres tibio, y no frío ni caliente, te vomitaré de mi boca" (vers. 16).

Como a la comida insípida y tibia, Dios rechaza nuestras obras ego-céntricas. Y como la sopa que se ha enfriado, o el helado que se ha

derretido, nuestras apáticas obras son una ofensa para un Dios que quiere venir y cumplir las promesas de la esperanza del advenimiento.

Esperanza para el "miserable 'rico'"

Cuando estamos ocupados, generalmente es sólo eso. Solamente estamos ocupándonos nosotros. La tragedia es que valoramos aquello que no satisface realmente: corremos tras los tesoros de este mundo y del momento pasajero.

Dios nos dice que no somos verdaderamente ricos, aun cuando creamos que lo somos. Jesús concluyó su parábola del rico insensato en la misma forma: "Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios" (Luc. 12:21).

"No rico para con Dios", es un epitafio trágico para aquellos que creen ser muy ricos. ¿Qué en cuanto a nosotros? ¿No necesitamos reconsiderar lo que estamos haciendo y por qué lo hacemos? Podemos pensar que somos ricos, pero Dios nos dice algo diferente.

Nuevamente, centrarnos en la esperanza nos puede ayudar. Nos recuerda que no debemos involucrarnos en los negocios de este mundo. Tampoco hemos de enfocarnos en nosotros mismos. Nuestro foco de esperanza apunta hacia los verdaderos valores que Dios desea, y nos motiva para compartir con otros la fe que tenemos. Nuestras riquezas vienen no de lo que hemos logrado por nosotros mismos, sino de compartir los generosos dones de Dios.

Ésta es la razón por la que Dios nos aconseja "comprar" de él, porque nosotros no tenemos todo lo que sea "valioso" tener: "Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas" (Apoc. 3:18).

Este oro no es riquezas o beneficios materiales sino fe refinada en el fuego. Es el verdadero oro que perdura, no el oropel que al final perecerá.

Las vestiduras blancas son las que Dios provee, tales como las vestiduras de bodas en la parábola de Jesús (véase Mat. 22:1-14). Nuestras justicias son como trapos de inmundicia, y Dios quiere quitárnoslas y vestirnos con sus ropas.

El colirio cura la ceguera del pecado, capacitándonos para ver efectivamente: ver espiritualmente, ver la verdad. El dios de este mundo nos ciega para que no veamos la verdad respecto a Dios (véase 2 Cor. 4:4), y necesitamos esta visión espiritual más que nada para poder apreciar la

realidad como legítimamente es.

El Señor nos invita a comprar estas cualidades esenciales "sin dinero y sin precio":

"A todos los sedientos: Venid a las aguas, y los que no tienen dinero, venid, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin precio, vino y leche. ¿Por qué gastáis el dinero en lo que no es pan, y vuestro trabajo en lo que no sacia? Oídme atentamente, y comed del bien, y se deleitará vuestra alma con grosura" (Isa. 55:1, 2).

Sin dinero y sin precio, al fin y al cabo, no tenemos efectivo para comprar nada que provenga de Dios. Tampoco podemos negociar con él por las cosas que nos ofrece. Sólo podemos "comprar" haciendo un compromiso, demostrándole que estamos dándonos a nosotros mismos.

¿En dónde encaja la esperanza en todo esto? Una vez más, es la motivación para la acción. Por cuanto esperamos, reconocemos nuestras necesidades. Podemos identificar el oro de la esperanza, las ropas blancas de la esperanza y el colirio de la esperanza, pues la esperanza nos da esta riqueza espiritual, esta vestimenta espiritual y esta visión espiritual.

Jesús, la puerta de la esperanza

Jesús afirma que la esperanza está aquí, porque él está junto a la puerta: "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo" (Apoc. 3:20).

Cuando Jesús habló acerca de su venida, dijo lo mismo:

"Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro. De la higuera aprended la parábola: Cuando ya su rama está tierna y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca. Así también vosotros, cuando veáis todas estas cosas, conoced que está cerca, a las puertas" (Mat. 24:31-33).

Justo a la puerta: así de cerca está Jesús y su esperanza. En vez de ignorar al visitante divino que toca a la puerta, diciendo que estamos muy ocupados para responder, ¡necesitamos correr y abrirle!

Nuestra respuesta al reconocer que nos hemos dejado absorber mucho en lo nuestro, muy ocupados con nuestras actividades, tiene que ser una carrera a descerrar el cerrojo de la puerta para que entre nuestro amante Señor de la esperanza. De la misma manera que correríamos a abrir de par en par a alguien que amamos, querremos abrir la puerta a Dios y le dejaremos entrar. Su oferta no es entrar y rearmar el mobiliario, o echarnos a la calle, sino sentarse y comer con nosotros. Así

derretido, nuestras apáticas obras son una ofensa para un Dios que quiere venir y cumplir las promesas de la esperanza del advenimiento.

Esperanza para el "miserable 'rico'"

Cuando estamos ocupados, generalmente es sólo eso. Solamente estamos ocupándonos nosotros. La tragedia es que valoramos aquello que no satisface realmente: corremos tras los tesoros de este mundo y del momento pasajero.

Dios nos dice que no somos verdaderamente ricos, aun cuando creamos que lo somos. Jesús concluyó su parábola del rico insensato en la misma forma: "Así es el que hace para sí tesoro, y no es rico para con Dios" (Luc. 12:21).

"No rico para con Dios", es un epitafio trágico para aquellos que creen ser muy ricos. ¿Qué en cuanto a nosotros? ¿No necesitamos reconsiderar lo que estamos haciendo y por qué lo hacemos? Podemos pensar que somos ricos, pero Dios nos dice algo diferente.

Nuevamente, centrarnos en la esperanza nos puede ayudar. Nos recuerda que no debemos involucrarnos en los negocios de este mundo. Tampoco hemos de enfocarnos en nosotros mismos. Nuestro foco de esperanza apunta hacia los verdaderos valores que Dios desea, y nos motiva para compartir con otros la fe que tenemos. Nuestras riquezas vienen no de lo que hemos logrado por nosotros mismos, sino de compartir los generosos dones de Dios.

Ésta es la razón por la que Dios nos aconseja "comprar" de él, porque nosotros no tenemos todo lo que sea "valioso" tener: "Por tanto, yo te aconsejo que de mí compres oro refinado en fuego, para que seas rico, y vestiduras blancas para vestirte, y que no se descubra la vergüenza de tu desnudez; y unge tus ojos con colirio, para que veas" (Apoc. 3:18).

Este oro no es riquezas o beneficios materiales sino fe refinada en el fuego. Es el verdadero oro que perdura, no el oropel que al final perecerá.

Las vestiduras blancas son las que Dios provee, tales como las vestiduras de bodas en la parábola de Jesús (véase Mat. 22:1-14). Nuestras justicias son como trapos de inmundicia, y Dios quiere quitárnoslas y vestirnos con sus ropas.

El colirio cura la ceguera del pecado, capacitándonos para ver efectivamente: ver espiritualmente, ver la verdad. El dios de este mundo nos ciega para que no veamos la verdad respecto a Dios (véase 2 Cor. 4:4), y necesitamos esta visión espiritual más que nada para poder apreciar la

realidad como legítimamente es.

El Señor nos invita a comprar estas cualidades esenciales "sin dinero y sin precio":

"A todos los sedientos: Venid a las aguas, y los que no tienen dinero, venid, comprad y comed. Venid, comprad sin dinero y sin precio, vino y leche. ¿Por qué gastáis el dinero en lo que no es pan, y vuestro trabajo en lo que no sacia? Oídme atentamente, y comed del bien, y se deleitará vuestra alma con grosura" (Isa. 55:1, 2).

Sin dinero y sin precio, al fin y al cabo, no tenemos efectivo para comprar nada que provenga de Dios. Tampoco podemos negociar con él por las cosas que nos ofrece. Sólo podemos "comprar" haciendo un compromiso, demostrándole que estamos dándonos a nosotros mismos.

¿En dónde encaja la esperanza en todo esto? Una vez más, es la motivación para la acción. Por cuanto esperamos, reconocemos nuestras necesidades. Podemos identificar el oro de la esperanza, las ropas blancas de la esperanza y el colirio de la esperanza, pues la esperanza nos da esta riqueza espiritual, esta vestimenta espiritual y esta visión espiritual.

Jesús, la puerta de la esperanza

Jesús afirma que la esperanza está aquí, porque él está junto a la puerta: "He aquí, yo estoy a la puerta y llamo; si alguno oye mi voz y abre la puerta, entraré a él, y cenaré con él, y él conmigo" (Apoc. 3:20).

Cuando Jesús habló acerca de su venida, dijo lo mismo:

"Y enviará sus ángeles con gran voz de trompeta, y juntarán a sus escogidos, de los cuatro vientos, desde un extremo del cielo hasta el otro. De la higuera aprended la parábola: Cuando ya su rama está tierna y brotan las hojas, sabéis que el verano está cerca. Así también vosotros, cuando veáis todas estas cosas, conoced que está cerca, a las puertas" (Mat. 24:31-33).

Justo a la puerta: así de cerca está Jesús y su esperanza. En vez de ignorar al visitante divino que toca a la puerta, diciendo que estamos muy ocupados para responder, ¡necesitamos correr y abrirle!

Nuestra respuesta al reconocer que nos hemos dejado absorber mucho en lo nuestro, muy ocupados con nuestras actividades, tiene que ser una carrera a descerrar el cerrojo de la puerta para que entre nuestro amante Señor de la esperanza. De la misma manera que correríamos a abrir de par en par a alguien que amamos, querremos abrir la puerta a Dios y le dejaremos entrar. Su oferta no es entrar y rearrreglar el mobiliario, o echarnos a la calle, sino sentarse y comer con nosotros. Así

como convivimos con otros en una comida, Dios desea hablar con nosotros, ser nuestro más fiel Amigo. ¡Qué increíble oferta del Dios de la esperanza!

El problema es que a menudo vemos la esperanza del Advenimiento como una interrupción en lo que queremos hacer, como algo que interfiere con nuestra vida. Podemos inclusive llegar a sentirnos auto-satisfechos, y no ver ninguna razón para cambiar. No obstante, si somos honestos con nosotros mismos, veremos que necesitamos mirar de nuevo y entender lo que de veras es valioso y de importancia, lo que tiene auténtico significado y propósito.

Cuando Jesús explicó los valores de su reino, la forma como trastornó el sistema de valores de sus oyentes, sacudió las multitudes.

En Mateo 5 se registra el Sermón del Monte, durante el cual Jesús revertió la sabiduría popular de su época. Así es como también nos afecta la esperanza del Advenimiento, porque ella apunta a una meta diferente y enfatiza una actitud diferente hacia la vida.

La esperanza es un espejo

Jesús invierte nuestros sistemas de valores: lo que el mundo considera importante, el reino de Dios lo trastoca. Las prioridades se invierten y la "realidad", que estaba en el fondo, pasa a ocupar el lugar del frente. En esta "espejolandia", reconocemos que lo que pensamos que es importante debe ser revertido, ¡quizás hasta vuelto de cabeza!

Jesús habló de los que son bienaventurados. Bienaventurados (felicidades)... porque Dios revertirá su estado presente. Su sermón revela el mundo como la imagen de un espejo —al revés— de la verdadera naturaleza del reino de Dios.

Piense en otras frases "revertidas" de Jesús: Los primeros serán postreros y los postreros serán primeros. El que se ensalza será humillado y el que se humilla será ensalzado. Los que busquen salvar su vida la perderán, y los que pierdan su vida la salvarán. Vez tras vez, Jesús ofrece una perspectiva contraria a los criterios populares, especialmente en el ámbito de la religión. Él manifiesta que la popularidad —los logros a la vista del mundo— no es significativa en su reino; por ejemplo, la historia del fariseo y el publicano. En la parábola del buen samaritano, Jesús retrata al "enemigo" como el verdadero amigo, aquel que sigue los valores del reino de Dios. Jesús está en franca contradicción con la forma en que el mundo mira las cosas. "Mi reino no es de este mundo" (véase Juan 18:36).

En el Sermón del Monte, Jesús frecuentemente usa la frase "oísteis

que fue dicho, pero yo os digo" para extenderse y ahondar sobre mandatos anteriores, demostrando el verdadero significado que hay detrás de ellos. Él nos llama a "buscar primeramente el reino de Dios". Hemos de poner nuestras prioridades en orden, según la óptica divina.

Y en su llamamiento a profesar esperanza en su regreso, Jesús deja en claro sus valores y prioridades. Hemos de seguir sus caminos, sus mandamientos y su reino. La esperanza es un espejo que nos muestra quiénes somos y adónde vamos. La venida de Jesús cumple esta esperanza, y su reino de gloria reflejará todo aquello por lo que vino a vivir y a morir.

El mundo sigue siendo "mucho para nosotros". Pero el espejo de la esperanza nos refleja nuestra propia imagen, ayudándonos a ver quiénes somos realmente y qué es lo que verdaderamente importa.

Así que, ¿qué observa usted en el espejo de la esperanza? Aunque necesitemos ocuparnos en el trabajo que tenemos que hacer, esto nunca debiera obnubilar la centralidad de nuestra esperanza; es decir, nuestra perspectiva presente y futura.

Las trágicas palabras del poeta inglés Thomas Hardy revelan una vida sin esperanza, una existencia fútil y miserable:

"Aquel que se la pasa dudando todo,
Espera en la desesperanza". (*In Tenebris*)

¿Esperando en la desesperanza? ¿Acaso es ése nuestro caso? ¿Se ha vuelto nuestra esperanza en desesperanza?

No, Dios nos llama a dejar nuestra actividad y preocupación por las cosas de este mundo y a asegurarnos que en todo lo que hagamos mantengamos nuestra perspectiva.

Porque en esto, como en todas las cosas, debemos mirar a "Jesús, el autor y consumidor de nuestra fe" (Heb. 12:2), tanto ahora en el presente, como en el futuro y por la eternidad.



Capítulo 11

Ante la tardanza de la esperanza

El problema con el futuro

El problema con la esperanza en el futuro es que el presente nos abrume. Sencillamente parecemos incapaces de ver más allá de lo que ya sabemos. Así que, pensar en lo que el futuro nos puede deparar, nos acongoja.

Cuando cayó el Muro de Berlín en 1989, ¿quién sabía lo que vendría después? Muchos expertos hicieron predicciones. Sin embargo, en el décimo aniversario de ese evento tan trascendental, un periodista echó una mirada retrospectiva para ver quién había estado en lo correcto referente a lo que habría de suceder una vez que el Muro se desplomara. Este hombre descubrió que nadie acertó. Ninguno predijo la rápida caída del comunismo europeo ni la muerte de la Unión Soviética.

Por el contrario, hicieron predicciones que estuvieron fuera de base:

El fin del comunismo tardará mucho tiempo en suscitarse. Falso. De continuar el pacto de Varsovia, continuará también la OTAN. Falso. No se permitirá que Alemania se reúna. Falso. Una Alemania unida se convertirá en un poder nuclear antes del fin del milenio. Falso. Gorbachov continuará en el poder por mucho tiempo. Falso.

En lo que respecta a predecir el futuro, aun por el breve lapso de diez años, los expertos no pueden atinar. ¿Por qué no? Porque "el problema con tratar de ver el futuro es el presente. Lo que sabemos ahora generalmente se sobrepone a nuestra habilidad de ver lo que podría llegar a ser. Lo que es, es; tiene la ventaja de tener existencia tangible. Esto convierte al presente en algo difícil de sacudirse, no importa cuán ingenioso sea usted" (Robert G. Kaiser, del servicio del Washington Post en el *International Herald Tribune*, 10 de noviembre, 1999).

¿Será que lo que sabemos ahora está avasallando nuestra capacidad de ver lo que está por venir? Más todavía, ¿qué acerca de los cálculos de tiempo para el futuro?

Podemos pensar que tenemos las respuestas. Con todo, el presente puede engañarnos también, a menos que estemos abiertos al pensamiento de que éste no es el factor dominante. Es por eso que podemos ver una demora en nuestra esperanza. Por cuanto queremos tan intensamente que nuestra esperanza se cumpla y que el tiempo transcurra, comenzamos a preguntarnos si la promesa está siendo diferida.

Los cristianos han estado aguardando la esperanza por casi dos milenios. Las preguntas nos inquietan: "¿Es correcto que sigamos predicando un mensaje tal? ¿Le ha dado el paso de los años un carácter de mentira a la promesa de Cristo? ¿Ha llegado el momento de renunciar y olvidarnos de cualquier retorno del Mesías?"

¿Dónde está la esperada promesa?

No dudar de la esperanza es un verdadero desafío para la iglesia. Si bien muchos no quisieran expresar pensamientos dudosos, las preguntas son insistentes a medida que las sombras del pesimismo se prolongan y la duda invade la iglesia. Lea lo siguiente y vea si corresponde a una actitud que usted haya escuchado de sí mismo, o tal vez inclusive un eco de pensamientos que pudiera haber tenido:

"¿Dónde está la promesa del regreso del Salvador que pondrá fin a todo esto? ¿Por qué el tiempo continúa? ¿Cuándo vendrá Jesús? La iglesia cristiana ha estado esperando por casi dos

milenios. ¿Estaban en lo correcto los primeros cristianos al afirmar el pronto regreso? ¿Acaso los 'pioneros' se equivocaron? ¿Hacemos bien en seguir predicando un mensaje tal? ¿No es tiempo ya de claudicar y olvidarnos de la esperanza?"

Pedro contesta a esta situación:

"Sabido primero esto, que en los postreros días vendrán burladores, andando según sus propias concupiscencias, y diciendo: ¿Dónde está la promesa de su advenimiento? Porque desde el día que los padres durmieron, todas las cosas permanecen así como desde el principio de la creación" (2 Ped. 3:3, 4).

Aunque la burla ciertamente se diferencia de la duda genuina, la pregunta es la misma: "¿Dónde está la 'venida' que el Señor prometió?"

La respuesta de la Escritura apunta a la naturaleza compasiva y longánime de Dios. Con toda seguridad, él no retrasa su venida; de hecho, él está ansioso de venir. Pero su advenimiento también ocasiona la tragedia de la pérdida de aquellos que no lo han aceptado, por eso él procura llevar al arrepentimiento a todos los que le sea posible: "El Señor no retarda su promesa, según algunos la tienen por tardanza, sino que es paciente para con nosotros, no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento" (2 Ped. 3:9).

¿Existe una tardanza?

"Tardanza" es una palabra desafortunada. Sugiere error e imperfección. Vemos tardanzas causadas por situaciones inesperadas, descomposturas o problemas técnicos. Como seres humanos, nos tardamos porque no deseamos estar a tiempo para hacer cualquier cosa que preferiríamos evitar. ¿Pero es éste un término útil para describir la forma en que algunos perciben el tiempo de la Segunda Venida?

¿Podemos calificar las acciones de Dios como tardadas? Si él es eterno y ajeno al tiempo, ¿cómo se puede retrasar? ¿Cómo puede alguien que conoce el fin desde el principio "posponer" sus planes? ¿Qué en cuanto a la omnisapientia de Dios?

Es desde nuestra perspectiva que hablamos del concepto de tardanza. El problema está en nosotros, con nuestro entendi-

miento finito. Podemos pensar que el regreso de Jesús debería haber ocurrido antes de ahora. Como seres humanos vemos 2,000 años entre el ofrecimiento de la promesa y nuestro tiempo.

Cristo hizo del evangelio al mundo (véase Mar. 13:10) una precondition necesaria para el Advenimiento. Por medio de 2 Pedro 3, nos damos cuenta del deseo divino de salvar a toda la humanidad. Varios eventos y situaciones terrenales tienen que preceder a la venida del Hijo del Hombre. La emergencia del anticristo, el clímax del ataque contra Dios (2 Tes. 2) y el rebosamiento de la copa de iniquidad (véase Apoc. 17:4; 18:6) forman parte del "tiempo" que primeramente tiene que alcanzar su plenitud. Sin embargo, no podemos tomar la condición mundial como la primera razón para la tardanza. Dios no está esperando que suceda una destrucción total antes que él salve a su pueblo. Todavía está al control de nuestro planeta. Sus ángeles retienen los vientos de destrucción. El Señor no está sentado ociosamente, esperando que el pecado se multiplique a su propio tiempo.

Aquí operan dos principios divinos: El propósito imperterbable de Dios, y su paciencia. El primero implica su soberana voluntad y propósito expresados en la certeza de la segunda venida de Cristo: "Vendré otra vez". Para un Dios omnisciente, el tiempo también es algo conocido (véase Mat. 24:36). De la misma manera que vino el Diluvio (nótese el vers. 37), así como los israelitas entraron en la Tierra Prometida, en la misma forma en que Cristo apareció por primera vez "venido el cumplimiento del tiempo", así vendrá otra vez en su tiempo específico (1 Tim. 6:14, 15; véase también Luc. 17:24, 30). Dios no está de ninguna manera sujeto o dependiente de la humanidad en cuanto a sus decisiones fundamentales. La Segunda Venida ocurrirá, y "no tardará" (Heb. 10:37). En términos del poder y autoridad absolutos de Dios, la segunda venida de Cristo es un evento incondicional. La promesa ha sido dada bajo la divina omnipotencia. Dios no puede fallar, no puede cambiar, y no puede "tardarse".

El otro principio se relaciona con la paciencia de Dios: su misericordia y longanimidad. Esta perspectiva concibe al Señor como permitiendo que corra tiempo adicional de modo que su

pueblo pueda aceptar su promesa y entrar en una relación de pacto con él basada en el amor. Por último, Dios es paciente, "no queriendo que ninguno perezca, sino que todos procedan al arrepentimiento" (2 Ped. 3:9).

La continuación del tiempo es para beneficio nuestro. No obstante, no podemos hacer de la compasión de Dios una excusa que acepte que el pecado, el dolor y la muerte persistan para siempre. El fin tiene que llegar, ¡tenemos que recordar que fue el siervo negligente quien comenzó a decir: "Mi Señor se tarda en venir"!

Esperanza diferida

A pesar de todo esto, aun podemos sentir que nuestra esperanza está siendo diferida. En palabras de Proverbios: "La esperanza que se demora es tormento del corazón" (Prov. 13:12).

Es una reacción natural. El tiempo de espera, como ya vimos, no es un momento placentero. Nos encontramos entre la promesa y su cumplimiento, y al transcurrir el tiempo, sentimos que no corre tan rápidamente como quisiéramos. Como Daniel, quien vio que la visión se extendía por mucho tiempo, nos sentimos exhaustos y nos enfermamos (véase Dan. 8:27).

A diferencia del caso de Daniel, Dios no nos informa en cuanto al tiempo restante para el cumplimiento de nuestra esperanza. Pero cuando nos sintamos descorazonados, recordemos que "la esperanza no avergüenza, porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado" (Rom. 5:5).

Al final, los que se salven de este mundo serán "los que son de Cristo, en su venida" (1 Cor. 15:23), el trigo madurado por el Señor mediante la lluvia tardía (Mat. 3:12; 13:30; Sant. 5:7). Dios reunirá a su pueblo, aquellos con quienes tiene una relación especial (véase 1 Ped. 2:9), aquellos que han confiado solamente en la demostración divina, la provisión de Jesús y las promesas del Señor.

El Señor provee la respuesta, los medios y los métodos. Nos toca contestar y actuar en consecuencia. Dios nunca ha pedido a su pueblo que calcule el tiempo del Advenimiento, que se

preocupen si se han cubierto todas las precondiciones, o que se aflijan respecto a la tardanza. Todo lo que les pidió fue: "¡Velad!", "¡Preparaos!" y "¡Levantad vuestras cabezas!" porque la redención se acerca, y está más cerca que cuando creímos (Luc. 21:28; Rom. 13:11).

Va a suceder. Las dudas acerca del tiempo generan dudas respecto al evento. Pero no, dice Pedro, es absolutamente cierto. El Señor vendrá. Y como resultado, estaremos anhelando ese nuevo cielo y nueva tierra, el hogar de la justicia (véase 2 Ped. 3:13).

El desafío no consiste en ver la esperanza como algo que se está retrasando. La meta es conservar la esperanza mucho más viviente todavía, y no atarla en nuestras mentes a ciertos límites de tiempo. Como concluye el versículo de Proverbios: "La esperanza que se demora es tormento del corazón; pero árbol de vida es el deseo cumplido" (Prov. 13:12).

Debemos continuar anticipando el cumplimiento de la esperanza, y así permitirle al divino árbol de la vida que nos sane de nuestra enfermedad.

Paciencia significa salvación

Mientras esperamos el cumplimiento de la promesa, tenemos que tener "entendido que la paciencia de nuestro Señor es para salvación" (2 Ped. 3:15). Consecuentemente, "la esperanza no avergüenza; porque el amor de Dios ha sido derramado en nuestros corazones por el Espíritu Santo que nos fue dado" (Rom. 5:5).

La impaciencia y la sobreexpectación pueden llevarnos a especular que la Segunda Venida "no está más que a unos cuantos años de distancia". Otros puede ser que vean en cada evento que se desarrolla una señal de los tiempos. Esto puede condicionar a las personas para un terrible chasco y desaliento.

Resulta interesante observar las varias clases de cosas que la gente ha considerado como "señales de los tiempos".

Cierto libro sobre profecía de principios de 1900 consideraba el desarrollo de la transportación mediante trenes rápidos de vapor como cumplimiento de aquella predicción de que "muchos

correrán de aquí para allá". Bajo la figura de dos primitivos biplanos aparecía la leyenda "la flota aérea de la nación", también vista como un asombroso acontecimiento que "probaba" que el fin estaba cerca.

Otras "señales" del pasado han incluido el telégrafo, los radios "inalámbricos", el automóvil, la máquina de escribir y las películas.

Sin embargo, la verdad es que "leer el periódico como dándole una fecha al fin" (como alguna vez cierta persona aconsejó) puede dirigirnos a suposiciones y expectativas falsas. No todo es una señal de los tiempos.

Por ejemplo, las personas con frecuencia citan las guerras y conflictos militares como evidencia para la aproximación del fin. Pero en Mateo 24, Jesús hace un gran esfuerzo para señalar que aunque pueda haber guerras y rumores de guerras, aún no es el fin. Resulta instructivo repasar este capítulo de las "señales" y darse cuenta de cuántos eventos que normalmente interpretamos como señales, Jesús claramente los excluye de serlo.

Una revisión rápida del internet nos muestra predicciones del fin del mundo para casi cada día dentro de los próximos pocos años, basadas en leyendas mayas o mediciones de las pirámides o visiones místicas de los extraterrestres. El problema con tales profetas falsos —y cualquier forma de colocación de fechas— es que hace que toda la perspectiva del futuro se desorganice.

Algunos equiparan el acto de apremiar a la gente diciendo que "Jesús estará de vuelta en unos cuantos años", con la predicación de fuego y azufre. El deseo "egoísta" de evitar los aspectos negativos del juicio lo consideran equivalente a contratar un "seguro contra incendios".

Debemos preguntarnos: ¿Qué es lo más importante aquí? ¿Es el tiempo del advenimiento, o la certeza del advenimiento? ¿Estamos llamados a predicar fechas para el futuro inmediato (sea que las demos específicamente o sólo digamos "dentro de x número de años"), o predicar la "segura y cierta" esperanza que se cumplirá en el retorno de "este mismo Jesús"?

En una reunión ministerial, un pastor expresó sus sentimientos de frustración. "Heme aquí, al borde de la jubilación —dijo a sus

compañeros ministros—. He estado predicando el mensaje del Advenimiento por más de cuarenta años. He discutido con los hermanos respecto a la necesidad de ir a la universidad antes de entrar al ministerio, porque siempre creí que no tendría tiempo para completar el programa de estudios antes que Jesús regrese. Ahora ya soy viejo, y estoy chasqueado. ¿Por qué no ha venido Jesús?"

Esperando en el Señor

Si estuviéramos predicando una doctrina para "dentro de X años", el chasco sería inevitable a este lado de la venida. Tal enfoque se centra en el tiempo, no en el significado y propósito del evento. Apela a nuestra naturaleza humana, la cual quiere prepararse para un evento específico en un tiempo específico. Por lo tanto, el tiempo no especificado del advenimiento nos deja perturbados.

Pero Jesús dice: "¡Estad listos. Siempre!" No en el sentido de que tratemos de hacernos idóneos por cuenta propia para la traslación, sino que procuremos una relación tal con nuestro amante Señor que podamos felizmente encontrarlo cuandoquiera que aparezca. "Los viajes terminan en una reunión de enamorados", observó Shakespeare, y si nosotros de veras amamos a Jesús, entonces su venida no será un evento temible ni una intrusión en nuestras vidas, sino que será el día cuando nuestro mejor Amigo regresará.

No necesitamos darle fecha al advenimiento, ¡pero sí necesitamos conocer a "este mismo Jesús" ahora! Su regreso es la "bienaventurada esperanza" sólo si él es nuestra bienaventuranza en el paciente presente. Eso quiere decir que, a pesar de nuestra consciencia de todas nuestras faltas y errores, aún podemos orar con Juan, "Amén; sí, ven, Señor Jesús" (Apoc. 22:20) y decirlo de corazón hoy y cada día hasta que él aparezca en el cielo.

"Porque estoy ligado con cuerdas carnales,
El gozo, la belleza, están más allá de mi alcance;
Esfuerzo mi corazón, extendiendo mis manos,

Y los atrapo en la esperanza".— Cristina Rossetti, *De Profundis*.

A pesar de que el mundo nos considere ilusos, nosotros capturamos estos beneficios en la esperanza. Nos aferramos a la bienaventuranza de la esperanza, sabiendo que no seremos chasqueados al final. Aun cuando los tiempos de paciencia puedan ser arduos, podemos tener la confianza en ese Dios que ha prometido. Cada uno tiene que aprender a "esperar en el Señor" en todas las cosas, y dejar que Dios se encargue de todo en su debido tiempo: "Aguarda a Jehová; esfuérzate, y aliéntese tu corazón; sí, espera a Jehová" (Sal. 27:14).

"Nuestra alma espera a Jehová; nuestra ayuda y nuestro escudo es él" (Sal. 33:20).

"Esperé yo a Jehová; esperó mi alma; en su palabra he esperado" (Sal. 130:5).



Capítulo 12

Llamados a una esperanza

Navegando a casa, juntos

Los dos adolescentes que me escoltan hasta el bote que nos espera parecen emocionados. Vamos en camino a una cita en el mar. El plan consiste en encontrarnos con cierto amigo que capitanea un barco pesquero, y observar en persona el espectáculo nocturno de las aves marinas.

Erik, Steinthor y yo echamos al agua el bote inflable de la pequeña y rocosa ensenada que hace las veces de puerto y nos enfilamos directo al mar. Navegamos en esperanza.

Con mucha precaución les pregunté cómo sabían dónde encontrar el barco de pesca, y cómo sabían la ruta. Después de todo, el océano no tiene señalamientos.

—Oh, sabemos donde dar con él, y conocemos bien el camino —respondió Erik confiadamente. Y allá vamos.

Bueno, debo confesar que no soy un buen tripulante en el mejor de los casos, y las olas con las que estamos por chocar me parecen amenazadoras.

Nos estrellamos contra la primera ola arrolladora. Sentado en la popa del bote inflable, vuelo por los aires y luego caigo pesadamente sobre el tablón de madera que nos sirve de asiento.

Los dos jóvenes ríen alegremente y, repentinamente, se detienen al comprender que sería inapropiado gozar de la

incomodidad de un invitado.

La siguiente ola. Chocamos. Otra vez. Y otra vez. Mi trasero se queja mientras me reconcilio con la realidad de un viaje doloroso. Les sonrío a los muchachos, mientras trato de abrazarme del tablón para reducir el impacto. Ellos me sonrían también.

—¿Cuánto falta? —les pregunto.

—No mucho —responde Erik.

Después de pensarlo, debía haber preguntado: "¿Cuánto tiempo falta?" Me petrifica pensar que esta pequeña embarcación de plástico saldrá volando en cualquier momento y nos ahogaremos todos.

Choque. Choque. Choque.

Con dolor y lentitud nos abrimos paso hacia lo desconocido, dejando atrás toda tranquilidad y seguridad. Pienso con tristeza en camas blandas y hogares cálidos.

—¿Y ustedes generalmente se aventuran a salir cuando el tiempo está así? —Intento entablar una conversación.

Los chicos sonrían otra vez. —No, nunca salimos cuando hay olas así de bravas. Pero no queríamos defraudarlo, así que decidimos salir de todas maneras.

¡Grandioso! Ahora resulta que yo soy el culpable. Miro las olas y siento el viento soplar duramente contra mi rostro. Sintiendo que mi fe se encoge, quiero gritar: "¡Señor, sálvame!"

De verdad pienso que estoy a punto de ahogarme. ¡Qué viaje tan insensato! ¿Será que voy a lograrlo? ¿Acaso pienso que soy sobrehumano? ¿Por ventura pienso que puedo caminar sobre el agua?

De alguna manera, parece una parábola de la vida misma: rodeado por inmensas olas de muerte, sentado penosamente en un diminuto barco, tratando de avanzar hacia el frente, y sin llegar a ningún lado.

Puedo afirmar que mis amigos están tan preocupados como yo, aun cuando ellos conservan sus sonrisas en su lugar. No hay ninguna oportunidad de volver atrás: las olas nos inundarían de inmediato si giramos dando el costado hacia ellas.

"¡Señor, sálvanos!", grita mi mente con desesperación.

La siguiente ola arremete contra nosotros.

Luego, de repente, nada. Me afirmo para esperar la siguiente,

pero... ¡Calma total! Cuando miro a mi alrededor no hallo viento alguno, ni olas. ¿Qué ha sucedido? ¿Adónde se fue la tormenta?

Nos quedamos viendo en perplejo asombro, sentados en un pequeño bote que se mece tranquilamente en el leve oleaje, como si estuviéramos cruzando el Mar de Galilea.

Poco después, avanzamos, cortando las tranquilas aguas para encontrar a nuestro amigo.

Allí, en el dramático resplandor dorado del "sol de medianoche", bien abajo en el horizonte, observo extasiado cómo destellantes petreles pasan y alcas revolotean en la cercanía. Al mismo tiempo, las gaviotas mayan y las golondrinas de mar parlotean. Por todos lados los alcatraces revolotean, con sus albos plumajes refulgiendo cual oro a la luz insólita. Una y otra vez se precipitan en el mar, levantando vaporosas lloviznas y resplandeciendo en fuentes sobre fuentes. En aquel barullo por la comida, alas tocan otras alas en una remolinante nevada de plumas, como si las huestes del cielo danzaran sobre mi cabeza.

Más rápido de lo esperado, me veo forzado a arrancar mis ojos de la escena.

—Tenemos que regresar —dice Steinhor, complacido con mi delicia. Mirando hacia atrás, las aves aún se arremolinan y se deslizan mientras navegamos a casa, junto con una blanca nube de vapor sobre un mar que parece de vidrio, en el viaje casi cumplido.

A lo largo del viaje, hemos visto las olas en su peor fiereza. No obstante, también hemos sido testigos del poder de Aquel a quien los vientos y las olas obedecen. Habiendo logrado una vislumbre del cielo en la dolorida tierra, ahora vamos de regreso al hogar. Porque un Amigo mejor, siempre presente pero rara vez buscado, viaja con nosotros por el camino.

La esperanza que nos unifica

Nuestra esperanza compartida nos hace uno: uno en la bienaventurada esperanza. Todos, bogando en el mismo barco, nos aferramos a la misma esperanza: "la esperanza de la vida eterna, la cual Dios, que no miente, prometió desde antes del principio de los siglos" (Tito 1:2).

Es mucho más que una actitud de esperanzadora expectación,

por cuanto en realidad estamos llamados a una esperanza. Note usted ambas palabras. Estamos llamados. Dios nos llama como pueblo a esperar. Es responsabilidad especial que se nos ha dado, para la cual hemos sido formados. Y si fracasamos en mantener tal esperanza, entonces fallaremos en nuestra responsabilidad dada por Dios.

Nuestro foco debe mantenerse claro: nuestra confianza está en Dios y en su salvación prometida. Específicamente, tenemos que centrar nuestra esperanza en la llegada de la bienaventurada esperanza: la aparición gloriosa de nuestro Señor y Salvador Jesucristo. No puede haber otra esperanza para nosotros. También es una esperanza en el sentido de que es la esperanza que nos hace uno, unificándonos en una experiencia común.

La unidad de Dios

La esperanza que es única viene del Dios único: "Un Señor, una fe, un bautismo, un Dios y Padre de todos, el cual es sobre todos, y por todos, y en todos" (Efe. 4:5, 6).

Difícilmente nos sorprende que tal esperanza resulte unificante, puesto que tiene su origen en el Dios que es Uno, quien procura hacernos uno: "Para nosotros, sin embargo, sólo hay un Dios, el Padre, del cual proceden todas las cosas, y nosotros somos para él; y un Señor, Jesucristo, por medio del cual son todas las cosas, y nosotros por medio de él" (1 Cor. 8:6).

Esta es la misma unidad por la que Jesús oró para sus discípulos, y para todos los que le siguieran después. "Mas no ruego solamente por éstos, sino también por los que han de creen en mí por la palabra de ellos, para que todos sean uno; como tú, oh Padre, en mí, y yo en ti, que también ellos sean uno en nosotros; para que el mundo crea que tú me enviaste. La gloria que me diste, yo les he dado, para que sean uno, así como nosotros somos uno. Yo en ellos, y tú en mí, para que sean perfectos en unidad, para que el mundo conozca que tú me enviaste, y que los has amado a ellos como también a mí me has amado" (Juan. 17:20-23).

Esta es la unidad a la que Dios nos llama, de la misma manera en que él nos llama a la esperanza que es una. A decir verdad, ambos son aspectos de una y la misma fe y esperanza. "Porque

esperamos en el Dios viviente, que es el Salvador de todos los hombres, mayormente de los que creen" (1 Tim. 4:10).

La unidad de la fe

"Donde no hay esperanza, no hay fe" (William Gouge).

Sin esperanza, no podemos identificarnos como una comunidad de fe. Tenemos que tener fe "a fin de perfeccionar a los santos para la obra del ministerio, para la edificación del cuerpo de Cristo, hasta que todos lleguemos a la unidad de la fe y del conocimiento del Hijo de Dios, a un varón perfecto, a la medida de la estatura de la plenitud de Cristo" (Efe. 4:12, 13).

Llegamos a unificarnos evitando la especulación y permaneciendo totalmente dedicados a la Palabra de Dios. Si demostramos amor el uno al otro y reconocemos la gracia de Dios para cada uno, entonces podemos crecer juntos en unidad. Todos debemos recordar que la prueba del discipulado cristiano consiste en que otros puedan ver que nos amamos los unos a los otros.

Tal unidad de fe no viene por accidente. Requiere que hagamos de nuestra esperanza y fe una prioridad y trabajemos activamente en acercarnos mutuamente.

Una vida digna

Como resultado, el Señor quiere que nuestras vidas reflejen nuestro llamamiento, nuestra esperanza. Pablo declaró: "Yo, pues, preso en el Señor, os ruego que andéis como es digno de la vocación con que fuisteis llamados, con toda humildad y mansedumbre, soportándoos con paciencia los unos a los otros en amor" (Efe. 4:1, 2).

Una vida no examinada es un desperdicio. De modo que, prosiguiendo en su declaración sobre la unidad de aquella esperanza que es una, el apóstol nos apremia a mirar nuestra vida y asegurarnos de que sean "dignas de la vocación".

Una forma dominante de esperanza motiva a los que juegan lotería. La gente sueña con que concordando los números se harán ricos. Pero es una esperanza vana, basada en la premisa de que muy pocos se hacen ricos a expensas de todos los demás. Sin embargo, es una esperanza en la que muchos se empeñan.

No obstante, aún los ganadores pueden encontrar fútil esa

esperanza. ¿Cuántas veces no ha leído usted que los ganadores de la lotería han perdido todo, que llegan a estar peor que como estaban antes? Disputas familiares, divorcio, inclusive la muerte lo destruye todo. Ciertamente no es una esperanza que nos unifica, más bien, suele hacer todo lo contrario.

Cierto caballero gastó sus millones en unos cuantos meses y se fue a la bancarota. Otra dama ganadora ahora se esconde en su apartamento, demasiado temerosa de salir a la calle. Cierta familia de ganadores ya no se hablan más entre ellos.

Dios no nos ha llamado a juzgar la dignidad de los demás. Por otro lado, está bien claro desde la perspectiva de nuestra propia experiencia personal que todos somos deficientes en alguna manera. Necesitamos crecer en la gracia y la esperanza de Dios entretanto nos volvemos cada vez más semejantes al Señor y su incomparable carácter. Note, sin embargo, lo que la Escritura especifica como una vida digna de la vocación: una vida completamente humilde, mansa, paciente y tolerante hacia los demás en amor. Con frecuencia tenemos la idea de que Dios nos llama a una tarea formidable o a un logro abrumador. Todo lo contrario, lo que el Señor está buscando se halla en lo interior, actitudes que reflejen la forma en que nos tratamos unos con otros. Sólo entonces puede Dios invitarnos al trabajo que desea que hagamos.

La fuente de nuestra fortaleza es Dios y su esperanza: "Los muchachos se fatigan y se cansan, los jóvenes flaquean y caen; pero los que esperan a Jehová tendrán nuevas fuerzas; levantarán alas como las águilas; correrán y no se cansarán; caminarán y no se fatigarán" (Isa. 40:30, 31).

Esperar en el Señor es nuestra fuente de fortaleza espiritual. Tal esperanza significa renovación, una revigorizante provisión de energía espiritual. Podremos volar como las águilas, correr sin llegar a cansarnos, caminar y no caer exhaustos: estamos espiritualmente recargados al esperar en el Señor.

Nuestro testimonio: ayudando a otros a esperar

En nuestra esperanza, nos hallamos siendo observados por todo el mundo. Como lo dijera Pablo: "Porque según pienso, Dios nos ha exhibido a nosotros los apóstoles como postreros, como a

sentenciados a muerte; pues hemos llegado a ser espectáculo al mundo, a los ángeles y a los hombres" (1 Cor. 4:9).

Somos la exhibición de Dios al universo. Todo el cosmos mira el testimonio que damos de la esperanza adventista según demostramos nuestra completa confianza en el Dios de la promesa.

En nuestras vidas cristianas podemos manifestar en viviente realidad las palabras del proverbio: "Si la fortuna me atormenta, la esperanza me contenta". ¿Por qué? Porque conocemos la "buena esperanza": "Y el mismo Jesucristo Señor nuestro, y Dios nuestro Padre, el cual nos amó y nos dio consolación eterna y buena esperanza por gracia, conforte vuestros corazones, y os confirme en toda buena palabra y obra" (2 Tes. 2:16, 17).

¿Felices para siempre?

... y vivieron felices para siempre.

Las mejores historias terminan con una declaración final de confort y satisfacción; es la conclusión necesaria del relato.

Pero piense de nuevo: ¿Felices para siempre?

¿Qué será esto de "felices para siempre"? Pensar que tal cosa es posible en esta vida es una ilusión. Las situaciones cambian, los accidentes suceden, las personas mueren. Un final feliz es algo irreal, y ésta es la razón por la que la verdad difiere tanto de la ficción.

Ahora, no deseo ser un aguafiestas ni arrojar un balde de agua fría sobre sueños tan positivos, pero tal vez acabamos creyendo demasiado en esas historias.

La gente busca el ilusorio felices-para-siempre donde no existe. Se ofenden cuando la vida no se comporta como una fantasía. A veces, pueden llegar al punto de intentar negar la realidad a fin de preservar su ilusión.

Las personas de este mundo miran películas, leen novelas de romance, escuchan canciones; y a pesar de todo, siguen creyendo en estas cosas. Entre el "Había una vez..." y el "...felices para siempre", ejercitan una suspensión voluntaria de la duda. Como que quedan hipnotizados con el pensamiento de que, en vez de una realidad de dolor, tristeza y muerte final, de alguna manera el heroísmo, el amor y la virtud lo conquistarán todo.

Entonces, cuando la realidad se agolpa, también lo hace el

cinismo y la amargura. Al morir el sueño, también mueren la esperanza, el significado y el destino. La vida, si no hay tal cosa como un "felices para siempre", pareciera nada, un chiste, una existencia sin sentido.

De cualquier manera, ¿qué hay? ¿Es sólo una simple elección entre un espejismo, no importa cuán deseable, y la sombría desolación de la falta de sentido?

De nuestra parte, eso es todo lo que hay: sueños ilusos o pesadillas cónicas.

Pero es ahí donde Dios hace su entrada. Él no apela a la ilusión o al rechazo del significado y el propósito de esta vida. Dios no está en contradicción. Por el contrario, basado en la realidad que solamente él puede controlar, nos ofrece brindarle verdadero significado a nuestra vida ahora.

¿Cómo puede usted estar seguro? Escogiendo lo que Dios le ofrece. ¿Desea usted una promesa sin fundamento tan insustancial como una historia de guardería infantil? ¿Una nadería hueca que duela como un vacío? ¿O una vida de verdadero propósito y significado?

Sólo con el Señor puede haber alguna seguridad, alguna realidad para tales promesas.

Lo curioso es que Dios mismo es el que nos cuenta la mejor historia de "felices para siempre". Es más que un vano florecimiento final a una historia ficticia o una forma poco convincente de decir: "las cosas de la esperanza funcionan bien". La historia de Dios es mucho más increíble que cualquier novela romántica, ficción fantástica o quimera humana.

Dios se ha prometido a sí mismo. Y ésa es la garantía. Porque esto es realidad absoluta, verdad última. Lo contrario de ficción es la extraña verdad de que el final más feliz de todos nos viene como un regalo de Dios, el Dios de la promesa que no miente.

Desde aquel "En el principio creó Dios", hasta el Dios del final, la persona de Dios es la prueba positiva de ser felices para siempre: sólo en la eterna presencia de Dios podemos serlo en verdad.



Capítulo 13

¡La esperanza resplandece con brillantez!

Finales

Después de manejar kilómetro tras kilómetro al final de día, la gloria de la puesta de sol me obliga a detenerme.

Mi vista queda fija contemplando el amplio y abarcante cielo a travéz de la vasta llanura. En llameante fuego, el sol descende, arrojando fantásticos fulgores de intensos colores dorado y naranja sobre rojo y púrpura. Los campos invernales, labrados y vacíos, me hacen recordar campos similares en un lugar que llamé hogar por muchos años, bastante tiempo atrás.

Con exagerada lentitud, la luz desaparece y el cielo se vuelve de un púrpura más oscuro, hasta que los últimos rayos de la dorada luz se desvanecen y la intensa oscuridad de la noche sobrecoge al mundo. Como tristeza inconsolable, el fin llega y yo lo resisto. Con Dylan Thomas, quiero "enfurecer al morir de la luz".

¿Por qué siempre todo tiene que acabar? Los días se acaban. Los mundos se acaban. Todo se acaba.

De repente, veo que me he detenido justo al lado de un cementerio casi escondido en la vastedad de los campos adyacentes. Unas cuantas lápidas rompen el horizonte: ensombrecidos monumentos de la muerte. El último lugar de descanso de quienes labraron estos campos baldíos, ahora oscuros y áridos.

¿Y ahora qué de sus esperanzas y sueños? ¿Qué de todo su trabajo y afán debajo del sol? Vanidad, vanidad, todo es vanidad... Nuestras breves vidas terminan en el más profundo de todos los sueños.

El fin. La irrevocabilidad de la conclusión, el cese de la vida. El último aliento, el cierre ineludible, la caída de la cortina. Cual pesada carga, la inevitabilidad del destino de la vida agobia cada uno de mis pensamientos. Cuán insensatos somos todos de vivir como si fuéramos a estar aquí para siempre. Algún día, hasta el último de nosotros exhalará su último suspiro.

Finales es lo único que vemos, el cierre definitivo de todo y de todos: de todo pensamiento, sentimiento y ambición. El reconocimiento de ese hecho es tan duro y vacío como los campos a mi alrededor.

Levanto mis ojos de las lápidas y campos vacíos hacia el oscuro cielo, en busca de respuestas. Aun las estrellas que brillan tan serenamente, en apariencia tan permanentes, por fin acabarán consumidas por las llamas. Nada dura para siempre. Y todo se disuelve en la nebulosidad de mis ojos.

En un mundo tan lleno de finales y pérdida, de separaciones y muerte, lo más valioso de todo es lo eterno. Pero aquí no existe nada de eso. El día se desvanece, la luz se muere, la vida mengua hacia un cierre. El cementerio desaparece en la noche, perdido entre los campos que estrechan el horizonte, siendo las lápidas las últimas en ocultarse.

No queda nada. Aún los recuerdos huyen, el lugar que alguna vez se llamó hogar se vuelve oscuro.

Entonces, advierto un resplandor de brillante luz. Por un breve instante una estrella fugaz incendia un luminoso sendero en el cielo arriba, antes de vaporizarse también y hacerse polvo. Polvo vuelve al polvo, cenizas a las cenizas...

Y lo entiendo. Un mensaje escrito en los cielos, en un resplandor de luz, declara: "¡Pronto!"

Pronto, muy pronto, este mundo de finalizaciones, de agotadora impermanencia, dejará de ser. Pero en su terminación viene la recreación de Dios. Su glorioso nuevo comienzo de eternidad. Tendremos un hogar permanente, que nunca acabará.

Pero más que todo, tendremos vida eterna en la presencia de

Aquel que no tiene principio ni fin: Dios mismo.

Ahora me retiro, a seguir manejando, esperando el final. Porque al final, viene el eterno principio de Dios.

La esperanza dimana para siempre

"La esperanza dimana para siempre"; pero, como hemos visto, a veces la esperanza muere, o está equivocada o se ve chasqueada. Tratando de hacer su esperanza una sólida realidad, algunos han tomado caminos incorrectos, tales como establecer fechas para el regreso del Señor, o manifestar falsas profecías o entender mal las señales de los tiempos.

¡Gracias a Dios que nuestra esperanza no depende de nosotros! Es en la esperanza de Dios que confiamos, no en nosotros mismos con todas nuestras faltas y errores. Dios es el único fidedigno, y él nos liberará según lo prometió.

Los cristianos primitivos diseminaron la esperanza porque ella era su más caro gozo. ¿Cuál es nuestro caso? Si bien ninguno de nosotros elevaría las manos y diría: "Estoy listo para ir al cielo", ni confiaríamos en nuestras propias obras para ello, seguramente sí tenemos que estar buscando a ese Salvador que vuelve, esperando su aparición con entusiasmo.

Los prisioneros internados en un campo de concentración durante la Segunda Guerra Mundial seguían ansiosamente las noticias. Al hacerse evidente que la guerra se acercaba a su final, se preguntaban qué les sucedería. ¿Los matarían los guardias antes de partir? ¿Estarían en medio de una batalla, atrapados entre el fuego y la metralla? ¿Se los dejaría morir de inanición? ¿Qué ocurriría?

Se pusieron a orar y anticipaban su liberación, a pesar de su situación tan peligrosa. Cada uno de ellos vivía por la esperanza.

Repentinamente, un día miraron y vieron paracaidistas descendiendo de los cielos. ¡Rescate! ¡Liberación! ¡Salvación desde arriba!

Felices de verle

Aun cuando ninguno de nosotros debería pretender con arrogancia que estamos listos para ir al cielo, todos debiéramos estar anticipando estar con Jesús. Así como queremos estar junto

a aquellos que amamos en esta tierra, así también esperaremos con ansias estar con el Señor de amor.

¿Qué diría de nuestra relación con los que presuntamente amamos si tratáramos de evitar encontrarnos con ellos o, por lo menos, postergar nuestra cita con ellos? Estaríamos demostrando a las claras que la relación de amor que aducimos no es todo lo que dijimos que era.

Por esa razón necesitamos ser claros, aquí y ahora, respecto a nuestra relación con nuestro Salvador. Si no estaremos felices de verlo cuando quiera que decida volver, entonces no lo hemos hecho nuestra más alta prioridad en nuestras vidas. Nuestra respuesta debería ser que "nos gloriamos en la esperanza de la gloria de Dios" (Rom. 5:2), "gozosos en la esperanza" (Rom. 12:12).

Si de alguna manera nos sentimos incómodos con la idea de ver pronto a Jesús, tenemos que examinar cómo nos estamos relacionando con él. Por ejemplo, si consideramos a Jesús como un ser hostil, como que está en contra nuestra, entonces será muy difícil amarlo. O si nos aferramos a acciones que sabemos que están mal, entonces nos sentiremos culpables. Pero si reclamamos sus promesas, al par que admitimos nuestras imperfecciones, podemos de verdad anticipar su venida con esperanza y felicidad.

"Sí, ven, Señor Jesús" (Apoc. 22:20).

¡Esperad por completo!

"Esperad por completo en la gracia que se os traerá cuando Jesucristo sea manifestado" (1 Ped. 1:13).

Esperad por completo. De eso es que deben estar llenas nuestras vidas. No debemos claudicar jamás a la esperanza, nunca dejar que se apague su fulgor. Al seguir la vida su curso, puede que sea fácil que perdamos ese primer amor y ardiente esperanza. Algunos han vacilado, quizás porque identificaron demasiado su esperanza con un tiempo específico. Pero aunque el tiempo parezca transcurrir mucho más de lo que usted alguna vez pensó, ese hecho no echa por tierra la esperanza de Dios. De hecho, es lo contrario lo que debe ocurrir: mientras más corre el tiempo, más cerca deberíamos estar del regreso de Jesús. Además, el tiempo no es el aspecto más importante; es la certeza de la segunda venida de Jesús, y él enfáticamente declara que regre-

sará. Si bien no sabemos el día ni la hora, él espera que veamos y que estemos listos cuando quiera que suceda (véase Mat. 24:42).

"La esperanza es espera disciplinada", observó E. Hoffmann. Tenemos que permanecer fieles a la esperanza. Después de todo, ¿qué más nos queda? ¿Hay alguna otra perspectiva en el futuro para el cristiano que considera la esperanza como un brillante hilo plateado que corre a través de todo el tapiz de la Biblia?

Esperanza vital y personal

Las Escrituras ligan íntimamente la esperanza y la resurrección (Hech. 23:6). En vez de una "esperanza miserable", ahora tenemos esperanza eterna. 1 Corintios 15:19-28 contrasta la vida presente (donde ejercitamos nuestra esperanza) con la resurrección a la vida eterna (cuando la esperanza será consumada). Como dice el apóstol Pablo, si esta vida fuera todo, ¿qué le sucedería a la esperanza? Es por eso que la resurrección es vital; es la forma en que se cumple la esperanza. La muerte —el último enemigo— será destruida a fin de que nuestra esperanza y futuro con Dios puedan verse realizados. A decir verdad, no hay otra esperanza. Por eso es que la bienaventurada esperanza es tan vital, tan esencial para la vida cristiana.

Esta esperanza es también increíblemente personal. Pablo habla de la "fe en Cristo Jesús, y del amor que tenéis a todos los santos, a causa de la esperanza que os está guardada en los cielos" (Col. 1:5). La esperanza nos aguarda donde no habrá polilla ni orín (Mat. 6:19, 20). Quiénes somos y qué seremos, todo esto está definido por esta esperanza. Ésa es la razón por la que es tan personal. La esperanza nos afecta justo donde vale, y es verdaderamente significativa para todos nosotros en lo individual.

La promesa bíblica es "Cristo en vosotros, la esperanza de gloria" (Col. 1:27). La esperanza no es algo separado de nuestra vida cristiana actual sino parte esencial de ella: es la identidad de los cristianos. Si tenemos a Cristo "en nosotros" —en otras palabras, si estamos tan plenamente en armonía con él y su voluntad que nos identifiquemos con Cristo— ¡entonces tenemos esa maravillosa esperanza de gloria! No que esto sea la razón o propósito de la esperanza, como si sólo procuráramos la

recompensa, sino que es su consecuencia.

Ciertas esperanzas pueden ser útiles y genuinas mientras otras pueden oponerse a la bienaventurada esperanza. Necesitamos estar seguros de que lo que esperamos está en armonía con la esperanza de Dios. ¿Por qué? Porque Jesús viene por cada uno de nosotros.

Una oración de esperanza en el Dios de esperanza

Pablo declaró, afirmado en el poder y la presencia del Dios de esperanza: "Y el Dios de esperanza os llene de todo gozo y paz en el creer, para que abundéis en esperanza por el poder del Espíritu Santo" (Rom. 15:13).

Nuestra esperanza ha de llenarnos hasta que rebosemos de ella. ¡Sólo entonces podemos compartirla con los demás por el poder del Espíritu Santo! No sólo debemos ser personas esperanzadas, ¡sino personas repletas de esperanza! ¿Qué es lo que atrae a otros al don divino de la esperanza?: los cristianos que están tan llenos de esperanza que no pueden guardar las buenas nuevas para ellos mismos, sino que sencillamente tienen que compartirlas.

Si usted siente que su propia experiencia con Jesús carece de algo, entonces vaya y pruebe otra vez la emoción y plenitud de la esperanza en su vida. Porque en las palabras del autor de *El Progreso del Peregrino*, Juan Bunyan, "La esperanza nunca está mal cuando la fe está bien".

Dios quiere que su fe y su esperanza estén bien, que usted esté espiritualmente saludable. Él vino al costo de un sacrificio increíble para traernos las buenas nuevas que nos ofrecen tanta esperanza; a nosotros, que alguna vez no teníamos ninguna esperanza. Con Dios, la esperanza vive eternamente ahora, y muy pronto será consumada cuando Jesús venga a cumplir su promesa de esperanza.

La esperanza no puede forzarse. Refulgará tan brillante como las promesas divinas a medida que se vuelva parte esencial de nuestra forma de vivir por medio del Espíritu Santo. Reconociendo cómo Jesús viene por cada uno de nosotros, miremos con gozo hacia aquel maravilloso encuentro. ¡Nuestro blanco —nuestra esperanza— es que todos seamos parte de esa

gloriosa esperanza del advenimiento!

Y cuando ese día llegue, como seguramente sucederá, podremos decir en las palabras de Isaías: "He aquí, éste es nuestro Dios, le hemos esperado, y nos salvará; éste es Jehová a quien hemos esperado, nos gozaremos y nos alegraremos en su salvación" (Isa. 25:9).

¡Que todos estemos allí, exaltando a Dios así! Como Pablo dice a la iglesia en Tesalónica: "Por tanto, alentaos los unos a los otros con estas palabras" (1 Tes. 4:18).

¿La prohibición de la esperanza?

Salgo de la luz a la oscuridad. Aquí en la Basílica del Valle de los Caídos, en España, cada paso produce un eco que resuena en las paredes, techo y pisos. Por un momento, me detengo para permitir que mis ojos de ajusten a la lobreguez.

En la cavernosa vacuidad, la oscura quietud resulta opresiva. Miro hacia arriba y veo piedras resquebrajadas: es la montaña en la que los hombres excavaron este mausoleo. A mi alrededor, en las paredes, se hallan enormes y magníficos tapices que retratan cada escena violenta del libro de Apocalipsis: dragones, fuego llameante y los jinetes cabalgando en su misión de muerte y destrucción. Puedo oír ya la chillante escena final de Carmina Burana y el incesante tamboreo de condenación.

Al acercarme al santuario interior, ocho horribles figuras cubiertas con capuchas de piedra gris miran hacia mí: recordativo de los fantasmas de Tolkien. Imágenes de guerras gravadas hacen el oscuro panel de madera. En derredor, sobre las paredes, cada ángel gigantesco esgrime una poderosa espada.

Ésta es la celebración de la muerte.

Camino lentamente hacia la derecha, al interior del memorial de los muertos en la guerra civil española. Oscuro. Tenebroso. Sepulcral. Una pálida luz naranja relumbra con dificultad del metal y la piedra pulidos. Una figura yace en la tumba, su cuerpo contorsionado en las agonías de la muerte.

¡Basta!

Sobrecogido con desesperación en este Salón de Valhala, espero la llegada de las valkirias en cualquier momento.

Yo sé, yo sé. ¿Qué es lo que esperaba? Un mausoleo, el último

lugar de reposo del dictador de España, General Francisco Franco, no se supone que sería una experiencia placentera y elevadora.

Pero mi corazón está cargado y mis pensamientos deprimidos. Porque ¿qué es lo que yace aquí sino el fin de la vida, el sentido de pérdida, la prohibición de la esperanza?

Con todo, sólo refleja un mundo que ha escogido la oscuridad a la luz, muerte en vez de vida, desesperación por encima de la esperanza.

Anhelo escapar. Al volverme y caminar rápidamente hacia la cámara de los ecos, echo una mirada a los tapices, que aún portan su testimonio de aniquilación. Entonces, fijo mis ojos en la luz que brilla por la puerta abierta, símbolo de esperanza en un lugar bien oscuro.

Al final, casi estoy corriendo hacia la salida. Pero cuando la cálida luz blanca del sol sureño brilla sobre mí, me siento renacer. Cuando giro y miro hacia atrás, no veo nada, pues la luz del sol ha vencido las tinieblas como el amanecer expulsa las sombras de una pesadilla.

Bien arriba, una descomunal cruz de piedra transmonta la colina. Atraído a sus brazos, miro desde su base hacia un verde valle de delicia. Porque en este instrumento de muerte, hay esperanza, la paradoja cristiana. Ésta es la respuesta a la tumba de más abajo: ¿Dónde está, oh muerte, tu aguijón? ¿Dónde, oh sepulcro, tu victoria?

En la brillantez de la luz del día, bajo un clarísimo cielo azul, veo la eternidad. Una eternidad que no tiene mausoleos, ni palpitantes tamboreos de muerte, ni dolor, ni pérdida, ni angustia, ni desesperación.

En respuesta a esa oscura caverna de abajo que impide la esperanza, la cruz de Cristo transforma su muerte y la nuestra en una gloriosa resurrección.

Porque con nuestro Dios de esperanza, la esperanza no puede nunca llegar a prohibirse mientras estemos al pie de su cruz, mirando hacia arriba y aguardando el regreso de nuestro Señor crucificado, y ahora glorificado.



EN ESTE ILUMINADOR estudio, *VIVAMOS LA ESPERANZA*, Jonathan Gallagher nos conduce acertadamente al descubrimiento de una vasta gama de aplicaciones del concepto bíblico de la esperanza en un marco eclesiástico. Entusiasma comprobar en esta obra que la esperanza del cristiano llega a ser congruente con la "esperanza de Jesús", la cual no consiste únicamente en "una creencia a la cual asentimos, sino que es una motivación para la vida misma: La motivación que nos impulsa a cumplir la misión".

Cuando el autor nos recuerda que la esperanza del regreso del Señor no viene de nosotros sino de Dios, nos volvemos más dispuestos a desconfiar de nuestras convicciones personales y a reemplazarlas por las claras y responsables promesas del Altísimo.

En realidad, *VIVAMOS LA ESPERANZA*, no es otra cosa que la afirmación de la gloriosa seguridad que posee el cristiano al transitar confiado por el camino de la esperanza, consciente de que Jesús es a la vez ese Camino y esa Esperanza.

ISBN 1-57554-304-4



9 781575 543048